

JORGE VERDUGO PONCE

*SOBRE EL CANON
Y LA CANONIZACION
DE LA NARRATIVA
EN NARIÑO EN EL SIGLO XX*



*UNIVERSIDAD DE NARIÑO
CENTRO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES
LATINOAMERICANAS
SAN JUAN DE PASTO, 2004*

**SOBRE EL CANON Y LA CANONIZACION DE
LA NARRATIVA EN NARIÑO EN EL SIGLO XX**

Jorge Verdugo Ponce

Universidad de Nariño

Centro de Estudios e Investigaciones Latinoamericanas

Primera Edición: Octubre 2004

GRAFICOLOR, PASTO, NARIÑO
IMPRESO EN COLOMBIA

*El arte y la vida no son lo mismo,
pero deben convertirse en mí en algo unitario
dentro de la unidad de mi responsabilidad.*

Mijail Bajtin

“Estética de la Creación Verbal”

AGRADECIMIENTOS

A Angela Sánchez, estudiante del Programa de Sociología de la Universidad de Nariño, por su colaboración en la recopilación de información y por la contribución con la escritura del primer capítulo.

Al abogado y Magíster en Etnoliteratura Alfredo Ortiz Montero, por las sugerencias aportadas al trabajo.

Contenido

Introducción	9
1. En torno a las ideas de región o periferia.....	12
2. Sobre el canon y la canonización de textos culturales	23
3. Valoración del canon y la canonización de textos literario-narrativos en Nariño en el siglo XX	46
3.1 Comienzos de siglo hasta mediados del mismo ..	47
3.2 Década del cincuenta y del sesenta	70
3.3 Década del setenta.....	79
3.4 Década del ochenta y hasta finales del siglo	85
A manera de conclusión	134
Bibliografía teórica.....	139
Bibliografía de textos críticos	142
Anexo:	
Bibliografía de cuentos de autores nariñenses	148

INTRODUCCIÓN

Nos hemos propuesto desarrollar una serie de investigaciones en torno a una literatura regional o de periferia como la constituida por los textos de autores nariñenses. Dada la envergadura del proyecto hemos dividido la misma en etapas, la primera de ellas referente a la configuración del discurso de la crítica de la literatura en Nariño en el siglo XX , informe que ya fue presentado y publicado y con el cual se espera contribuir, de alguna manera, a la caracterización de la “Literatura Nariñense” a partir de una aproximación sociocrítica. Los resultados obtenidos nos ayudarán a proseguir este proyecto con una segunda etapa, esta vez acerca de los cánones y los procesos de canonización de los textos narrativos, novelas y cuentos, en la región y en el pasado siglo XX. Para ello se han revisado una buena cantidad de textos críticos publicados en revistas, periódicos y libros difundidos en el medio, y a partir de los cuales se ha procedido a analizar los procesos selectivos conducentes a proponer listados de autores y obras considerados representativos o “clásicos” en la región.

Para conseguir lo anterior ha sido necesario reflexionar sobre el concepto mismo de región, de canon y de procesos de canonización, a la luz de teorías y propuestas actuales vigentes en los círculos académicos y con las que se espera dilucidar un campo objeto de investigación no siempre bien delimitado o insuficientemente entendido.

Las dificultades para el acceso a los materiales bibliográficos ha impedido, posiblemente, una mayor exhaustividad en la revisión de documentos y no se descarta que algunos de ellos no hayan podido ser considerados. No obstante lo anterior, parece que la información obtenida ha sido suficientemente amplia como para confiar en que los resultados puedan generalizarse y, verdaderamente, caracterizar, en alguna medida, la literatura narrativa en Nariño a partir de la revisión de discursos críticos y de los presupuestos que se manejan en ellos.

No se pretende, por supuesto, agotar el tema. Todo lo contrario, lo que se busca es la confrontación, la réplica a los resultados y planteamientos hechos, de modo que se contribuya al desarrollo de la actividad crítica de la literatura en Nariño. A mediano plazo se espera conseguir un mejor conocimiento de los textos de manera que se logre conformar un corpus a partir de la determinación de sus afinidades y diferencias, es decir, se logre constituir una literatura en la región. A un plazo más largo, una buena configuración de las literaturas regionales contribuirá a la adecuada caracterización de la literatura nacional, aportando sus especificidades, sus diferencias, sus distintos ritmos de evolución y, también,

sus propios parámetros de evaluación de la actividad estética en las regiones.

En investigaciones posteriores se espera analizar la actividad poética y la presencia de la oralidad en Nariño como manifestaciones estéticas predominantes. De esta forma se irá caracterizando, cada vez más, aquello que hemos venido llamando, casi intuitivamente, “Literatura Nariñense”.

En el primer y segundo capítulos de este trabajo se analizarán posiciones y aportes teóricos referentes a la noción misma de “región” y de “canon” de modo que estos conceptos aclaren la reflexión central del capítulo tercero que es, propiamente, la valoración de los cánones y de los procesos de canonización de los textos narrativos de autores nariñenses a través de una serie de etapas propuestas a lo largo del siglo XX: desde comienzos de siglo hasta mediados del mismo, las décadas de los cincuenta y sesenta, la década de los setenta y, finalmente, los últimos veinte años del milenio.

Al final se ha anexado un listado de cuentos de escritores nariñenses, lo más completo posible, que esperamos sea de utilidad para los interesados en el tema y sus posteriores investigaciones. También se ofrece una bibliografía amplia de textos críticos sobre la narrativa en Nariño y una bibliografía teórica actualizada sobre el tópico del canon y los procesos de canonización.

1. En torno a las ideas de región o periferia

Iuri Lotman y los investigadores de Tartu estudian el fenómeno de la cultura desde el punto de vista semiótico¹, en la que ésta podría ser representada como un espacio de significación constituido por un centro o núcleo cuya función es la de conferir estructuración u organización al conjunto, y por una periferia o límite que separaría el espacio de la cultura de la no cultura pero que, al mismo tiempo, serviría de mecanismo traductor de contenidos o textos externos que se involucrarían en el espacio mencionado; igualmente se trataría de una zona poco estructurada que, a la vez, aseguraría el dinamismo del sistema.

En este espacio los contenidos del mismo, o textos, tendrían un funcionamiento altamente cambiante, en la medida en que aquellos que en un determinado momento se encuentren en el centro pueden ser desplazados a la periferia y aún fuera de ella, o el caso inverso cuando

1. Iuri Lotman. **La semiosfera**. Volúmenes I-II-III. Madrid: Cátedra, Universitat de València, 1996-98-2000.

la cultura sufra cambios radicales, rupturas que obliguen a una reestructuración de la misma.

Dentro de esta semiosfera, o espacio en el cual los textos significan, o donde se llevan a cabo los actos semióticos, operan los discursos humanos, los principios de poder, los actos ideológicos, los cánones estéticos, la memoria misma del grupo, de modo que todos los actos colectivos se legitiman y se constituye en un mecanismo que intenta explicar el mundo construyendo cosmovisiones compartidas.

En momentos de relativa estructuración, la cultura es capaz de autodescribirse, de auto formularse modelos de funcionamiento que le permitan continuar subsistiendo de manera adecuada, y es cuando esa cultura decide aceptar ciertos textos como culturales, prohibir otros o, finalmente, olvidar los demás declarándolos no textos, los cuales deberán esperar un cambio en la estructuración del sistema para volver a formar parte del mismo. De esta forma, la aceptación misma del texto es relativa o dependiente de la cultura a cuya sanción se somete irremediabilmente consiguiendo su aceptación o rechazo.

De todos modos, si bien estos procesos de la cultura tienen un alto grado de generalidad, existen algunas diferencias que dan pie para proponer tipologías culturales y, de hecho, Lotman las plantea aunque su verificación resulte altamente compleja. Por ejemplo, pueden haber culturas orientadas hacia la posición del hablante o del destinatario resultando, en el primer caso, culturas más o menos esotéricas, oscuras que producen textos difusos, herméticos, que prefieren géneros como los de

la poesía, las profecías, etc. y, en el segundo, culturas para las cuales los conceptos más claros son los más válidos, y sus textos tienden a ser más espontáneos prefiriendo géneros como la prosa, el periodismo, entre otros. También Lotman se refiere a las culturas textualizadas o gramaticalizadas, o culturas orientadas a la expresión o al contenido, que operan según el principio de la costumbre o de las reglas como por ejemplo en el caso del realismo europeo y del clasicismo. En fin, estos son sólo algunos ejemplos de tipologías de la cultura que nos sirven para ilustrar lo dicho².

Dentro de esta breve conceptualización de la cultura en términos semióticos, resulta particularmente interesante el caso de cierta clase de textos, dentro de la gran variedad posible de ellos; nos referimos a los estéticos, pues son particularmente críticos, replicantes, reacentuadores de los modelos del mundo vigentes. Justamente, su carácter estético les confiere una naturaleza axiológica que emana de lo que Bajtin denomina “forma del contenido” o “forma arquitectónica” expresada a través de la “forma del material” o “forma composicional³. Como textos de la cultura, en caso de ser aceptados como tal, estos buscan distinguirse de los demás ya sea funcionalmente, realizando una función estética, o a través de una organización interna determinada que permitan al destinatario reconocerlos como tales. De todos

2. Ver: Iuri Lotman y Uspenski. **Tipología de la cultura**. Milan: Bompiani, 1975
Lotman y Escuela Semiótica de Tartu. *Semiótica de la cultura*. Madrid: Cátedra, 1979.
3. Mijail Bajtin. **Teoría y Estética de la novela**. Madrid: Taurus, 1989 (Primer estudio).

modos, no deja de ser complicado este reconocimiento y el desarrollo de esta función, dado que pueden ser diferentes, o lo son casi siempre, las condiciones de la producción y de su posterior lectura ya sea por el paso del tiempo, por ser espacios distintos o por corresponder a contextos o culturas heterogéneas. Pero, de todas maneras, es en ellos donde mejor se puede apreciar el carácter dialógico de los textos en la cultura pues la misma historia del arte es una historia de textos que replican a sus antecesores y esperan recibir respuestas en los textos futuros. La comprensión vista como confrontación con otros textos y en contextos nuevos, el mío, el contemporáneo, el futuro.

Como consecuencia de lo anterior, la literatura, dentro del espacio semiótico de la cultura, es una institución social, estructuradora, que conserva y transmite saberes y memorias colectivas, a veces de grupos hegemónicos que pueden silenciar la voz ajena a través de determinados cánones, pero que, en la mayoría de los casos, y mediante procesos de reacentuación, actualiza las obras del pasado en el presente permitiendo reconocer la multiplicidad cultural y la heteroglosia o “lucha por la palabra en la arena social”. En ella, la literatura, deberán reconocerse tanto los ideogramas (marcas estilísticas que revelan ideologías o concepciones del mundo presentes en el texto) y los cronotopos (indicadores espacio-temporales que representan una imagen del ser humano determinada) como categorías organizadoras del texto que descubren los elementos del discurso social, los nudos de las polémicas sociales, la aceptación o rechazo de los cánones culturales en un momento específico.

Es dentro de esta perspectiva que nos proponemos plantear el caso de una literatura regional o de periferia como la nariñense, y tratar de conocer los mecanismos de su funcionamiento. De hecho, ya se había dado un primer paso con un trabajo anterior que iniciaba una serie de investigaciones al respecto⁴.

Pero ahora se hace necesario especificar en mayor medida algunos rasgos de la naturaleza y modo de funcionamiento de ese espacio periférico, al que llamaremos región, con el fin de explicar una producción estética específica o por lo menos clarificar algunas de sus características relativas a la aceptación, rechazo, prohibición y divulgación de la misma, es decir las condiciones de canonización o reacentuación de los textos artísticos en unas circunstancias de contexto determinadas.

Si entendemos el espacio de la periferia de la cultura como un contexto en el que el texto significa, es decir una semiosfera concreta, se busca entonces determinar en qué medida ese contexto, constituido por un sistema de valores y un territorio específico aquí catalogado como región y entendido dentro del plano de los procesos semióticos efectuados por los sujetos integrantes de una colectividad, determina y consolida las características de esos textos y los consecuentes procesos continuos de transmisión de valores que no son absolutos si no de constante revalidación o reacentuación llevados a cabo principalmente, y este es el caso que nos interesa, por los llamados textos artísticos o literarios que serían la

4. Ver: Jorge Verdugo Ponce. **La configuración del discurso de la crítica de la literatura en Nariño en el siglo XX**. Pasto: Universidad de Nariño – CEILAT, 2001.

expresión de una “institución social” estructurada que conserva, transmite saberes y memorias colectivas y genera, sobre todo, nuevas significaciones, llevando dentro de sus formas las expresiones múltiples de todas las voces que se crean y mediante las cuales hablan las propias subjetividades.

Este sistema de interpretaciones dado a través de la práctica de la literatura posee en su estructura identidades comunes, juicios, valores determinados, espacios e imaginarios que sobreviven en un escenario dispuesto a la confrontación permanente que definirá su permanencia dentro de ese mismo sistema creado y que le permite mantener la estructuración de la cultura aunque en ésta se propongan rupturas, fisuras o renovaciones como pudiera ser el caso de las subculturas, las contraculturas y las culturas marginales.

De esta forma resulta interesante observar con mayor detenimiento cómo se instauran, quiénes lo hacen, bajo qué circunstancias y propósitos se logran las validaciones o revalidaciones de los imaginarios colectivos, de las visiones del mundo a través de los textos artísticos y literarios, y de lo cual dependería la propia conservación en la memoria colectiva de las informaciones y significaciones consideradas fundamentales para una determinada comunidad, sancionando aquellos textos considerados como perpetuadores de un determinado orden o reacentuadores al mismo, según el caso, acto éste llevado a cabo por las instituciones o, según proponen algunos, por actos canonizadores individuales que determinarán su interpretación, su propia valoración dentro de la dinámica de la cultura, es decir a partir de su textualidad cultural, desde el lenguaje, desde los siste-

mas preconcebidos de conceptos o los múltiples juegos de significados de la interacción humana.

En este orden de ideas, es necesario conocer algunos conceptos básicos de región para entender con mayor claridad de qué manera y bajo qué circunstancias actúan los contextos que determinarán los sistemas interpretativos de valores, juicios, memorias, lenguajes, discursos, expresados a través de la literatura en un espacio y temporalidad delimitados como en el caso de la literatura en Nariño en el siglo XX.

Nos encontramos en una región del Pacífico Sur o herederos del Gran Cauca, sobrevivientes de las ordenanzas de Reyes, caracterizada por algunas particularidades debidas al aislamiento del marco nacional dada su situación geográfica abrupta y las escasas vías y medios de comunicación, haciéndola entonces desconocida en el propio contexto nacional. Se trata de una región de grandes intercambios culturales pues geográficamente posee un cinturón afrocolombiano en el Pacífico, zona triétnica extendida por la cordillera Occidental y Central, considerada pueblo patriarcal, romántico, señorial, endogámico y también de grandes terratenientes.

Precisamente, si entendemos el problema de la tenencia de la tierra como génesis de territorialidad y de conformación de región, entonces surgen diferencias marcadas en subregiones: los pastusos tradicionales y los pobladores de Túquerres e Ipiales de gran sentido comercial y de movilidad social por una parte, los habitantes de la costa por otra, los indígenas, etc. contribuyen a que sus características resulten múltiples y no homogéneas lo que dificulta considerablemente su estudio y comprensión.

De hecho, nuestro país es sinónimo de diversidad y referirse a la identidad, a la regionalidad, implica nombrar la divergencia, el contraste, la ruptura, la frontera y, aún, los límites internos a la nación. Dentro de Colombia existen diferencias marcadas tanto por las zonas geográficas como por las topográficas y las climáticas y con subdivisiones en cada una de ellas y por las dadas, además, bajo el orden rural-urbano, que determinan cada una de estas diversidades posibles denominadas también como “Bioregiones”. También se habla hoy en día de “geografía cultural” que trabaja con el concepto de “geosímbolo” que es un lugar, un accidente geográfico que por alguna razón -política, religiosa, cultural- se constituye en un símbolo que confiere identidad, de modo que los bienes ambientales se transforman en bienes culturales como tantos otros y contribuyen a conformar identidades regionales o sentido de pertenencia territorial.

A lo anterior se involucran los factores étnicos e históricos que hacen necesaria su consideración si se pretende una buena descripción de la especificidad nacional.

Cada una de las regiones tiene un perfil diferente observable a través de la memoria colectiva y cada una de estas tiene subregiones con sus especificidades. Así, reconocer las realidades de los pueblos es un paso importante para comprender la manera como puedan llevarse a cabo procesos de desarrollo adecuados a las comunidades. Sólo dentro de sus regiones los habitantes ganan legitimidad, se definen como sujetos políticos y gozan de cierta autonomía que los lleva a buscar caminos para un devenir más justo y equitativo, así como también para lograr un sistema de vida armónico que

acepte las expresiones pluriétnicas y multiculturales de sus posibles vecinos con el consiguiente intercambio e interrelación que enriquezca a todos los involucrados. Los límites pueden ser realidades flexibles que varíen según las necesidades de las comunidades y con miras a un buen sistema de convivencia local.

“Esta diversidad no es suprimida por el poder. El Estado y la sociedad dejan subsistir la diversidad. Ni el orden político ni el orden social, ni el orden cultural, llegan a imponer una uniformidad que no sea otra cosa que una apariencia. Estamos muy lejos de una sociedad que sea una, convergente, regida por regularidades, costumbres, instituciones análogas o que tiendan a serlo. No hay mas que una sociedad en vía de la unidad”⁵.

Es por esto que cada fragmento de esta unidad posee su propio imaginario, costumbres, fiestas, canciones, mitos, imágenes, que hablan de cosas que no son propiamente las mismas de la región vecina pero que además sirven para forjar su propia identidad diferenciándose de las demás, ya sea por el paisaje, clima, topografía, por la historia, por las divisiones sociales, por las dimensiones variables, por los lazos internos de solidaridad creados, por sus límites y su razón de ser. De esta manera formar una imagen tiene como contraparte crear contra-imágenes donde las relaciones entre las diversidades culturales vienen a ser un juego de imágenes y contra-imágenes que apoyan y acrecientan la diversidad.

5. Fabio Zambrano. “Identidad cultura y violencia”. En: **Violencia en la Región Andina, el caso Colombia**. Bogotá: CINEP – APEP, 1994, p. 116.

En igual sentido se puede afirmar que “La diversidad es hija de la distancia, de la inmensidad que ha preservado todos nuestros particularismos, venidos del fondo de los siglos”⁶. Entonces la historia y sus procesos han producido el fraccionamiento del país, la suma de sus aislamientos, provocando una dinámica donde el movimiento de lo múltiple favorece las querellas políticas, sociales, físicas, culturales y religiosas; los matices, las ambigüedades y las superposiciones regionales se convierten en barreras para el surgimiento de una cultura homogénea, de una identidad nacional que vive entre lo plural y lo singular: plural por su diversidad, singular por su tendencia a la unidad.

Sin embargo, dentro del tratamiento conceptual de región aparece en sus adentros elementos de gran complejidad y contradicción frente a ese choque de singularidades y pluralidades que se conforman y se deshacen según los procesos internos de recuperaciones de sus propias memorias, a través de la sublevación de las identidades, ante los proyectos de aplanamiento cultural y homogeneización tecnocultural, traídos por los procesos de modernidad y desarrollo.

Se trata, entonces en ese espacio periférico al que hemos llamado región, de traer a consideración sus singularidades a veces difusas, fragmentarias, y cruzar discursos desprendiendo continuidades, disipando identidades temporales, estableciendo las diferencias de lenguajes, historias, tiempos, máscaras, etc, conformando

6. Ibid. p. 117.

sistemas de interpretación que reordenan la textualidad misma de la cultura.

Lo anterior no intenta, desde luego, presentar un panorama completo de las discusiones actuales en torno al concepto de región, sino solamente plantear algunos elementos que nos permitan justificar el por qué resulta necesario e interesante estudiar una literatura regional dentro del panorama de lo nacional y de las confrontaciones que pudieran suscitarse con la llamada “Literatura Colombiana”. Por el momento nos basta con ubicar la llamada “Literatura Nariñense” en una región o provincia llamada por algunos como la Región del Gran Cauca.

2. Sobre el canon y la canonización de textos culturales

Desde hace unos cuantos años el concepto y aplicación del término “canon” ha suscitado una serie de polémicas y debates tanto en el campo de los estudios literarios como artísticos en general y en el amplio campo de estudios sobre el discurso y la llamada semiótica de la cultura. Preguntas como ¿Quién instaura los cánones? ¿Con qué propósitos? ¿Cómo se logra su aceptación? ¿Mediante qué mecanismos se divulgan? ¿Cómo se reemplazan? ¿Cómo afectan los planes de estudios de ciertos programas académicos? son frecuentes y los intentos por responderlas implican adoptar posiciones intelectuales, ideológicas, políticas y filosóficas muchas veces difíciles de reconciliar, pero que, de todas formas, hacen referencia a un problema bastante interesante sobre el que vale la pena detenerse.

En primer lugar, el término canon procede del griego *kanon* que significa vara, regla o trozo de madera recto utilizado por los carpinteros para medir; posteriormente pasa a significar, ya en sentido figurado, nor-

ma de conducta o regla ética a seguir. Según Pfeiffer⁷ serían los filólogos alejandrinos los primeros en utilizar el término para designar la lista de obras seleccionadas por su excelencia en el uso de la lengua y, por tanto, consideradas modelos y dignas de imitar. Pero es, quizá, en el ámbito religioso donde el término tuvo, y sigue teniendo, un uso más difundido: inicialmente pasaba a designar las normas o leyes de vida religiosa distintas a aquellas que regían la vida de los seglares y, a partir del siglo III, la palabra canon se aplicó para designar ciertos textos aceptados de las Sagradas Escrituras considerados como auténticos y diferenciados de aquellos calificados como apócrifos o no aceptados por la autoridad eclesiástica. En el mismo campo religioso, el adjetivo canónico se refiere tanto a la recepción de un texto en el canon bíblico como al hecho de conferir a *un* miembro de la iglesia la condición de santo. Por lo tanto, parecen ser dos los núcleos en torno de los cuales se utiliza el concepto de “canon”: norma, regla o modelo, por una parte, y lista de autores, autoridades o textos dignos de ser tenidos en cuenta.

Pero surgen de inmediato las primeras inquietudes: ¿Quién y cómo se logra la instauración de un canon? ¿Existen varios cánones posibles? ¿Por qué se instauran? ¿Puede no haber canon? Trataremos de presentar en seguida algunas reflexiones al respecto.

Para algunos estudiosos interesados en el tema, como por ejemplo Lotman y los investigadores de Tartu así como Mijail Bajtín y su Círculo, la instauración del ca-

7. J. Pfeiffer. Historia de la filología clásica. Madrid: Gredos, 1981, vol. 1.

non es un hecho colectivo llevado a cabo por las instituciones que representan a una sociedad o cultura. Sin embargo, hay quienes piensan que más que un acto social, se trata de una acción individual por parte de un sujeto que lleva a cabo tal acto de reconocimiento gracias al espacio en el que sobreviven las obras: la memoria (Harold Bloom); o gracias a dos movimientos del espíritu como son la interpretación y la valoración, estrictamente inseparables (George Steiner). Analicemos con cierto detenimiento estas posiciones.

En principio, y sobre todo en el campo que nos interesa, el arte y la literatura, entendemos por canon, de manera sencilla y directa, un conjunto de textos considerados valiosos, por alguna razón, dignos de ser estudiados y conservados en la memoria de las gentes. Se involucran en la anterior definición una serie de consecuencias: si se trata de un listado de obras elegidas por alguna razón específica, significa que se ha llevado a cabo una tarea, más o menos cuidadosa, de selección, lo que implica, a su vez, un trabajo de inclusión/exclusión ejecutado por alguien que suponemos con autoridad para ello. Pero ¿Qué criterios específicos han intervenido en la elección? ¿Quién ha legitimado a quién para llevar a cabo esa tarea? O, como consecuencia de lo anterior, ¿A quién está representando ese sujeto autorizado para canonizar? En cuanto a los resultados logrados, ¿Cómo se sabe si lo canonizado es, efectivamente, lo más valioso? ¿O acaso debe ser representativo? Y en ese caso ¿De quiénes? Una vez establecido un canon ¿Cómo perdura su aceptabilidad? ¿Puede ser reemplazado por otro? ¿Conviven varios cánones a la vez? O ¿Puede no haber canon?

Explicábamos antes que en la perspectiva de una semiótica de la cultura, hay momentos en que el conjunto pasa por un estado de estabilidad o alta estructuración y puede, entonces, autodescribirse o auto reconocerse, proponer su propio modelo de funcionamiento. Como consecuencia de lo anterior la propia cultura, a través de sus instituciones, reconoce ciertos textos como pertenecientes a ella, olvida otros que pasan a formar parte de la no-cultura y, como tercera posibilidad, puede prohibir otros tantos confiriéndoles el carácter de antitextos. En este caso, en la propuesta de Lotman y los investigadores de Tartu, la institución canonizadora representa al núcleo o centro estructurador de la cultura que es el encargado de mantener el conjunto cohesionado a diferencia de la periferia o borde en donde, más bien, tiende a haber mayor flexibilidad de los contenidos culturales o textos lo que, entre otras cosas, asegura el dinamismo del espacio de la cultura. Lo anterior significa que en ese espacio de significación o semiosfera los contenidos de uno u otro sector pueden cambiar de posición, de hecho lo están haciendo continuamente, y ser reemplazado el centro estructurador por contenidos de la periferia lo que traería como consecuencia un nuevo orden en la disposición de los textos de la cultura, es decir, se daría una nueva estructuración que implicaría la necesidad, a su vez, de volver a auto describirse o auto modelarse. En este caso, la canonización lograda hasta el momento debe ser revisada por las nuevas instituciones que representan el conjunto de la cultura.

Para Mijail Bajtin, dentro de la perspectiva de la teoría dialógica planteada por él y sus colaboradores, los procesos de canonización o descanonización de los

textos de la cultura resultan fundamentales porque revelan la naturaleza misma del arte, de la literatura y, en general, de toda la textualidad cultural, del lenguaje mismo y de la naturaleza humana. La canonización permite reconocer la multiplicidad de voces y conciencias, la heteroglosia o “lucha por la palabra en la arena social”. La historia de la literatura, dice Bajtin, sería concebible como “la relación mutua de los procesos de canonización y de reacentuación del signo. La escritura se concibe como una lectura de aceptación y rechazo del discurso anterior, y no sólo de repetición de las estructuras anteriores”⁸. De hecho, para Bajtín, el texto, no sólo el estético pero de manera crítica el artístico, genera sentido en el contacto con otros textos de la cultura, en la intersección de los límites, en el diálogo de escrituras contemporáneas y del pasado que van, a su vez, a generar lecturas futuras, réplicas, aceptaciones, rechazos, evaluaciones inminentes.

En cualquiera de los casos anteriores, son las instituciones de la cultura, de la sociedad, las que llevan a cabo y determinan los procesos de canonización y descanonización correspondientes de modo que, como puede suponerse, se involucran en el mismo ideologías, discursos de poder, a una sola voz, que generalmente representan al centro o núcleo estructurante del espacio cultural, dejando a un lado los sectores periféricos al menos por un tiempo hasta que se dé una reestructuración importante en la conformación de la cultura misma. Aquí intervienen de manera decisiva los textos esté-

8. Citado por Iris Zavala. **Escuchar a Bajtín**. España: Montesinos, 1986, p. 72.

ticos, pues su función es, justamente, replicar, reacentuar las visiones del mundo existentes y plantear otras nuevas. Pero esto más que solucionar problemas lo que hace es descubrirlos y la dilucidación del proceso de canonización/ descanonización requiere mayor reflexión, indudablemente.

John Guillory en “La política imaginaria de la representación”⁹ presenta tres proposiciones polémicas acerca del valor cultural que permiten discutir el problema mencionado:

1. Los textos canónicos son depositarios de los valores culturales
2. La selección de textos es la selección de valores
3. El valor debe ser, o bien intrínseco, o bien extrínseco a la obra.

La primera proposición puede indicar que los valores expresados en una obra son los valores de la obra misma, de modo que la obra sería una especie de envase portadora de valores reificados, subvertidos o rechazados, lo cual no es exacto por cuanto el texto recuperado en nuevos contextos genera sentidos distintos. Lotman define la cultura como “memoria no hereditaria de la colectividad expresada en un sistema determinado de prohibiciones y prescripciones”¹⁰. El término “memo

9. Primer capítulo del libro **Cultural Capital. The problem of Literary Canon Formation**. Chicago: The University of Chicago Press, 1993, p.p. 3-38, traducido por William Díaz y publicado en la revista **Literatura. Teoría, historia, crítica**. Depto. Literatura, Universidad Nacional de Colombia, No. 3, 2001, p.p. 189-282.
10. Iuri Lotman y Escuela Semiótica de Tartu. **Semiótica de la Cultura**. Madrid: Cátedra, 1991, p. 41.

ria” no sólo debe ser entendido como en la teoría de la información o en la cibernética, esto es como la facultad de conservar y acumular información, sino como un mecanismo capaz de regenerar la información en contextos contemporáneos, transformando su significado en un juego entre los lenguajes del pasado y del presente. Por consiguiente los textos culturales transmiten valores de acuerdo a los contextos pero en un proceso interminable de nunca acabar en el que no se puede esperar la transmisión de valores definitivos.

De igual manera para Bajtin, los textos nunca son depositarios de un valor absoluto pues, como se dijo antes, su sentido surge en el proceso continuo de confrontación, de polémica, de responsividad, de modo que jamás se llegará al estado de conclusividad final, o muerte sin resurrección.

Sobre la segunda de las proposiciones, se podría suponer que la oposición canonizado/descanonizado implicaría, a su vez, la oposición hegemónico/ no-hegemónico. Es decir, que los textos canonizados serían los valorizados por la cultura o la sociedad y los descanonizados los desvalorizados o susceptibles de revalorizar. Pero la valorización o revalorización pudiera, muy fácilmente, identificarse con juicios o valores morales o de otro tipo que muy poco tendrían que ver con las categorías de lo estético. Tompkins considera que “el texto triunfa o fracasa sobre la base de su ‘adecuación’ a rasgos característicos de su contexto inmediato, en la medida en que provoca la respuesta deseada, y no con relación a estándares fijos, formales, psicológicos o filosóficos, de complejidad, verdad ó co-

recepción”¹¹. Hans Robert Jauss, por su parte, y dentro de la teoría de la estética de la recepción, afirma que:

La distancia entre el horizonte de expectativas y la obra, entre lo ya familiar de la experiencia estética obtenida hasta ahora y el “cambio de horizonte” exigido con la recepción de la nueva obra, determina, desde el punto de vista de la estética de la recepción, el carácter artístico de una obra literaria: en la medida en que esta distancia disminuye y a la conciencia del receptor no se le exige volverse hacia el horizonte de una experiencia aún desconocida, la obra se aproxima a la esfera del arte “de degustación” o de “entretenimiento”¹².

Aparentemente Jauss se contrapone de manera radical con J. Tompkins, pero más adelante leemos: “Si nos fijamos en los momentos en que las obras literarias rompieron los tabúes de la moral reinante en su historia o en los que ofrecieron al lector nuevas soluciones para la casuística moral de la práctica de su vida que luego pudieron ser sancionadas por la sociedad mediante el voto de todos los lectores, entonces se le abre al historiador literario un campo todavía poco explorado”¹³. ¿Debemos entender entonces, que las innovaciones formales de la obra no son más que el vehículo por el que se introducen nuevos valores morales que pudieran ser inmorales desde el punto de vista de la tradición?

11. Jane Tompkins. **Sensational designs: the cultural work of American fiction**. Citado por J. Guillory. En: La política imaginaria de la representación. Op. cit. p. 229.

12. H. R. Jauss. **La historia de la literatura como provocación**. Barcelona: Península, 2002, p. 25.

13. Op. cit. p. 193.

Sobre la tercera proposición, según la cual el valor debe ser extrínseco o intrínseco a la obra, habría que decir, de acuerdo con propuestas recientes, que la valoración se basa en consensos de cada comunidad en particular en las que los valores funcionan como si fueran absolutos, de modo que sería la “comunidad interpretativa” la encargada de llevar a cabo estos procesos. En este sentido los valores son extrínsecos e intrínsecos a la vez con relación a la obra. Stanley Fish afirma que “El acto de reconocer la literatura (...) procede de una decisión colectiva con referencia a lo que contará como literatura, una decisión que estará en vigor sólo en tanto que una comunidad de lectores y de creyentes la continúe acatando”¹⁴. De este modo, se podría afirmar que los valores no poseen un carácter universal, por una parte, y, por otra, son a la vez intrínsecos y extrínsecos a la obra. Sin embargo, es perfectamente posible que dentro de una comunidad interpretativa se presenten conflictos de modo que un consenso que se suponía definitivo en un momento determinado, pueda ser puesto en duda y, de ese modo, esa fuerza canonizadora de determinados juicios o valores tenga que ser reemplazada por otra generando conflictos y, por supuesto, un nuevo canon que, de todos modos, no durará para siempre.

En todo caso, lo que significan las consideraciones anteriores es que, como dice Guillory, “los juicios con valor canónico tienen una ubicación institucional”¹⁵ cualquiera que sea su naturaleza.

14. S. Fish. *Is there a text in this class?* Cambridge: Harvard University Press, 1980, citado por Guillory, Op. cit. p. 231.

15. Ibid. p. 235.

De todos modos, el espacio en el que un grupo determinado de críticos o lectores que pertenecen a una determinada comunidad interpretativa, que poseen una identidad común y sus consecuentes valores, confrontan un grupo de textos para constituir un canon es, en realidad, una escena imaginaria que puede ser contrastada en lugares reales como, por ejemplo, la escuela, la universidad, a través de sus programas académicos, de sus listados de obras o autores seleccionados en sus correspondientes planes de estudio. De hecho, estos programas presuponen la existencia de un canon como una totalidad también imaginaria. Al respecto, Guillory afirma: “el canon alcanza su totalidad imaginaria(...) no por encarnarse a sí mismo en una lista imaginaria realmente inexistente, sino para construir retroactivamente sus textos individuales como una *tradicción* a la que pueden añadirse o substraerse las obras sin alterar la impresión de totalidad u homogeneidad cultural. Una tradición es “*real*” por supuesto, pero sólo en el sentido en el que lo imaginario es real”¹⁶. La tradición unifica retroactivamente producciones culturales dispares, continúa diciendo Guillory, y el mismo concepto de tradición dice más del contexto en el que esa tradición es definida que de las obras organizadas propiamente, y cuanto más complejo o dispar es el conjunto de textos que deben ser unificados retroactivamente, es más urgente el concepto de tradición mismo. Por eso “... la construcción de cánones alternativos (estos es, programas de curso alternativos) está muy ligada al deseo de reafirmar la *unidad* cultural de las subcultura o las

16. Ibid. p. 242.

contraculturas, (...) Yo sugeriría que la presente fijación impaciente del canon (o en el programa de curso como su avatar) (...) puede interpretarse como el síntoma de cierta ansiedad asociada a la desunión que se percibe en la sociedad contemporánea. La crítica del canon responde a la desunión de la cultura como un todo, como un *iodo fragmentado*, al constituir nuevas unidades culturales al nivel del género, la raza o, más recientemente, subcultura étnicas o subcultura gays o lesbianas”¹⁷. Por eso se reclama la inclusión en el canon general de la literatura de producciones feministas, o gays, o negras, o de grupos marginados, etc.

Hay la opción, por otra parte, de pensar que no son propiamente las instituciones las que se encargan de constituir los cánones, sino los lectores solitarios en sus momentos de lectura y gracias a la facultad de su memoria. Esta es la propuesta de Harold Bloom insinuada ya en su obra “La cábala y la crítica” pero desarrollada en “El canon de occidente”, principalmente¹⁸. En efecto, Bloom considera que las obras sólo sobreviven entre obras, esto es en su espacio vital que es la memoria, no la naturaleza ni la sociedad civil. El espacio donde sobrevive el canon literario es “el teatro de la memoria”; el canon considerado no como un simple listado de obras famosas que suelen formar parte de los programas académicos de las instituciones educativas, sino como el arte de la memoria literaria relacionada estrechamente con el lector solitario, con el sujeto que afirma su existencia. “La memoria no es solo un modo de conoci-

17. Ibid. p. 243.

18. Harold Bloom. **El canon occidental**. Barcelona: Anagrama, 1995.

miento: es el modo de conocimiento propio de la literatura y de los estudios literarios” dice Bloom en la entrevista con Imre Salusinszky¹⁹. Pero canon para Bloom también significa lucha, *agon*, pugna por la perduración, por la supremacía estética, por ciertas cualidades, originalidades que le confieren a la obra su canonicidad. “La crítica estética remite a la autonomía de la literatura imaginativa y a la soberanía del alma solitaria”²⁰. El único criterio válido para la canonización de la obra es el estético, y este es irreducible a ideologías, a manejos de mercado o manejos políticos y no está en poder de las instituciones sino, como ya se dijo, en el lector considerado en su interioridad última, contrapuesto a la sociedad, y capaz de experimentar el placer estético. Este lector reconoce, retiene el texto en su propia soledad, lo recuerda, lo relea y lo recupera en el tiempo.

Sin embargo, el lector solitario no elige con plena autonomía, son múltiples las imposiciones sociales que lo afectan, aunque Bloom sólo reconoce una de ellas: la tradición. La tradición consiste en una cadena de interpretaciones de textos del pasado, de ejercicios hermenéuticos, que no suelen implicar fidelidad sino, más bien, reacentuaciones, distorsiones, revisiones y antagonismos, pero justamente en la confrontación está lo primordial de la canonización literaria y la cultura se encarga de preservar *las obras canónicas* a través de estas *interpretaciones* posibles que evitan la posibilidad del olvido y las mantiene siempre en la modernidad. De

19. Citada por David Jiménez en **Harold Bloom: la controversia sobre el canon** en Literatura. Teoría, Historia, Crítica. Universidad Nacional de Colombia, Depto. de Literatura, año 2001, No. 3, p. 22.

20. H. Bloom. **El canon occidental**. Op. cit. p. 10.

hecho, las obras canónicas son las que permiten la construcción de la literatura posterior.

Ahora bien, si leer en la concepción romántica de Bloom, es un acto de placer egoísta que fortalece el propio yo, no puede ser un acto de solidaridad social y, por tanto, se entiende, que Bloom no acepte el principio de la representatividad en el canon literario. Los reclamos de las minorías por formar parte del canon no tienen sentido pues el único criterio, como ya se dijo, válido para su conformación es el estético, el que es proferido por una relativa minoría, eso es cierto, pero “de cualquier clase social, raza, género u origen étnico”²¹.

La idea que sostiene Bloom sobre el canon es, hasta cierto punto, parecida a la propuesta por George Steiner para quien “el acto y el arte de la lectura sería implican necesariamente dos movimientos del espíritu: el de la interpretación (hermenéutica) y el de la valoración (crítica, juicio estético). Los dos son estrictamente inseparables. Interpretar es juzgar”²². Si bien Steiner, como Bloom, privilegia el acto de la lectura individual, en él prevalece la arbitrariedad del juicio estético, es decir que el canon es el resultado de ciertas preferencias o gustos personales e irrefutables, sistematizados en una “política del gusto” y con los cuales simplemente se puede estar de acuerdo o en desacuerdo personal.

Quizá resulte la posición de Bloom, y de Steiner, más difícil de aceptar con relación a la autoría del canon que la de aquellos que consideran que se trata de una

21. Ibid. p. 55.

22. George Steiner. **Pasión intacta**. Bogotá: Norma, 1996, p.p. 56-57.

determinación colectiva a través de las instituciones de una cultura o sociedad, pero de todas maneras no deja de suscitar interés al respecto.

Para los propósitos del trabajo seguiremos, básicamente, las propuestas del Lotman y Bajtin, aunque, desde luego, las complementaremos con aportes adicionales sobre el canon y los procesos de canonización de textos de la cultura. Por ejemplo, Frank Kermode, en un trabajo ya bastante conocido titulado “El control institucional de la interpretación”²³, considera que los intérpretes de un texto se ven afectados en su trabajo de interpretación por ciertas fuerzas que determinan tanto lo que puede decir sobre él como los modos en que puede decirlo, que confieren o no legitimidad a la interpretación, etc. y esas fuerzas representan a una institución social específica que es la comunidad profesional de intérpretes que interpreta la literatura y enseña a otros a hacerlo. Esa comunidad, dice Kermode, es perfectamente identificable, se trata de “una comunidad profesional dotada de autoridad (no discutible) para definir (o indicar los límites de) un tema, imponer valoraciones y dar validez a interpretaciones. Tales son sus características. Tiene complejas relaciones con otras instituciones. En la medida en que tiene, de modo innegable, un aspecto político, penetra en el mundo del poder; pero por sí misma, añadiremos, es poco el poder que tiene, si entendemos por tal el poder para atar y desatar, para imponer la conformidad y anatemizar la desviación”²⁴.

23. Frank Kermode. “El control institucional de la interpretación”. En: **El canon literario** (Compilación de textos y bibliografía de Enric Solla). Madrid: Arco/Libros, 1998, p.p. 91-112.

24. Ibid. p. 92.

Esa comunidad se puede describir como una corporación que busca auto perpetuarse, jerárquica en su estructura, conformada por miembros veteranos poseedores de la competencia y jóvenes que reciben la instrucción correspondiente y que algún día van a reemplazar a los viejos dependiendo del aprendizaje logrado:

Los miembros viejos, o veteranos, hacen ciertas comprobaciones siguiendo su propio arbitrio, sobre la competencia de quienes pretenden unirse a ellos y, en un momento dado, reemplazarlos. Su derecho a hacer semejante cosa viene acompañado por la suposición de que están en posesión de un nivel de competencia en parte tácito y en parte dependiente de técnicas que pueden ser estudiadas y aprendidas; la afirmación de que estas últimas ya han sido adquiridas puede comprobarse con toda sencillez, pero la posesión del poder interpretativo, el poder adivinatorio, sólo se comprueba por referencia al conocimiento tácito de los miembros más antiguos, que no obstante afirman, tácitamente por norma, que pueden seleccionar a los candidatos capaces de adquirir tales pericias y que tienen derecho a certificar que las han alcanzado²⁵.

Los miembros de la institución tienen acceso a los textos, desde luego, al igual que el lego, pero a diferencia de este último sus actividades de interpretación son privilegiadas, sus exégesis no se comunican, en principio, a los “profanos” y sus derechos son señalados por signos determinados: certificados académicos, togas, títulos, jergas profesionales, etc. La censura a sus actos profesionales sólo pueden provenir de otros miembros

25. Ibid. p.p. 92-93.

de la corporación, y de ninguna manera por parte del lego.

Esta institución, además, controla las actividades exegéticas de sus miembros, a veces por medios evidentes, como por ejemplo mediante la formación académica de sus participantes: alguien decide a quién se le debe otorgar el título de licenciado o doctor. Pero también lo hace a través de medios mucho más sutiles como las restricciones canónicas y hermenéuticas: que puede y debe ser interpretado y qué modo particular de hacerlo es el permisible. Por supuesto, los cánones cambian al igual que los estilos interpretativos, dependiendo de la “debilidad” de la institución. De todos modos, es necesario saber cuándo una interpretación está equivocada aunque sea difícil hacerlo. La institución, dice Kermode, “requiere interpretaciones que satisfagan su conocimiento tácito del área de sentido tolerado; este requerimiento actúa con gran simplicidad cuando la interpretación discutida es obra de un novicio y puede ser más duro, e incluso a la larga imposible, aplicarlo si el autor es conocido por su competencia. Una razón para que cambie el consenso institucional. Pero hay un sentido muy claro de lo que una corporación profesional *sabe...*”²⁶

En todo caso, hay una competencia institucionalizada, y lo que ésta considera inaceptable, sencillamente es incompetente. Por otra parte, aceptamos o no una interpretación “sobre la base de un Corpus de conocimiento tácito, compartido -no importa con qué cualificaciones- por los escalafones más antiguos de la jerarquía”²⁷. Pero

26. Ibid. p.p. 94-95.

27. Ibid. p. 95.

esto, en últimas, no niega el valor de la originalidad, pues es posible que los aportes nuevos modifiquen o transformen lo acordado y lleguen a constituir un nuevo consenso.

Específicamente en la institución literaria y su canon correspondiente- el proceso parece ser más flexible o, por lo menos, es más difícil controlar la elección de los textos canónicos, aunque los procesos de formación y adquisición de la competencia y las restricciones de la interpretación sean igualmente estrictas.

Kermode habla de la formación del canon literario más bien a través de su introducción en un coloquio crítico continuado: un texto puede suscitar interesantes relaciones con otros textos (la idea de transtextualidad), o puede tener una alta capacidad para producir sentidos, o alguien tiene la habilidad para introducir el texto en el coloquio y todo esto hace que dicho texto produzca interés durante cierto tiempo a cierta comunidad de lectores y de ese modo el canon literario está presente en ese coloquio crítico de una cultura o, como lo llamaría Kenneth Burke, en el sector de la “conversación infinita”²⁸.

Ahora bien, se debe hablar no de un solo tipo de canon, sino de varios. Alastair Fowler distingue seis: el *canon potencial*: que comprende el corpus escrito en su totalidad, junto a la literatura oral que aún pervive; *canon accesible*: parte del primero disponible en un momento dado; *cánones selectivos*: listas de autores y tex-

28. K. Burke. **The Philosophy of Literary form**. New York: Vintage, 1957.

tos; *canon oficial*: institucionalizado mediante la educación, el patrocinio o los medios de comunicación; *cánones personales*: lo que los lectores individuales conocen y valoran, *canon crítico*: obras tratadas por la crítica en forma reiterada²⁹.

A los anteriores, Wendell Harris agrega cuatro tipos más: el *canon bíblico o corpus cerrado*, único y dotado de autoridad; *el canon pedagógico*: listados de autores u obras que se enseñan en las instituciones educativas de cualquier nivel; *canon diacrónico*: grupos de textos o autores que permanecen por largos periodos de tiempo en un canon reconocido; *canon del día*: lo conforman textos u autores que cambian rápidamente, generalmente situados o provenientes de la periferia cultural, y que sólo algunos de ellos podrán entrar a formar parte del canon diacrónico³⁰.

Por su parte, Walter Mignolo propone la idea de que una de las funciones principales de la formación de los cánones es asegurar la estabilidad y adaptabilidad de una comunidad de creyentes y cuando la formación del canon tiene que ver con actividades disciplinarias es necesario distinguir entre los aspectos vocacionales y los epistémicos de la formación de dicho canon. En consecuencia habla de *cánones vocacionales* propuestos a partir de una situación personal, por ejemplo el ser latinoamericano, y *cánones epistémicos* propuestos a partir de una situación profesional, ser investigador, o profe-

29. A. Fowler. "Género y canon literario". En: **Teoría de los Géneros Literarios**. Madrid: Arco/Libros, 1988, p.p. 97-99.

30. W. Harris. "La canonicidad". En: **El canon literario** (Compilación E. Sullá), Madrid: Arco/Libros, 1998, p.p. 43-44.

sor de una determinada institución³¹. Los dos tipos de cánones tienen, por lo general, diferente capacidad de influencia en las comunidades de creyentes o de lectores, pero se aprecian de manera notable al enseñar literatura, es decir cuando surge la pregunta ¿Qué es lo que enseñamos cuando enseñamos literatura? ¿La disciplina o el área de estudio?

De cualquier manera, en todos los tipos de cánones mencionados está presente un criterio de selección utilizado para su constitución y su función correspondiente. Barbara Herrnstein Smith sostiene que:

“toda valoración de un texto literario es, en realidad, un juicio sobre lo bien que el texto en cuestión satisface las necesidades cambiantes de los individuos y las sociedades, es decir, lo bien que realiza funciones específicas. Para analizar los criterios sobre los que parece basarse una selección, los críticos deben buscar dichas funciones, sin olvidar nunca que las reconocen a través de los procesos que se reflejan en sus propias y cambiantes necesidades”³².

El mismo Wendell Harris propone una serie de funciones posibles de los cánones que nombramos a continuación:

1. Provisión de modelos, ideales e inspiración: cada época y cada cultura maneja diferentes clases de modelos, morales, estéticos, etc. pero de una u otra forma la función ha sobrevivido a cada momento. Desde los

31. W. Mignolo. “Los cánones y (más allá de) las fronteras culturales (o ¿De quién es el canon del que hablamos?). En: **El canon literario**. Op. cit. p.p. 238-270.

32. Citado por W. Harris. Op. cit. p.p. 49-50.

mejores usos gramaticales que buscaban los alejandrinos en los textos, a la exaltación de virtudes sociales en los latinos, o la función inspiradora de la poesía americana, hasta la novedad en las vanguardias y la acción social de épocas recientes.

2. Transmisión de la herencia del pensamiento: el canon proporciona la información o el conocimiento cultural básico tanto para interpretar los textos del pasado como para tratar los actuales con perspectiva histórica, o para comprender los logros estéticos, circunstancias políticas y sociales y debates filosóficos de larga data. Los mismos intentos por derrocar un canon lo que hacen es extender el mismo “para ampliar nuestro patrimonio y enriquecer la ‘memoria colectiva’, es decir, el conocimiento y la conciencia comunes”³³.
3. La creación de marcos de referencia comunes: si la interpretación de los textos depende de estrategias hermenéuticas compartidas, entonces, afirma Howard Felperin “el estudio institucional de la literatura resulta inconcebible sin un canon. Sin un canon, un corpus o muestrario de textos ejemplares, no puede existir una comunidad interpretativa del mismo modo que no puede haber una comunidad de creyentes sin una doctrina”³⁴.
4. Intercambio de favores: los escritores logran conformar el canon en parte con sus textos, por supuesto, pero también por la aceptación o desacuerdo con tex-

33. Ibid. p. 52.

34. H. Felperin. **Beyond deconstruction: The uses and abuses of literary theory**. Citado por W. Harris. Op. cit. p. 52.

tos, criterios u opiniones de otros pertenecientes a ciertos grupos privilegiados o de poder.

5. Legitimación de la teoría: las selecciones, casi siempre, se fundamentan en teorías vigentes que proporcionan métodos y conceptos mediante los cuales se justifica la selección de los textos que serán aquellos cuya lectura les resulta más convincente sin que esto signifique que no puedan leer casi cualquier otro.
6. Historización: se ha creído habitualmente que los textos literarios proporcionan luces sobre la época histórica en que fueron escritos y que los hechos históricos influyen en la interpretación adecuada de los mismos. “Mientras que uno de los valores aceptados de la literatura, una razón para seleccionar obras antiguas, ha sido que permiten hacernos una idea de cómo era el mundo *entonces*, la reciente “historización” ha cambiado este interés por el análisis de los supuestos inconscientes de los escritores antiguos (tal como se revelan a los supuestos psicológicos o políticos conscientes del crítico) o, como escribió Annette Kolodny citando a Jane Tompkins, por el análisis de “cómo y por qué determinados textos tienen poder en el mundo (o no lo consiguen, si es el caso) en un momento dado (...)”³⁵.
7. Pluralismo: en los últimos años, especialmente, se ha dedicado atención a las producciones literarias de grupos minoritarios o que, por lo menos, no forman parte de los círculos de poder tradicionales: literatura escrita por mujeres, minorías étnicas, grupos gays,

35. Ibid. p.p. 54-55.

etc. Pero, claro, este pluralismo tiene límites y restricciones, como es de suponerse.

Finalmente, al menos por ahora, tendríamos que decir que cualesquiera que sean las funciones que rigen las selecciones de los cánones, en últimas, estos, aunque están constituidos por textos, lo que cuenta definitivamente es la manera cómo son leídos y no los textos en sí mismos. Esto se justifica en la propuesta de Lotman cuando plantea lo referente a los auto modelos de descripción de la cultura que definen la canonización misma. Efectivamente, un concepto eficaz utilizado por la cultura para organizar y clasificar los textos decididos como canónicos, y diferenciarlos así de los no canónicos o no-textos propiamente dichos, es el de “architextualidad”³⁶. Es el conjunto de categorías generales o trascendentes del que depende cada texto en particular: tipos de discursos, modos de enunciación, géneros discursivos y, los más estudiados, géneros literarios, entre otros. En este último caso, su importancia resulta mayor para la literatura de lo que pudiera parecer en primera instancia. Bajtin los considera personajes principales, mientras que las corrientes y escuelas lo son de segundo y tercer orden. En realidad, se puede afirmar que los géneros son entidades previas que constituyen la institución social misma que llamamos literatura, y que “una obra sólo es real en la forma de un género determinado. La importancia estructural de cada elemento puede comprenderse únicamente en relación con el género (...) El género es la totalidad del enuncia-

36. El término es de Gerard Genette. Ver. **Palimpsestos**. Madrid: Taurus, 1989.

do literario, una totalidad sustancial, concluida y solucionada”³⁷. En este sentido, la obra en cuanto género está orientada de una manera determinada, en primer lugar, hacia los oyentes o receptores, es decir que se ubica en un espacio y tiempo real; puede, por ejemplo, tratarse de una obra oral o destinada a la lectura en silencio, puede estar relacionada con ciertos escenarios particulares, o formar parte de una festividad, etc. y en segundo lugar, también está orientada desde el interior mediante sus contenidos temáticos, de tal modo que abarque tan solo determinados aspectos de la realidad y posea ciertos principios de selección, determinadas formas de visión de la realidad y determinados grados de profundización de la misma.

Todo lo anterior conlleva a afirmar que el género como institución se constituye en un modelo de escritura para el artista por cuanto éste debe aprender a ver la realidad a través de los ojos del género, en un modelo de lectura para el destinatario porque, de alguna manera, funciona para él como horizonte de expectativa y, en general, es un modelo del mundo, o “sistema modelizante” como lo llamaría Lotman, pues “cada género posee sus recursos y modos de ver y concebir la realidad, que sólo a él le son accesibles”³⁸.

Trabajaremos en lo que sigue con textos narrativos producidos en la región, como una forma de delimitar un poco la gran producción literaria que pudiera presentarse.

37. Pavel Medvedev (M. Bajtin). **El método formal en los estudios literarios**. Madrid: Alianza Universidad, 1994, p.p. 207-208.

38. *Ibid.* p. 213.

3. Valoración del canon y la canonización de textos literario-narrativos en Nariño en el siglo XX

Para los propósitos del trabajo hemos decidido, de modo un tanto arbitrario es cierto, dividir en períodos el transcurrir del siglo XX en cuanto a la producción y publicación de discursos críticos tanto sobre textos narrativos, cuentos y novelas especialmente, como sobre sus autores y hechos de la vida literaria de la región, lo cual nos ayudará a comprender los procesos muchas veces complejos de la canonización de escritores y obras en el medio. Esperamos que esa periodización se justifique y sea esclarecedora de la evolución de la literatura en Nariño a pesar de no intentar constituir una historia de la misma.

Tentativamente, y con el fin de organizar un poco el material analizado, se han fijado cuatro períodos que serán comentados, al menos al principio, de manera un tanto separada pero al final se espera vislumbrar la unidad del conjunto a partir de ciertos criterios sociales, históricos y, especialmente, de carácter estético que serán

- 3.1 Comienzos de siglo hasta 1950
- 3.2 Década del cincuenta y del sesenta
- 3.3 Década del setenta
- 4.4 Década del ochenta y hasta comienzos del nuevo siglo.

3.1 Comienzos de siglo hasta mediados del mismo

Resulta particularmente interesante en este primer período la presencia de ciertas publicaciones que permitieron la difusión no sólo de comentarios críticos sobre la producción literaria de Nariño, sino también sobre textos literarios concretos, cuentos especialmente, a través de la convocatoria de concursos y la posterior publicación de los ganadores y de los fallos de los jurados correspondientes. Merece especial atención el caso de la revista *Ilustración Nariñense* que por más de treinta años logró convertirse en toda una institución en la región y fuera de ella, dirigida por su propietario Rafael Delgado Cháves. El poeta Luis Felipe de la Rosa consideraba que la colección de esta revista contenía la historia de Pasto y del Departamento en los últimos 20 años y que era la expresión auténtica de nuestra cultura vernácula. El escritor Plinio Enríquez, igualmente, hizo favorables comentarios sobre la labor de *Ilustración Nariñense*.

Precisamente en julio de 1925 se publican los resultados de uno de esos concursos convocados por *Ilustración Nariñense*: miembros del jurado, el padre Alejandro Ortiz López, infaltable en estos eventos, Ildefonso Díaz del Castillo, Ángel M. Guerrero y José María Moncayo Ortiz. Diez y seis cuentos son evaluados en el concurso

“Para mí, el cuento es ánfora alabastrina donde puede vaciarse, mejor que en otras, el precioso licor de la belleza. Allí caben desde las concepciones abstractas hasta los conjuros de la pasión amorosa.

El cuento moderno no es una mera idealidad: es la ética de la raza, su idiosincrasia, su sicología. Por algo el buen sentido literario francés ha levantado estatuas a Maupassant y los ingleses veneran al desequilibrado delicioso Edgar Allan Poe”³⁹.

Acto seguido, se propone hacer de los cuentos una “breve ideología”.

En la cita anterior del padre Ortiz podemos vislumbrar una cierta concepción nacionalista sobre el trabajo artístico sobre la que vale la pena detenerse: de hecho, como lo menciona Rafael Gutiérrez Girardot⁴⁰, la historiografía literaria en América Latina, al igual que casi toda la del siglo XIX, es una historiografía con propósitos nacionalistas; había recibido la influencia española directa de Menéndez y Pelayo y de su concepción sobre el “espíritu español” y la idea de unidad peninsular que se reflejaba en los “clásicos”. De este modo, el “estilo español”, como lo llama otras veces, pretendía asegurar la unidad nacional en una época en que España veía caer su imperio. A su vez Menéndez y Pelayo, muy seguramente, había sido influenciado por las propuestas de Friedrich Schlegel y Gervinus en Alemania y Francesco de Sanctis en Italia para quien lo clásico era

39. A. Ortiz López. “Concurso literario”. En: **Literatura Nariñense**. Pasto: Serie I, No. 7, julio de 1925, p. 7.

40. Rafael Gutiérrez Girardot. **Aproximaciones**. (Ensayos). Bogotá: Procultura, Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, 1986.

la plenitud del desarrollo literario a la que ha llegado la conciencia nacional, es decir, una plenitud expresiva literaria asociada al concepto de Nación.

Contrariamente a la idea de unidad continental postu-lada por Bolívar y Martí, estas propuestas historiográficas parecieron fortalecer el propósito de los nacionalismos reaccionarios en América latina, de los límites estrechos de los países que a partir de entonces pretendieron fortalecer la argentinidad, la mexicanidad, la colombianidad, etc.

En estas historiografías es difícil precisar el criterio de valor con el que han de juzgarse los textos literarios, tanto por la vaguedad de las nociones como por el hecho de que ellas no tienen nada que ver con criterios propiamente del orden estético.

Lo anterior para tratar de explicar la relación que del cuento hace el padre Alejandro Ortiz con la idea de “ética de la raza”, y “su idiosincrasia”.

En Colombia, Miguel Antonio Caro continua de manera decidida las propuestas españolas de Menéndez y Pelayo. Exalta el genio nacional español presente en el antiguo romancero, el teatro español y el Quijote, y la importancia de la tradición hispánica en América Latina. Además, establece una estrecha relación entre poesía y religión y cuando esta relación se desvanece estamos ante un síntoma de “un ánimo apocado y frívolo” que conduce a una lírica sin profundidad en la que “se evapora la poesía”.⁴¹ Otras afirmaciones al respecto son

41. Miguel Antonio Caro. “La religión y la poesía”. En: **Artículos y discursos**. Bogotá: Editorial Iqueima, 1951, p. 383.

revelada”, “la poesía se apoya en sentimientos morales bien ordenados”, “donde no se pone en actividad un principio de rectitud moral, allí no hay poesía”, “el Catolicismo es la más poética de las religiones”⁴².

Para Caro “el elemento esencial del arte es la idealidad”⁴³: el arte propone una realidad superior a la experiencia, pero no la realidad soñada del Romanticismo sino una realidad existente que sirva como modelo aunque no siempre pueda ser reconocida. David Jiménez al analizar la crítica literaria en la obra de Caro considera que “Para eso vale la crítica entre otras cosas: para que no se haga en el arte caso omiso de esa relación con el ideal, para que se recuerde y se resalte, o para que se reproche su ausencia en ciertas obras. Se trata de un patrón de valoración, pero no uno cualquiera sino el fundamental”⁴⁴. Ahora bien, ese ideal al que alude Caro no se encuentra en la historia, está por encima de ella, y por eso los autores clásicos son eternos puesto que son ellos los que realizan de manera esencial ese ideal propuesto. Pero, dice Caro, “todo ideal es directa o indirectamente religioso”⁴⁵, y trata de demostrarlo en sus “*Estudios virgilianos*”: refiriéndose a la “*Eneida*” dice que encuentra en ella un pensamiento universal y que ese pensamiento “brota de la visión religiosa, de las concepciones sobrenaturales del poeta (...) este pensamiento consiste, a mi modo de ver, en que siempre refiere el

42. Ibid. p.p. 391-392.

43. Ibid. p. 367.

44. David Jiménez. **Historia de la crítica literaria en Colombia**. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia e Instituto Colombiano de Cultura, 1992, p. 61.

45. M. A. Caro. “La religión y la poesía”. Op. cit. p. 367.

hombre a la especie, el presente a lo porvenir, y todo a una voluntad divina”⁴⁶. En conclusión, todo ideal es religioso y, en últimas, como lo tratará de presentar, es católico y sólo así sería verdadero. David Jiménez considera que “Caro, igual que Menéndez y Pelayo, identifica la verdad no simplemente con Dios, como lo haría cualquier mentalidad religiosa, sino aún más con la Iglesia, con la ortodoxia católica. De ahí su dogmatismo”⁴⁷. Se entiende entonces el rechazo y la desconfianza de Caro hacia el Romanticismo, hacia lo novelesco que era sinónimo de lo anterior, hacia el triunfo de la modernidad y al liberalismo. Incluso refiriéndose al Quijote, Caro dice que éste se asemeja a la novela en cuanto describe costumbres “pero el modo como las pinta es sencillo, verdadero y grandioso, o lo que es lo mismo, más poético que novelesco”⁴⁸. También se entiende la defensa que hace del clasicismo y de sus figuras, como por ejemplo de Andrés Bello en Hispanoamérica.

Con respecto a la unidad nacional, se trataba de una serie de relaciones en las que se incluían la raza, la religión y la lengua: “de la unidad religiosa y de la unidad lingüística vive y se alimenta el sentimiento de fraternidad de los pueblos americanos; que si la religión se dividiese en sectas y la lengua en dialectos, no nos conoceríamos ni entenderíamos unos a otros”⁴⁹. Muy semejante su posición a la preconizada por Menéndez y Pelayo

46. Miguel Antonio Caro. **Estudios virgilianos**. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, Primera Serie, 1985, p. 117.

47. D. Jiménez. Op. cit. p. 63.

48. M. A. Caro. “Estudios Literarios”. En: **Obras completas**. Tomo II, Bogotá: Imprenta Nacional, 1920, p. 151.

49. Ibid. p. 284.

para quien la idea de la unidad peninsular resplandecía en los “clásicos” y palidecía en los “reflejos de una cultura extraña”.

El padre Alejandro Ortiz en la cita ya mencionada, exalta el cuento moderno adviniendo antes que [otros piensan] “Los cuentos -quizá intrigarán, en tono despectivo los desafectos a este género de disciplina literaria- son lucubraciones vacías de sentido...” pero que el cuento moderno no es una mera *idealidad*: es la ética de la raza, su idiosincrasia, su psicología. Parece plantear algunas divergencias con la crítica conservadora de Miguel Antonio Caro, pero cuando se lee el “Informe del Jurado Calificador de los trabajos en Prosa al Concurso” el acercamiento es innegable. Transcribimos el Informe completo:

“Atentamente hemos estudiado los trabajos enviados al Concurso que, en buena hora, abrió la simpática revista ILUSTRACIÓN NARIÑENSE para estimular a nuestros jóvenes escritores.

Con mucho placer hemos encontrado -entre los diez y seis cuentos- dos que sobresalen por su limpieza y elegancia de estilo y por su fuerza de concentración novelesca.

El primero de estos es *Tradiciones*, que lleva el seudónimo de Salvador del Valle. Es obra de verdadero mérito literario. Se distingue principalmente por su carácter autóctono, pues toma ambiente, escenario y personajes del terruño. Las escenas están descritas con sobriedad en estilo cervantino. La intención y, si cabe decir, la finalidad moral es altamente recomendable y guarda la debida proporción con la forma.

El segundo es *El bandonao*, de escuela francesa, más psicológico que el anterior, pero de menos intención moral. Escrito también con elegancia reveladora de grandes capacidades literarias. Este trabajo honra a las letras de Nariño y bien pudiera figurar entre los mejores del género y supera a muchos en la habilidad con que sugiere estados psíquicos.

Si es más moderna la contextura de *El bandonao*, *Tradiciones* le supera -como ya dijimos- por su intención moral y su carácter autóctono.

Hay también otro cuento digno de mención y es el titulado *Fray Nicasio*, con el seudónimo Cactus; según el parecer de uno de los miembros del Jurado debía ocupar el primer puesto por su estilo y corte completamente modernos, sin embargo la erudición quita al estilo la agilidad que requiere el cuento.

Por las anteriores consideraciones, el Jurado Calificador para la prosa.

RESUELVE

Premiar con la medalla de oro el cuento titulado *Tradiciones*, con la flor natural *El bandonao* y dar mención honorífica a *Fray Nicasio*.”

Los miembros del Jurado,

Alejandro Ortiz López S.O.

Ildelfonso Díaz del Castillo

Ángel M. Guerrero

José María Moncayo Ortiz⁵⁰

Dos parecen ser los criterios que se imponen en el

50. **Ilustración Nariñense.** Pasto: Serie I, No. 8, octubre de 1925, p. 8.

no; en el primero, además, sale a relucir su estilo cervantino. Nuevamente nos encontramos con la unidad indisoluble de raza, lengua y religión, expresada, en esta oportunidad, en cuentos o prosas cuyos autores no son revelados en sus nombres por el Jurado calificador y sólo podemos conocer de ellos los respectivos seudónimos. No obstante, en números posteriores de Ilustración Nariñense se publicaron los cuentos mencionados y los seudónimos corresponden a los autores siguientes: el cuento ganador, firmado con el seudónimo de “Salvador del Valle”, pertenece a Luis S. Fajardo que proyecta la publicación del libro “Tradiciones Anti-revolucionarias”, pero sobre el cual no ha sido posible encontrar noticia alguna; el cuento “El bandonao”, presentado con el seudónimo de Adelfo, corresponde a Sergio Elías Ortiz y más tarde aparece conformando el libro de cuentos “Al margen de la vida” editado en Bogotá por la Editorial Santafé en 1930; finalmente, “Fray Nicasio” fue escrito por Temístocles Pérez Delgado con el seudónimo de Cactus y se publicó en Ilustración Nariñense en noviembre de 1926, en el No. 17.

En diciembre del mismo año de 1925, Ilustración Nariñense organiza otro concurso de cuento de navidad, pero la participación es muy reducida, sólo cinco textos, que en opinión del Jurado no cumplen con las características del cuento. No obstante, Fr. Heliodoro de Túquerres, Benjamín Belalcázar y Gerardo Martínez deciden otorgar el premio al trabajo titulado “Perpetua juventud”, firmado con el seudónimo de Santos de la Calle y que corresponde a Manuel Antonio Delgado. Se dice lacónicamente que su lenguaje es correcto y se ciñe más a las condiciones del cuento. El criterio parece ser,

fundamentalmente, su adecuación al género, pero sin mayores especificaciones.

No encontramos nuevos concursos literarios de narrativa en este primer período establecido, al menos con amplia divulgación, por lo cual resulta imposible intentar alguna comparación sobre los criterios de los jurados para evaluar las producciones artísticas correspondientes. Tendremos que saltar hasta la década de los sesenta, cuando la Universidad de Nariño promueve un concurso universitario de cuento corto, para intentar cualquier análisis comparativo. Posteriormente, ya en los años ochenta, la Fundación Testimonio organiza cada año un concurso a nivel nacional, al igual que el taller de Escritores Awasca de la Universidad de Nariño lo hace de novela. Analizaremos con detenimiento estos eventos, un poco más adelante.

Mientras tanto, aunque no con la asiduidad que se quisiera, se publican alrededor de un centenar de cuentos en distintos medios, revistas especialmente, como la ya mencionada Ilustración Nariñense, Don Quijote, Ritos, Renovación, Anales de la Universidad de Nariño, Ideas, Sur, Actualidad, Colombia, Amerindia, Odeón, Perla del Pacífico, Nariño Turístico, El Radio, El Derecho, etc., y más tarde en Cultura Nariñense, Meridiano, Awasca, entre otras, algunas de las cuales de efímera existencia en el medio. Se anexa un listado de cuentos publicados entre 1907 y finales de los años noventa. (Ver Anexo).

Son escasos los libros de cuentos por estos años: encontramos el ya citado “Al Margen de la Vida” de Sergio Elías Ortiz publicado en Bogotá en 1930, de José

María Moncayo Ortiz se publica “Croniquillas y cuentos”. Pasto: Imprenta Ramírez, 1921; de Alberto Montezuma Hurtado se edita en La Paz (Bolivia) el libro “Ha muerto el partido liberal y otros cuentos”: Imprenta Artística, 1942.

En cuanto a las novelas, este es un período fructífero, un buen número de ellas, casi la mitad del total de novelas publicadas en Nariño, se publican en estos años:

- 1894 José Rafael Sañudo. “La expiación de una madre”. Pasto: Tip. de Alejandro Santander.
- 1895 Florentino Paz. “La ciudad de Rutila” (Leyenda Suramericana). Pasto: E. M. Villareal.
- 1910 Benjamín Guerrero. “Dios en el hogar”. Bogotá: Imp. La Luz.
- 1912 Manuel Benavides Campo. “Fue un sabio”. Barcelona: Tip. de Julián Doria.
- 1932 Plinio Enríquez. “Cameraman”. Valparaíso: Ed. Universo.
- 1933 Donaldo Velasco. “Ligia”. Guayaquil: Imp. Libertad.
- 1939 Alfonso Alexander Moncayo. “Sima”. Bucaramanga: Ed. Estrella.
- 1943 Juan Alvarez Garzón. “Los Clavijos”. Bogotá: Ed. Cromos.
- 1947 Guillermo Edmundo Chaves. “Chambú”. Manizales: Imp. Departamental.
- 1947 Julio Santamaría Villarreal. “Cuando el suicidio es un deber”. Bucaramanga: El Demócrata.
- 1948 Julio A. Quiñones. “En el corazón de la América Virgen”. Bogotá: Ed. A.B.C.

Se habla de una novela titulada “Betulia y Eudoro”, de César Garzón, que debió publicarse por esta época, tal vez 1930, pero ha sido imposible obtener alguna información concreta sobre ella. Otras novelas quizá permanecieron inéditas y nunca pudieron darse a conocer.

Resulta curioso el caso de la narración corta “Ligia” de Donaldo Velasco que Cecilia Caicedo la cataloga, efectivamente, como una novela⁵¹, pero sus escasas 29 páginas nos hacen dudar sobre el carácter de la misma. No obstante, siempre aparece en el listado de novelas escritas por autores nariñenses.

Como puede observarse, no es una etapa demasiado despoblada de textos narrativos interesantes, pero parece que su difusión, lectura y valoración, es decir la responsividad a los mismos, fue realmente escasa en ese momento como lo sigue siendo en la actualidad. Por ejemplo, alguien que firmó con las iniciales L.B.B., propone en 1926 a la revista *Ilustración Nariñense* que convoque a los aficionados a las letras para que “los escritores de Nariño escriban la historia de la literatura; que la mejor obra o trabajo que se presente a la Junta Calificadora, sea premiada; que la que tenga tal distinción, merezca su publicación en la Imprenta del Departamento, por cuenta de esta misma Entidad; y que, en igual sentido, en los Colegios de segunda enseñanza sea acogida como libro de estudio”⁵². Termina su propuesta con un “¡Adelante, veterano del pensamiento; ¡Que la

51. Cecilia Caicedo. **La novela en el Departamento de Nariño**. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, Cuadernos del Seminario Andrés Bello, 1990, p.p. 49-52.

52. L. B. B. “Historia de la Literatura en Nariño”. En: **Ilustración Nariñense**. Pasto: Serie 2, No. 17, noviembre de 1926, p. 24.

historia de la literatura nariñense tengamos el placer de leerla muy pronto!”. No parece que dicha propuesta tuviera eco alguno porque hasta donde se sabe jamás se logró escribirla.

Plinio Enríquez al escribir “7 Capítulos de geografía cultural nariñense” se queja de la falta en Nariño de inquietud espiritual. Afirma que se hace vida de club, que se juega, se baila, se emborracha, se politiquea, pero “ni aún a tantos grados sobre el cero alcohólico he podido captar la inquietud espiritual que se palpa en otras latitudes indoamericanas. Aquí no se pasa de po-li-ti-que-ar en mojado sobre ruines combinaciones personalistas. Y ni siquiera esta juventud que se levanta y no se acuesta -salvo excepciones individualistas, no armónicas ni colectivistas- se preocupa por hacer iconoclasta obra de renovación y superación. (...) Nuestros intelectualoides de verbalismo aguardentoso pontifican gravemente sobre gramática, lógica, historia, ortografía, retórica. Humanistas forrados y encuadernados en pergaminos coloniales. Blasonan de imitar a la Atenas suramericana, por aquello de estar plagada de doctores y generales. Por eso nuestra Universidad afronta el problema de parar la máquina de doctores, que salen a engrosar el escalafón del proletariado de levita para después pescar una diputación o una curul en las cámaras”⁵³. Termina sosteniendo que nadie da un paso para salir de estos dantescos círculos, sino que estamos esperando las directivas de Bogotá, para después quejarnos hipócritamente del centralismo bogotano.

53. Plinio Enríquez. “7 capítulos de geografía cultural nariñense”. En: Ilustración Nariñense. Serie V, No. 63, agosto de 1937, p. 26.

Bien pudiera ser el artículo de Plinio Enríquez un diagnóstico adecuado de aquellos tiempos, y de otros.

Alberto Quijano Guerrero hace un balance cultural de Nariño (1944-1945) y sostiene que en Nariño “sin temor a equivocarnos, (...) la cultura vive el período de su decadencia”⁵⁴. Y considera que la carencia de una empresa editora es, en últimas, la causa del estancamiento cultural. No obstante, y a pesar de las limitaciones editoriales, algunos autores logran sacar a la luz pública sus escritos.

Estas difíciles condiciones de divulgación hacían que la llamada Literatura Nariñense, en conjunto, fuera prácticamente desconocida o erróneamente interpretada o evaluada, especialmente por críticos del interior del país, además de los nuestros que según parece escaseaban. El mismo Alberto Quijano le responde a Luis Vidales a raíz de un comentario hecho por este último con respecto a la poesía nariñense, tildándola en general de romántica y anacrónica, lo que indicaba que los parámetros del centro no eran los más justos para valorar esta producción artística de la provincia aunque, como lo decía Plinio Enríquez, se esperaban las directivas bogotanas para luego quejarse hipócritamente del centralismo.

Lo anterior indicaría que si bien es cierto que había una producción narrativa relativamente alta, por supuesto no tanto como se hubiera querido, sin embargo el clima de receptividad de esa producción no parecía ser el más adecuado. Salvo contadas excepciones, como los comen-

54. Alberto Quijano Guerrero. “Balance cultural de Nariño. 1944-1945”. En: **Ilustración Nariñense**. Serie VI, No. 93, enero de 1946, p. 8.

tarios citados, en general la crítica era escasa en el medio y con poco poder para constituir literaturas, es decir para lograr conformar conjuntos de obras relacionadas entre sí tanto por afinidades como por oposiciones. Ver al respecto un trabajo anterior en el que se intentó esclarecer la configuración del discurso de la crítica de la literatura en Nariño en el siglo XX⁵⁵.

No obstante esta situación algunas figuras eran reconocidas y veneradas en el medio, por lo menos al interior de ciertos círculos interesados en la literatura, aunque, y esto resulta curioso, seguramente por la dificultad para acceder a los textos no siempre eran leídos y, más bien, se creaba un mito en torno a ellos, a su figura pero no a su obra y parece que eso sucede hasta en los tiempos contemporáneos. Cuáles podrían ser esas figuras canonizadas en esos términos?

Por ejemplo, en la propuesta que L.B.B. hace para escribir una Historia de la Literatura en Nariño (1926) aparece un listado de escritores, narradores especialmente, de distintas generaciones que citamos: José Rafael Sañudo, Benjamín Belalcázar, Manuel M. Rodríguez, José A. Llorente, Ángel Martínez, Sergio A. Burbano, Luciano Herrera, Ildelfonso Díaz del Castillo, Javier Santacruz, Olegario Medina, Gerardo Martínez, Leopoldo López Alvarez, Gustavo Guerrero, Juan Clímaco Burbano, Alejandro Santander, Adolfo Gómez, Aristides Gutiérrez, Alejandro Ortiz López, Segundo Manuel Andrade, Ángel María Guerrero, Antonio Bravo, Bolívar, Francisco y Flavio Santander, Miguel A.

55. Jorge Verdugo Ponce. **La configuración del discurso de la crítica de la literatura en Nariño en el siglo XX**. Op. cit., 2001.

Alvarez, Max Cháves, Sofonías Riascos. Y entre los más jóvenes cita a Nicolás Hurtado, Tomás Velasco, Teófilo Albán Ramos, Emiliano Díaz del Castillo, Alberto Montezuma Hurtado, Guillermo E. Cháves, Luis Perdomo Torres, Víctor Sánchez Montenegro, Efraín del Hierro.

Tal vez se trata de una lista un tanto generosa, pero seguramente en la época sonaban estos nombres en el imaginario colectivo y de ahí la razón de su registro.

Si comparamos el anterior listado o canon selectivo con el que hace M.A. Domínguez Muñoz en noviembre de 1945, en el discurso de presentación de la Feria del Libro organizada en la ciudad de Pasto, encontramos los siguientes nombres de hombres de letras de la región: Ignacio Rodríguez Guerrero, Alberto Montezuma Hurtado, el padre Alejandro Ortiz, Alfonso Alexander Moncayo, padre Samuel Delgado, Rafael Delgado Chaves, Temístocles Pérez Delgado, Jorge Delgado Gutiérrez y Sergio Elías Ortiz.

Menciona también a aquellos que a la fecha ya habían fallecido: José Rafael Sañudo, Leopoldo López Alvarez, Ildefonso Díaz del Castillo, José Rafael Zarama, Julián Bucheli, Ángel María Guerrero, Luis Felipe de la Rosa y Teófilo Albán Ramos.

Nombra, además, a Antonio José Meneses, Carlos Acosta, Julio Bravo Pérez, Alberto Quijano Guerrero, Juan Alvarez Garzón, Guillermo Payán Archer, Efraín Córdoba Albán, César Pantoja Guerra, Carlos Martínez Madroñero y Guillermo Edmundo Chávez entre los más jóvenes.

Antes se había referido a algunas escritoras y poetisas como Rosario Conto de Cabrera, Blanca de Sánchez Montenegro, Emma Inés Medina, Gema Beatriz Arturo, Josefina López Rendón, Josefina Moncayo de Guerrero, Cecilia Guerrero Orbegozo, Josefina Villota, Laura Imelda Jurado y Elisa Guerrero Navarrete.

En los dos listados mencionados o cánones selectivos correspondientes hay nombres en común: José Rafael Sañudo, Ildefonso Díaz del Castillo, Leopoldo López Alvarez, el padre Alejandro Ortiz López, Teófilo Albán Ramos, Alberto Montezuma Hurtado y Guillermo Edmundo Chávez.

Podríamos suponer, entonces, que los nombres citados en ambas ocasiones de alguna manera correspondían a autores ya canonizados y reconocidos por la comunidad de lectores o intérpretes de la literatura en el medio. Por supuesto, han pasado algunos años entre los dos listados y de ahí que algunos ya no se mencionaran y nuevos nombres aparecieran a consideración del público. Pero habría que aclarar que las listas de autores en sí no son el canon propiamente dicho sino que expresan un canon ya existente y reconocido por un sector social capaz de institucionalizarlo, y, justamente, la institucionalización hace que deban ser mencionados en eventos como la Feria del Libro o en proyectos académicos como la conformación de la Historia de la Literatura en Nariño siempre y cuando, claro, se confíe en la idoneidad y rigor de los críticos empeñados en tales tareas.

De todos modos, las divergencias en los listados pueden resultar interesantes en la medida en que indiquen confrontación de cánones, cánones alternativos o

ampliados. Por ejemplo, en el segundo caso mencionado aparecen mujeres escritoras y poetisas, lo cual indica, de por sí, un cierto reconocimiento a este sector marginado que, seguramente, no había tenido oportunidad de publicar su obra o lo había hecho en pocas ocasiones. Pero tampoco estamos diciendo que deban aparecer en el canon por el hecho de ser mujeres y lograr su representatividad; se trataría de evaluar, más bien, los criterios que permitirían la figuración de estos nombres dentro de un posible canon propuesto. Desafortunadamente, y es natural que así sea en este tipo de comentarios, no aparecen explícitamente expuestos aquellos juicios que permitieron seleccionarlos, de manera que no hay forma de averiguarlos y, tal vez, de confrontarlos.

En el balance cultural de Nariño, años 1944 y 45, Alberto Quijano se refiere a algunos hombres de letras, no necesariamente literatos, que mencionamos en seguida: en primer lugar considera que no se ven aparecer los sucesores de Sañudo, López Álvarez, Martínez Segura, Belalcázar, Albán Ramos y Luis Felipe de la Rosa. “Ellos -dice- fueron los maestros y continúan siéndolo en razón de su méritos inconmensurables. Los demás son apenas los discípulos. Después de los discípulos y de los maestros, tres generaciones callan y duermen en actitud búdi-ca...”⁵⁶. Todos los nombrados figuran en los cánones selectivos mencionados, de manera que no se hace más que confirmar su canonización, más aún cuando se los califica de maestros a quienes suceden algunos cuantos discípulos.

56. A. Quijano Guerrero. **Balance cultural de Nariño. 1944-1945**. Op. cit. p. 8.

Luego, después de referirse a la escasa publicación y divulgación de obras en Nariño exalta algunas excepciones: Ignacio Rodríguez Guerrero ha publicado el tomo II de “Ismael Enrique Arciniegas”, libro que le vale a su autor el nombramiento de miembro correspondiente de la Sociedad de Hombres de Letras del Uruguay; Guillermo Payán Archer publica en Bogotá “La Bahía Iluminada”; Héctor Bolaños, prosista joven, da a conocer el libro “Retablos de Vidas Humildes”; sale a la luz pública “La Vida Lírica de un Símbolo” de Alfonso Alexander; Sergio Elías Ortiz edita la monografía titulada “La Unión, Municipio modelo del Departamento”; dos eminentes abogados, Aníbal Córdoba y Gonzalo Guerrero, publican sus obras “Jurisprudencia Civil del Tribunal Superior de Pasto” y “Jurisprudencia Civil de los Tribunales Colombianos”; Aurelio Arturo da a conocer algunos de sus poemas en la revista “Sábado” y en la “Revista de la Universidad Nacional”, en esta última recibe grandes elogios hasta el punto de parangonarlo con los mayores líricos de la lengua española, aunque Alberto Quijano dice : “Esta afirmación no debe creerla ni el mismo que la hace”⁵⁷.

Finalmente dice que silenciadas las voces de Emma I. Medina, y Rosario Conto, la poesía pervive en las gargantas de Blanca de Sánchez Montenegro, Dea Luni, Cecilia Guerrero, Josefina Moncayo, Josefina Rendón y Gemma B. Arturo. Cita los nombres de algunos que cantan en las provincias como Faustino Arias, Alfredo Márquez, Manuel Benítez, etc. Nombra a algunos autores cultivadores del ensayo: Víctor Sánchez Montenegro,

57. Ibid. p. 9.

Plinio Enríquez (por su biografía del Padre Belalcázar y no por la novela “Cameraman”), José Elías Dulce, Jorge Delgado Gutiérrez. Por último nombra a un cuentista: Alberto Montezuma Hurtado.

El panorama parece ser muy semejante a los anteriores y se está citando, entonces, un canon que ya existe y que es aceptado en la región y en el país y fuera de él en algunos casos.

En un trabajo anterior⁵⁸, refiriéndonos a la tendencia de los críticos en Nariño a idealizar la figura del escritor, se mencionaba el hecho de que autores como José Rafael Sañudo, Leopoldo López Álvarez, Ignacio Rodríguez Guerrero y Sergio Elías Ortiz, entre otros, eran admirados por el pueblo pero no leídos, de tal manera que, al decir de Alberto Quijano Guerrero, poseían gloria sin raigambre popular, entre otras cosas porque resultaba casi imposible conseguir sus obras en el medio de modo que su pensamiento permanecía aislado y desconocido; lo poco que se podía leer era aquello que se publicaba únicamente en periódicos y revistas de un más fácil acceso. Como consecuencia, y en torno a algunos autores, al gozar de popularidad pero con una obra que permanecía prácticamente desconocida, se tejieron mitos en torno al hombre que no se han desvirtuado a lo largo de los años y de ahí su inevitable mención en los cánones vigentes independientemente de juicios estéticos que reacentúen su obra propiamente dicha. Algo así como un “paradigma metafísico”, en términos de Kuhn,

58. Jorge Verdugo Ponce. **La configuración del discurso de la crítica de la literatura en Nariño en el siglo XX.** Op. cit. p.p. 77-78.

que hace que el canon permanezca invariable y la capacidad de réplica sea mínima hacia el mismo.

Revisando algunos comentarios sobre autores concretos de la época aparecidos en revistas, especialmente, nos encontramos con lo siguiente:

Según datos conocidos, la muerte de José Rafael Sañudo causó gran consternación en la sociedad pastusa de su tiempo. Los homenajes póstumos fueron numerosos por parte de entidades académicas, como la Universidad de Nariño, de instancias del estado, como la Gobernación del Departamento, entre otras. Se observa en algunas fotografías, inclusive, el evento de traslado del cadáver desde la Iglesia Catedral hasta el Cementerio de Nuestra Señora del Carmen, al que asisten numerosas gentes de la ciudad rindiéndole homenaje de veneración para perpetuar su memoria. En los discursos se lo exalta al máximo, como por ejemplo en el pronunciado por Ignacio Rodríguez Guerrero, por su sólida formación humanística fundamentada en la cultura clásica, por su labor como historiador, administrador de justicia y escritor admirable y admirador de los clásicos de la lengua castellana. Se destaca en el discurso el intento de Sañudo por la reevaluación histórica de la vida de Bolívar, a la manera de Hipólito Taine, y la condena y proscripción que le trajeron como consecuencia la publicación de los “Estudios sobre la vida de Bolívar”⁵⁹.

Autor exaltado al máximo por algunos sectores, pero también vituperado, rechazado, prohibido por otros,

59. Ignacio Rodríguez Guerrero. “Homenaje al Doctor José Rafael Sañudo”. En: *Ilustración Nariñense*. Pasto: Serie VII, marzo de 1943, No. 88.

un ejemplo de veneración a su figura porque, según se dice, muy pocos lectores habían tenido acceso a su obra, especialmente histórica, como lo refiere el director de la Revista Ilustración Nariñense, Rafael Delgado Ch. en alguna entrevista: contándole sobre el éxito que había tenido una edición de la revista, Sañudo comentó “-Pues Ud. ha andado con mejor suerte con su publicación, pues yo, después de tantos desvelos y trabajos y de gastar tanto dinero en la adquisición de una imprenta, no he logrado vender sino seis libros de los tres primeros tomos de la Historia de Pasto, y por esto me ha venido desaliento para dar a la publicidad el último que trata de la Guerra de la Independencia y la República.

Como el director de este periódico [revista] había comprado uno de cada obra, los tres restantes correspondían al Dr. Ignacio Rodríguez Guerrero. ¿Cuántos compraría el Centro de Historia de Pasto?”⁶⁰

Otro caso parecido ha ocurrido con la figura de Alfonso Alexander, apodado el capitán Colombia. En octubre de 1946 se publica un escrito de Temístocles Pérez Delgado titulado “La compleja y atormentada vida de ALFONSO ALEXANDER”⁶¹. El autor expresa la sorpresa que le causa encontrar el nombre de Alfonso Alexander como responsable de una firma comercial, de una Agencia de Fábricas Extranjeras de la ciudad de Ipiales y se pregunta:

60. Rafael Delgado Ch. “El Dr. José Rafael Sañudo y nuestra revista”. En: Ilustración Nariñense. Pasto: Serie VII, marzo de 1943, No. 88.

61. Temístocles Pérez Delgado. “La compleja y atormentada vida de Alfonso Alexander”. En: Ilustración Nariñense. Pasto: Serie VI, noviembre de 1946, No. 97, p.p. 18-24.

“¿Será éste el enteléquico amigo, gerifalte de Nicaragua, reintegrador de Sandino? Será el empedernido juglar de la diatriba? El inquieto poeta y errabundo novelista de la Villaviciosa, habrá venido a despuntar a la helada frontera que enmarcan las nubes cardenillas para inventar otro método de vida a fin de anclar su inquietud excepcional dentro de los burdos fardelotes comerciales?

Y este maremagnum de representaciones de fábricas de dislocada apariencia mercantil tiene verdadera relación con el candente panfletario, abofeteador levantisco y exaltado político izquierdista? Acaso el incansable trotamundos que se ha filtrado por toda la América, a caza de emociones, al fin fue interceptado por la plumbosa y dilatada sabana de Ipiales?

Sí. Efectivamente. Realmente. Este es el mismo Alfonso Alexander legendario. De las leyendas fantasmagóricas. El violento panfletario, el galgo corredor y acorrido Andariego, que después de errar al azar, en su vida insaciable de gitano, ha clavado su bastón ferrado en mitad de la brumosa pampa andina y ha templado su carpa de judío en esa altísima altiplanicie. Y no para afiligranar estrofas, ni retocar libros, ni aventar sus lúbricas polémicas como encendidos foetazos, sino mejor, para construir fortuna, consolidar capital, hacer riqueza tangible.

Desandado estará este sutilísimo vagabundo, si no aplica a esta nueva filosofía vital la prosaica filosofía de un duro machacar sobre el yunque de un crudo egoísmo material”⁶².

62. Ibid. p. 18.

Una vez identificado plenamente, el autor del artículo hace una fisonomía de Alexander bastante completa y, al final, se refiere a su obra. Menciona su libro capital “Sandino” editado por la Casa Ercilla en 1934 y anuncia que la segunda parte, “Llamarada”, se halla lista para la imprenta, pero parece que nunca salió a la luz pública. Describe una novela inédita, antitesis de “La Vorágine” de José Eustasio Rivera, llamada “Río Abajo”, que sería publicada por el Departamento según ordenanza No. 48 del año 40. ¿Se hizo? Parece que no. Menciona una segunda novela, “Lémur de Lemuria”, también inédita y que su autor remitió a Rusia donde sería editada pero parece que tampoco se logró. Un libro de cuentos: “Barro de caminos”, también sin publicar. “Venezuela para los tres”, otra novela inédita. Y finalmente cita “Vida lírica de un símbolo” (homenaje a la Virgen de las Lajas), editada por la Imprenta del Departamento en 1944. Curiosamente, no se menciona para nada una novela que sí se había publicado efectivamente en Bucaramanga: “Sima” por la Editorial Estrella en 1939. Tal parece que no era conocida en el Departamento porque, según se dice, la edición duró cinco días en las librerías de Bogotá y luego desapareció de las mismas porque protagonistas de la obra habrían comprado todos los ejemplares existentes⁶³.

Como se puede apreciar, se trata de un autor casi sin obra, pero famoso y legendario, una especie de Melquíades garciamarquiano anticipado. Alexander, dice Pérez Delgado, constituye con Rodríguez Guerrero,

63. Héctor Bolaños Astorquiza. *Cien lecciones de Nariño*. Pasto: Imprenta Departamental, 1985, p. 29.

Sergio Elías Ortiz y Guillermo Edmundo Chávez el cuadrinomio vanguardista sobreviviente de los literatos y escritores de Nariño.

¿Se trata de un canon oficial el que propone a estos escritores y su casi desconocida obra? No parece ser un canon crítico, por cuanto los criterios que los eligen no son muy claros y determinables. Sin embargo, en el caso de Sañudo su estudio sobre la vida de Bolívar causa res-quemores en ciertos sectores y prácticamente se lo califica de antitexto hasta no hace mucho tiempo. ¿Estamos hablando, más bien, de un canon vocacional, simple-mente? Es muy posible que así sea y por esa razón se vuelve casi indiscutible, irrefutable, como se verá luego.

3.2 Década del cincuenta y del sesenta

Encontramos en este período una producción literaria más bien abundante en cuanto a narrativa se refiere: alrededor de cuarenta cuentos publicados en diferentes medios, especialmente revistas (Ver anexo), dos libros de cuentos conocidos y en cuanto a las novelas se editan ocho de ellas:

- 1954 Alberto Montezuma Hurtado. “Ceniza común”. Bogotá: Edit. Agra
- 1954 Luis Santiusty Maya. “Adios inocencia”. Sin datos editoriales
- 1962 Juan Alvarez Garzón. “Gritaba la noche”. Pasto: Tipografía Fénix
- 1964 Célimo Macario Guerrero. “Ciegos”. Pasto:

- 1964 Célamo Macario Guerrero. “El tesoro”. Pasto: Imprenta Departamental
- 1964 Alberto Montezuma Hurtado. “Piedras preciosas”. Guatemala: Tipografía Nacional
- 1966 Alberto Montezuma Hurtado. “El paraíso del diablo” . Madrid: Gráficas Canales
- 1969 Célamo Macario Guerrero. “La venganza de un cura”. Pasto: Editorial Cervantes.

Dos de estas novelas, como puede verse, se editan en el extranjero, “Piedras preciosas” de Montezuma Hurtado en Guatemala y “El paraíso del diablo” del mismo Montezuma Hurtado en Madrid. La novela de Luis Santiusty Maya no posee datos editoriales, lo que hace presumir a Cecilia Caicedo que fue publicada por cuenta del autor.

La crítica es parca con respecto a esta producción narrativa porque, muy seguramente, no era posible conseguir estas obras en el medio. Habrá que esperar varios años para encontrar algún comentario crítico al respecto.

No obstante lo anterior, algunas voces aisladas reclaman la necesidad de una crítica capaz de juzgar la producción literaria de autores nariñenses de tal manera que, como dice Luis Bastidas Bastidas, nuestros escritores sean analizados, elogiados e inscritos en la obra nacional, para lo cual se requiere que su obra pase por el crisol de una crítica imparcial y severa⁶⁴. El problema

64. Luis Bastidas Bastidas. “Crítica Literaria”. En: **Actualidad**. Pasto: año 1, No. 25, septiembre de 1995, p. 25.

es que ese tipo de crítica no abunda en la época y por lo tanto autores y producciones permanecen en el olvido.

Alguien que publica un artículo con las iniciales L.C.A. expresa una inspiración universalista con respecto a nuestras obras. “Nuestras obras deben tener validez sin fronteras (...) deben estar situadas en lo nuestro, ser lo nuestro, su realidad y su esperanza. Advertiremos inmediatamente que, para ser universales, nuestras obras deben estar profundamente enraizadas en nuestro mundo, en el Nuevo Mundo”⁶⁵. Una propuesta muy sensata, muy visionaria con respecto al desarrollo de la Literatura Latinoamericana, pero que en su momento pasó desapercibida.

Dos voces que buscan la inclusión de las obras de autores nariñenses en el Corpus de la Literatura Colombiana y, aún, de la Literatura Americana. Dos intenciones que hasta ahora siguen siendo eso: intenciones.

Son escasos los cánones selectivos en este período. Luis Bastidas Bastidas, en el artículo ya mencionado, propone alguno: Ignacio Rodríguez Guerrero, Alejandro Ortiz López, Efraín Córdoba Albán, Víctor Sánchez Montenegro entre los ya reconocidos, y algunos nuevos: Aurelio Arturo entre los poetas, Juan Álvarez Garzón entre los novelistas y otros no tan conocidos hasta el momento: Francisco Álvarez Pérez, Mario Córdoba Pérez, Manuel Benítez y Raúl Pérez Pazos.

En 1968, la Universidad de Nariño organiza un Concurso Nacional de Cuento Corto como parte de los even-

65. L.C.A. “Estética del Nuevo Mundo”. En: **Actualidad**. Pasto: N. 4, noviembre de 1953, p. 28.

tos culturales de la Primera Semana Universitaria, y el fallo del jurado aparece en uno de los primeros números de la recién creada Revista Meridiano. En la reseña que se hace del Concurso se afirma que el primer premio fue declarado desierto por la Junta Organizadora debido a causas explicadas oportunamente (?) aunque en el informe del Jurado Calificador, expedido unos meses antes, sí aparece, efectivamente, un ganador en la categoría de Grupo General. ¿Qué sucedió con el texto en mención?

El Jurado Calificador en su informe sostiene que se presentaron 89 cuentos al Concurso, algunos de ellos de extensión más o menos larga por cuanto en las bases no se había señalado un límite preciso, lo cual llevó a que la lectura de los mismos se prolongara un poco más o menos de lo previsto pero, de todos modos, se hizo una “consciente valoración de méritos literarios”.

“Dos fueron las tendencias –dice el Jurado- que, desde el principio, advertimos en los concursantes: Una, la más numerosa, de temas generales, sin trabas de conceptos y sin limitaciones del ángulo de enfoque; otra, en menor grado, de inspiración exclusivamente para niños, con evasión hacia lo fantástico y restringida, por lo mismo, al mundo de la infancia”⁶⁶. Por esa razón se separaron los trabajos en dos grupos “para no involucrar puntos de vista antagónicos sobre la realidad de la vida y la poesía de los sueños”.

Se presentaron divergencias de estilo y de técnicas:

66. Informe del jurado calificador. **Revista Meridiano**. Pasto: Universidad de Nariño, Facultad de Educación, No. 2, junio de 1968, p. 65.

superar las exigencias de la época, hasta el esquema de vanguardia que sugiere más que describe, sin plantear soluciones a ningún problema; desde el relato ingenuo, impregnado aún de perfumes románticos, hasta la tenebrosidad de los bajos fondos, con acritud de alcohol, de sexo y de protesta; desde la idea feliz que no alcanza un adecuado desarrollo ni en la trama ni en los matices idiomáticos, hasta el brillante juego de frases y metáforas sin acción ni argumento”⁶⁷.

En el primer grupo el Jurado encontró un buen número de cuentos con orientaciones hacia las modernas modalidades del relato, agilidad en los diálogos y uso atinado de los instrumentos expresivos. Por su estructura y contenido esos cuentos, hacen pensar al Jurado, ponen a salvo el éxito del Concurso y auguran la supervivencia del género.

En el segundo grupo, aunque hay huellas de recientes lecturas, se trata, en su mayoría, de simples ejercicios de imitación de los grandes maestros del cuento infantil. No obstante, afirma el Jurado, hay algunas excepciones que pueden competir en el Concurso.

Finalmente, se escogieron los siguientes textos como finalistas:

Grupo General:

Ganador: “El inquilino”, presentado por “Doménico”.

Segundo: “Multifarra en Si bemol”, por “Ruy Santacolomo” (Álvaro Marín Oyos, enviado desde
Medellín).

67. Ibid. p. 66.

Tercero: “Se ha perdido un verbo”, de Penélope (Doris Caicedo, Profesora de Instituto María Goretti, de Pasto).

Grupo Infantil:

Ganador: “Cuento de Navidad”, por “MC3” (María-carmen Cabrera Conto, de Pasto).

Siguen algunas Menciones Honoríficas.

¿Qué comentarios suscita este Informe del Jurado Calificador del Concurso?

En primer lugar, que participó un número importante de cuentos, lo que demuestra que había interés en ese momento en el país por la producción de este tipo de textos, independiente de la calidad, por supuesto. Sobre ese corpus, el Jurado intentó llevar a cabo una “valoración de méritos literarios” que bien podríamos entender como criterios estéticos vigentes en el momento. A finales de los años sesenta, sabemos, se impone en Europa el movimiento o actividad estructuralista, sobre todo la propuesta por la llamada Escuela Semiótica de París, Roland Barthes, Tzvetan Todorov, A.J. Greimas, Claude Bremond, entre otros, que publican en la revista *Communications* No. 8 sus famosos ensayos sobre análisis estructural del relato. Esta tendencia no se trabaja en Colombia sino hasta los años setenta y, hasta entonces, continúa vigente la tendencia estilística española en la mayoría de las instituciones educativas que ofrecen programas de Literatura.

En segundo lugar, que el jurado dividió en dos grupos los cuentos recibidos siguiendo un criterio temático: cuentos con temas generales y cuentos con temas

infantiles. ¿Debemos entender la expresión “temas generales” como temas para adultos o mayores? ¿A eso se refiere, a su vez, el criterio “sin limitaciones del ángulo de enfoque”? ¿Pero qué significa “sin trabas de conceptos”? Por otra parte los cuentos con tema infantil o de inspiración exclusivamente para niños indican evasión hacia lo fantástico, restrictivo al mundo de la infancia. ¿Lo fantástico es al mundo de la infancia como sin trabas de conceptos y sin limitaciones del ángulo de enfoque es al mundo del adulto? No parecen muy claros los criterios para tal distinción, definitivamente, por cuanto ni lo fantástico es restrictivo del mundo de la infancia ni lo otro para el mundo de los mayores. En todo caso los textos se dividen en grupos para no involucrar puntos de vista antagónicos sobre la realidad de la vida (¿Mundo del adulto?) y la poesía de los sueños (¿Mundo infantil?). No convence mucho tal antagonismo.

En tercer lugar, que de acuerdo a estilos y técnicas los relatos se dividían en costumbristas y vanguardistas, ingenuos con matiz romántico y tenebrosos y, finalmente, con énfasis en el tema, hoy diríamos la historia, o en el discurso. El Jurado está refiriéndose a dos tendencias estéticas más o menos marcadas que ya se habían impuesto en el momento en América Latina, recordemos que el “boom” de la literatura estaba en su apogeo, aunque no tanto en Colombia y menos en Nariño. La idea de la universalidad se oponía a las tendencias localistas de la narrativa, se exploran nuevos temas especialmente concernientes a la ciudad, desplazándose el enfoque de los elementos naturales hacia el enfoque del hombre, y los escritores adquirirían una mayor conciencia de trabajo sobre los lenguajes estéticos porque, como lo expli-

caba Vargas Llosa refiriéndose a los que él llamaba “escritores creadores”, estos autores se diferencian de los “primitivos” básicamente en que mientras éstos como cualquier escritor romántico creían que el interés de una novela residía en la historia y no en su tratamiento, los otros dan preferencia al modo de decir (al discurso), a las técnicas expresivas y al estilo.⁶⁸

Esta nueva narrativa aprovechaba los procedimientos de la novela europea, inventaba otros y, en general, su actitud experimentadora era evidente, atrayendo la atención mundial y asegurando un número de lectores y de ventas nunca antes conocido.

El Jurado Calificador considera grato encontrar en el primer grupo un número suficiente de cuentos con orientaciones hacia las modernas modalidades, lo que pone a salvo el éxito del concurso. Como se declara desierto el primer premio, sin que se sepan las razones de tal decisión finalmente, sólo dos cuentos aparecen premiados y los mismos serán publicados en los siguientes números de la Revista Meridiano junto con el que la Junta Organizadora sancionó y cuyo autor corresponde al nombre de Jaime Zambrano Salas. De igual manera algunos de los mencionados también aparecerán publicados en números posteriores de la misma Revista.

En cuanto al segundo grupo, el de los cuentos con tendencia infantil, parece que la mayoría no pasó de ser simples ejercicios de imitación y por eso se premió solo

68. Ver el trabajo de Mario Vargas Llosa “Primitives and Creators”. En: The Times Literary Supplement. No. 3481, 14 de noviembre de 1968 y el de Xorge del Campo “La Novela Actual en América Latina”. En: Revista Plural. México: Num. 59, agosto de 1976, p.p. 62-69.

un cuento titulado “Cuento de Navidad” de Mariácarmen Cabrera Conto.

Finalmente, el Jurado deja una curiosa constancia al terminar el informe que dice: “Es cosa sabida que la buena fe de los concursantes constituye un presupuesto previo y que, por consiguiente, el Jurado ha tenido en cuenta esa presunción sin eludir sus responsabilidades”⁶⁹. Firman el informe Aura René Rodríguez (Facultad de Derecho), Franco Hebal Benavides (I.T.A.) y Alberto Quijano Guerrero (Facultad de Educación).

Si comparáramos este fallo del concurso con el que citamos páginas atrás, ocurrido en 1925, los criterios del Jurado son evidentemente distintos y mientras para aquellos la “intención moral” fue definitiva en la evaluación, ahora, para estos, podríamos afirmar que la valoración de “los méritos literarios” que proponen tiene que ver más con juicios del orden estético, con rasgos de la literariedad del texto mismo que con cualquier otra intención externa a ellos. Sin embargo, también se dan circunstancias parecidas, y es la poca difusión de los trabajos premiados de tal manera que muy pocos lectores pudieron evaluar esta producción.

Hasta aquí los comentarios sobre este segundo período, los cuales no esperan haber sido exhaustivos, de ningún modo, sino más bien selectivos teniendo en cuenta los propósitos de este estudio sobre el canon y la canonización de los textos narrativos en Nariño en el siglo XX.

69. “Informe del Jurado”. Op. cit. p. 67.

3.3 Década del setenta

Esta parece ser una década de reconocimientos por una parte, y de rememoración del canon existente por otra. En cuanto a lo primero, algunos de los escritores reciben premios internacionales; tal es el caso del otorgado por el Instituto del Libro Español de Madrid en 1972 al trabajo de Juan Álvarez Garzón titulado “El Chatún” en la modalidad de leyenda folclórica, y en el que otro escrito, de Jaime Enríquez S., también logra figurar en la Antología de leyendas y Tradición Oral hispanoamericana. No eran los primeros galardones obtenidos por autores nariñenses, por supuesto, pero en esta ocasión sus triunfos se reseñan en algunos medios escritos y se dan a conocer, como lo hace, por ejemplo, Alfonso Ibarra Revelo en uno de los números de la revista *Cultura Nariñense*⁷⁰.

Otro, el caso de Carlos Bastidas Padilla que al obtener el Premio Casa de las Américas en 1975 por su libro de cuentos “Las raíces de la ira”, logra reconocimiento a nivel nacional por lo cual, unos años después, en 1978, su obra será publicada por Colcultura en la Biblioteca Colombiana de Cultura, Colección Popular, No. 28, aunque en los medios locales se guardó total silencio al respecto. Se trataba de un escritor nuevo, desconocido hasta el momento, que buscaba un lugar en el canon de los narradores de la época.

Se publican en diferentes revistas cosa de cuarenta cuentos en esta década (Ver Anexo) y cuatro novelas que mencionamos a continuación.

70. Alfonso Ibarra Revelo. “Dos nariñenses galardonados en España”. *En: Cultura Nariñense*. Pasto: 1972, p.p. 37-40.

- 1970 Célamo Macario Guerrero. “Al ateo”. Pasto: Editorial Cervantes.
- 1974 Guillermo Payán Archer. “Trópico de carne y hueso”. Bogotá: Ed. Kelly.
- 1977 Emilio Bastidas. “El hombre que perdió su nombre”. Bogotá: Tercer Mundo.
- 1979 Carlos Bastidas Padilla. “Hasta que el odio nos separe”. Bogotá: Plaza y Janés.

De éstas, “El hombre que perdió su nombre”, según lo afirma Edgar Bastidas Urresty⁷¹, recibe elogiosos comentarios de la crítica tanto en Colombia como en el exterior y es adoptada como texto de estudio en los cursos de literatura iberoamericana de la Universidad de La Sorbona de París, es decir entra a formar parte de un canon pedagógico, selección hecha por el profesor Claude Cauffon, autoridad en este tipo de literatura y traductor al francés de importantes escritores como García Márquez, Neruda, Asturias, entre otros. Su autor, que había fallecido unos pocos años antes, había ganado ya algunos premios de ensayo y poesía y era miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Julián Garavito, crítico colombiano residente en París, considera que la “obra en conjunto constituye un documento interesante sobre la mentalidad de la pequeña burguesía intelectual en Colombia al final de los años 40 y sobre las costumbres bastante provinciales del Bogotá de la época. El estilo es simple y directo, agradable de leer. El libro, espontá

71. Edgar Bastidas Urresty. “La Sorbona de París adopta novela del nariñense Emilio Bastidas”. En: **Cultura Nariñense**, Pasto: Tipografía Javier, No. 115, mayo-junio de 1979, p.p. 23-24.

neo y sincero, corresponde ciertamente a una necesidad de expresarse. El autor parece haber puesto allí todas sus experiencias intelectuales, todos sus pensamientos, todas sus reflexiones. El resultado es, ciertamente, heteróclito, pero atractivo”⁷².

Sobre la obra de Guillermo Payán Archer “Trópico de carne y hueso” aunque algunos la consideran una novela es posible que no lo sea dada la estructuración de su historia y el manejo de los recursos técnicos. De todos modos, y por el momento, la inventariamos para dar noticia de ella.

No se escriben críticas sobre las otras novelas, por el momento, aunque en 1978 Arturo Pazos publica un comentario breve titulado “La Novela en Nariño”⁷³, en el que hace un recuento de las novelas aparecidas desde 1894 y, sobre las últimas, únicamente menciona la de Emilio Bastidas que, según parece, era ya un poco conocida en la región. De Carlos Bastidas Padilla solo dice: “...de las nuevas generaciones, es autor de varias novelas de tipo moderno...” Evidentemente hay total desinformación sobre él por cuanto sólo hasta 1979 se publica “Hasta que el odio nos separe” y no se menciona el libro de cuentos galardonado “Las raíces de la ira”. De todos modos, Pazos da un listado de novelas que seguramente resultaba interesante para la época pues era uno de los primeros intentos por describir el panorama de este género, aunque no buscaba mayor exhaustividad ni su procedimiento era muy riguroso, y

72. Op. cit. p. 24.

73. Arturo Pazos. “La Novela en Nariño”. En: **Cultura Nariñense**. Pasto: Tip. Javier, No. 109, p.p. 59-65.

sobre el que ya Cecilia Caicedo había presentado algunas reminiscencias algunos años antes, en 1975. Recordemos que un listado de obras o autores está, de alguna manera, expresando la existencia previa de un canon ya constituido y, en cierto modo, aceptado por algún sector. Pazos menciona no sólo las novelas publicadas sino muchas inéditas o en proceso de preparación que quedaron en el olvido.

Cecilia Caicedo, como se dijo, ya había planteado algunas consideraciones generales sobre la Novela Nariñense y, básicamente, lo que la caracteriza, dice, es la presencia de ciertas formas de rezago literario o apego a formas ya superadas, con algunas excepciones. Pero la dificultad para un estudio serio de nuestra literatura consiste en la falta casi total de fuentes documentales, lo cual contribuye a que no haya “un verdadero estudio de conjunto, de ahí que la literatura nariñense en general aparezca como una literatura sin historiadores ni críticos”⁷⁴. Entonces, lo que prevalecía no era propiamente un canon crítico ni epistémico, sino, más bien, vocacional, selectivo, restrictivo y, aún, personal. Como prácticamente nuestras novelas no aparecían en las Historias de la Literatura Colombiana, salvo el caso de “Chambú” y tal vez “Los Clavijos”, tampoco se podía hablar de un canon oficial más amplio que involucrara estos textos en el panorama de la Literatura Colombiana, de modo que estaban delegadas a pertenecer a cánones regionales, de provincia, de periferia, a los que más adelante nos referiremos. Acto seguido, Cecilia Caicedo escribe

74. Cecilia Caicedo. “La Novela en Nariño”. En: **Revista Meridiano**. Universidad de Nariño, Fac. Educación, No. 20, mayo de 1975, p. 74.

sobre la vida y obra de Juan Álvarez, dada la triste noticia de su muerte, como homenaje póstumo a uno de los escritores más conocidos en Nariño, aunque no necesariamente su obra haya sido leída como se quisiera.

Con el homenaje descrito, podemos retomar lo que al comienzo hemos llamado, además del reconocimiento de algunos escritores, la rememoración del canon existente:

Desde finales de la década pasada, la revista *Cultura Nariñense* se había propuesto publicar una serie de reseñas, encomendadas a Ignacio Rodríguez Guerrero, sobre autores e intelectuales nariñenses, muchos de ellos olvidados: la primera figura descrita fue la de doña Jerónima Velasco, aquella dama pastusa del siglo XVII elogiada por Lope de Vega, luego se escribió sobre poetas de Nariño, en seguida sobre José María Chaves Torres, sobre Aníbal Micolta y, después, en 1972, se publican dos artículos sobre José Rafael Sañudo, en el primero de ellos el maestro Rodríguez Guerrero ágilmente comenta sobre algunos hechos de su vida y sobre la obra del historiador, del novelista y jurisconsulto que fue Sañudo; en el segundo se reproduce la oración fúnebre pronunciada por Ignacio Rodríguez Guerrero casi treinta años atrás, en abril de 1943, en los actos funerarios del autor, discurso que ya habíamos citado, en este el año del centenario de su nacimiento.

Mencionamos estas reseñas porque implican en la década del setenta la reafirmación de un canon que la tradición había mantenido vigente y cuyas figuras, insistentemente que más que su obra, se recuerdan con veneración.

Unos años después, en el 74, en la misma revista *Cultura Nariñense* se reseña la vida y obra de Juan Álvarez Garzón que, como lo mencionamos cuando nos referimos al trabajo de Cecilia Caicedo, había fallecido justamente el 18 de octubre de este año. El mismo año Sergio Elías Ortiz publica un artículo sobre Pacífico Coral, seudónimo de Julio Vela, aquel escritor ipialeño autor de la “Efemérides Colombianas”, “Elementos de Literatura”, “Literatura Preceptiva”, entre otros, obras éstas de casi imposible consecución. En 1975 Edgar Bastidas Urresty publica “Chambú, una expresión americana”⁷⁵ en donde afirma que “Hablar de la novela ‘Chambú’, equivale a hablar de algo muy nuestro, íntimo y entrañable, que configura el sentido de nuestra tierra y de nuestra raza, por su hondo contenido social y humano (...) considerada por Juan Lozano y Lozano como ‘una de las cuatro o cinco novelas de nuestra literatura colombiana, por su conjunto tremendamente vigoroso y humano’”⁷⁶.

Es de anotar el intento de Bastidas Urresty por conseguir que las obras de autores nariñenses logren un reconocimiento nacional o internacional, es decir que accedan a un canon más amplio de tal manera que hagan parte de la llamada Literatura Colombiana o Latinoamericana. El mismo año, Edgar Bastidas publica en la *Revista Cultura Nariñense* un comentario sobre una de las obras menos conocidas a pesar de que se había editado en 1932: se trata de la novela de Plinio Enríquez

75. Edgar Bastidas Urresty. “Chambú, una expresión americana”. En: **Cultura Nariñense**. Pasto: Tip. Javier, No. 85, julio de 1975, p.p. 86-90.

76. *Ibid.* p. 86.

“Cameraman, Relatos de un presidiario”⁷⁷. En él se destacan los conceptos elogiosos que sobre la novela habían hecho Henri Barbusse, el novelista francés, Juan Soiza y José Santos Chocano dos años después de su aparición. Desde entonces, prácticamente ninguna mención se había hecho sobre ella. Seguramente, para la época, eran muy pocos los lectores que habían conseguido leer esta novela pues según se dice no hay más de dos ejemplares en la región y su consecución resulta poco menos que imposible. En 1979, la Revista Meridiano de la Universidad de Nariño dedica una sección destinada a divulgar esta obra y da a conocer los comentarios que antes habíamos mencionado junto con el artículo de Bastidas Urresty ya citado y otro de Cecilia Caicedo titulado “La Novela en Nariño. Plinio Enríquez y su novela ‘Cameraman’”, quizá, hasta el momento, la reseña más completa al respecto.

Como puede observarse, esta es una década de reconocimientos y conmemoraciones, una especie de puente entre los autores canonizados y calificados de “clásicos” de la región y algunos nuevos narradores, caso Bastidas Padilla, que muy lenta y temerosamente comienzan a irrumpir en el medio.

3.4 Década del ochenta y hasta finales del siglo

Los últimos veinte años del siglo XX parecen darnos un aumento significativo de la producción narrativa en Nariño, al menos en cuanto a las publicaciones

77. Edgar Bastidas Urresty. “Cameraman, Relatos de un presidiario”. En: **Cultura Nariñense**. Pasto: Tip. Javier, No. 88, noviembre de 1975, p.p. 287-287.

se refiere, quizá resultado de la relativamente alta actividad artística del medio. Se publican en total alrededor de 140 cuentos, poco más o menos, cinco libros de cuentos (Ver anexo) y dos novelas:

1987 “Memoria de las voces perdidas”. Jorge Verdugo Ponce. Pasto: Ediciones Fundación Morada al Sur.

1990 “La Ñata en su baúl”. Cecilia Caicedo Jurado. Pereira: Colección de Escritores de Risaralda.

A las anteriores, Cecilia Caicedo propone agregar otras del escritor Evelio Rosero Diago que aunque nacido en Bogotá “es de justicia incluirlo dentro de los narradores nariñenses por los entronques de sus raíces”⁷⁸. Esas novelas son: “Papá es santo y sabio”, galardonada con el premio La Marcelina en Valencia (España) y editada en Madrid en 1983, “Mateo solo” (1984), “Juliana los mira” (1985), “El incendiado” (1988) y “Señor que no conoce la luna” (1992). También libros de cuentos: “El aprendiz de mago y otros cuentos de miedo” (Premio Nacional de Literatura en 1992), “Cuento para matar un perro y otros cuentos” (1989) y “Las esquinas más largas” (1998), entre otros.

Como puede observarse y comparativamente con las décadas anteriores, es mayor el número de cuentos y novelas publicados. Pero ¿qué hay con respecto al canon vigente? ¿Ha habido variaciones en cuanto a las concepciones estéticas de la crítica y de los mismos narradores?

78. Cecilia Caicedo Jurado. **La Novela en el Departamento de Nariño**. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1990, p. 116.

En abril de 1980 la revista “Criterios” del INEM de Pasto publica un artículo titulado “La realidad de la literatura nariñense”, sin el nombre de su autor, y en él se hace un recuento de “las figuras eminentísimas que adornan los cuadros de la literatura nacional”. Al respecto se citan los siguientes nombres y obras.

“Cameraman” de Plinio Enríquez: “está llamada a ocupar un sitio primordial en las letras hispanoamericanas, siempre y cuando se organice su valor literario”⁷⁹. Buenas intenciones pero criterio poco claro para hacerlo.

Otros autores citados: Leopoldo López Álvarez, Guillermo Edmundo Chávez y su novela “Chambú”, Ignacio Rodríguez Guerrero y su obra “Tipos delincuentes del Quijote”, Juan Álvarez Garzón y sus ya clásicas novelas “Los Clavijos” y “Gritaba la noche”, José Rafael Sañudo y “La expiación de una madre” además de sus obras históricas, Teófilo Albán Ramos, Edmundo Medina Madroñero, Aurelio Arturo, Jorge Delgado Gutiérrez, Luis Felipe de la Rosa, Florentino Martínez (sic) y “La Ciudad de Rutila” (se trata de Florentino Paz), Benjamín Guerrero y, finalmente, Alberto Quijano Guerrero.

Como se puede ver se citan lo que podríamos llamar autores clásicos o canonizados en Nariño y en el grupo no aparece, salvo Alberto Quijano tal vez, ningún narrador nuevo como podría haber sido el caso de Carlos Bastidas Padilla, al parecer totalmente desconocido en la región hasta ese momento a pesar del premio inter-

79. Sin autor. “La realidad de la literatura nariñense”. En: **Criterios**. Pasto: INEM, No. 2, abril de 1980, p. 48.

Este listado nos permite hacernos una idea de la constitución del canon en ese momento, al empezar la década del ochenta, y lo que podría ocurrir en los años siguientes.

En el mismo año, la Fundación Testimonio inicia su labor promotora y divulgadora de la literatura, en Nariño primero y luego a nivel nacional, con la organización del primer concurso de cuento para escritores de la región. Resultado del concurso se edita el libro “Vida, pasión y muerte de un verdugo, y otros relatos” en el que, al final del mismo, se encuentra el Acta del Jurado que dice lo siguiente:

“Se presentaron al Concurso 90 relatos pertenecientes a 48 autores, cuyos contextos variaban desde el ensayo, la crónica anecdótica de provincia, el relato infantil, guiones, etc., y lo que reunía condiciones literarias”⁸⁰. Deberíamos entender “contextos”, más bien, en el sentido de géneros, de tal modo que muchos de los textos presentados no podrían calificarse propiamente como cuentos literarios.

Las temáticas de los mismos eran variadas: asuntos sociales, prostitución, religión condicionante, la inevitabilidad del destino, lo fantástico, temas que conllevaban, algunos, moralejas denotadas y “una coherencia muy significativa en la mayoría de los relatos en cuanto al sentimiento de tragedia, tratamiento púdico o elidido de lo erótico (aunque el tema sí lo exigiera) y un espacio de concreción del tema planteado en términos

80. Acta del Jurado en **Vida, pasión y muerte de un verdugo y otros relatos**. Pasto: Ediciones Testimonio, 1980, p. 96.

de sueño para dar final al relato”⁸¹. Parece, por lo anotado por el Jurado, que la gama de temas posibles se amplía significativamente con relación a producciones cuentísticas anteriores. Sin duda esto se debe a una concepción de la realidad más amplia que poseen los cuentistas de la época y en la que deciden explorar regiones recónditas de la naturaleza humana.

En cuanto al uso de los recursos técnicos y narrativos, el Jurado considera que hay limitadas innovaciones en la composición narrativa, exagerando a veces la presencia del autor y disminuyendo así la participación creativa del lector, dando como resultado una imagen realista literaria que a través de intrigas melodramáticas busca un efecto de conmiseración por parte del destinatario. No hay desbordes imaginativos como los que pudieran presentarse en la literatura nacional y latinoamericana del momento y, considera el Jurado, pudiera esto interpretarse como un aislamiento de esos contextos y una falta de renovación o de propuestas de deslindes narrativos.

Lo que pudiera deducirse de estas afirmaciones es que la narrativa de estos cuentistas, de alguna manera, no se ha puesto al día en cuanto a innovaciones expresivas, por lo menos en términos generales, por lo cual iría a un ritmo de desarrollo más lento o rezagado con relación a otras literaturas.

En cuanto a niveles de sentido –continúa afirmando el Jurado– se aprecian preocupaciones de crítica, denuncia, confrontación de contextos ideológicos, problemas

81. Loc. cit.

sociales e intento de ruptura con tendencias regionales exclusivistas. Quizá deberíamos entender por “niveles de sentido” a las intenciones que puedan evaluarse en los textos o, como se diría hoy en día, a la faceta ideológica de la focalización narrativa.

Por último el Jurado, luego de las consideraciones anteriores, selecciona un grupo de cuentos en los que reconoce “búsquedas formales, violencia a la estructura temporal y juegos de espacios en intercambios”. Los diferentes puntos de vista y posiciones de narrador indican el abordaje de espacios críticos tanto para lo social extraliterario como para el mismo oficio de escribir literatura, como en los casos donde se rompen las fronteras de los géneros. De lo anterior se deduce que en los textos seleccionados hay búsquedas iniciadas, intentos de renovación, pero procesos aún no terminados, lo que conlleva a declarar desierto el primer premio, a otorgar otros y a aclarar que el criterio “ha sido acoger primordialmente el tipo de relatos en ruptura con la referencia a la realidad social, diferenciando otros pertinentes a contextos diversos”⁸².

Firman el fallo Gerardo Cortés Moreno, Luis Montenegro Pérez y Carlos Arturo Jaramillo.

El criterio, en este caso, tiene que ver con procesos de renovación de modelos realistas de la literatura, con experimentaciones que la Literatura Latinoamericana y en ciertos casos la colombiana estaban llevando a cabo y que de alguna manera indicaban la modernización de cánones del momento. Entonces, se buscaba estar a tono

82. Ibid. p. 98.

con esa vigencia de intenciones narrativas y frente a la cual muchos aún no la habían identificado.

Los cuentos seleccionados son los que siguen: “Vida, pasión y muerte de un verdugo” de Jorge Idrobo, “Relato extraído de un diario de navegación” del mismo Jorge Idrobo, “El vendedor de canoas” de Jorge Verdugo Ponce, “Bellacada” de Oscar Arcos, “¡Esa vez fue el duende!” de Jairo Emilio Coral, “Pensión” de Aníbal Arias, “El ciclista” de Jaime Quintero, “No se burlen... estamos rezando” y “Accidente” de Uriel René Guevara, “Gitana” de Carlos Bolívar Beltrán y “Potosí” y “El Telembí” de Osvaldo Granda.

Todos los autores citados son nuevos, pertenecen a una generación nacida en las décadas de los cuarenta y cincuenta y, más tarde, Edgar Bastidas Urresty los va a llamar como pertenecientes a la generación de los ochenta.

Sobre este libro, resultado del concurso, Isaías Peña Gutiérrez, uno de los críticos literarios más importantes del país, dos años más tarde publica en la revista *Awasca* de la Universidad de Nariño un comentario bastante interesante que analizamos en seguida:

Considera Isaías Peña que el libro queda como “la mejor demostración de lo que es el cuento ‘nariñense’ contemporáneo, exceptuados los nombres de escritores como Carlos Bastidas Padilla y otros pocos que seguramente no concursaron a pesar de su representatividad

83. Isaías Peña Gutiérrez. “Lecturas desobedientes, cuentistas nariñenses”. En: *Revista Awasca*. Pasto: Taller de Escritores Awasca, Universidad de Nariño, No. 5, agosto de 1982, p. 143 .

cuentos en histórica universal y, en la mayoría, de corte más local perteneciente a una cuentística solamente nariñense aunque bien logrados en términos generales. Finalmente se pregunta ¿En un concurso nacional estos cuentos en qué lugar hubieran quedado? “Pienso que algunos habrían clasificado. Salvo los temas de raíces regionales que bordean una literatura folclórica, en el país ya no se puede hablar de literaturas regionales. Razón por la cual los concursos regionales pierden toda vigencia. Por eso, la decisión de hacer un segundo concurso de cuento nacional, con un jurado mixto y con un premio nacional y otro regional, se me hace una solución salomónica excelente...”⁸⁴.

Nos parece que la idea de involucrar la escritura de autores nariñenses en el ámbito de la literatura nacional no solamente es conveniente sino, más bien, diríamos que imprescindible pero, por supuesto, sin olvidar las raíces que es lo que nutre esta producción. De hecho, la profundización de lo particular conduciría a la universalidad que es la que se busca en toda obra que perdura en la memoria de los lectores exigentes pues, al fin y al cabo, como lo dice Luis Cardoza y Aragón “la Dulcinea para ser universal tuvo que ser, antes que todo, del Toboso”. Discutible la afirmación de que ya no se puede hablar en el país de literaturas regionales: si entendemos lo regional en el sentido de lo local, cerrado y sin horizonte universal tal vez se entienda la afirmación anterior, pero también podemos considerarla como que la literatura es sólo una, centralista, acorde con un canon oficial excluyente a todo aquello que no siga sus

84. Ibid. P. 144.

directrices y sus normas estéticas, y desconociendo las diversidades, pluralidades, la heterogeneidad de los procesos literarios de las regiones culturales que puedan existir en la nación. Tal vez sería más justo aceptar la presencia de polisistemas diferenciados, descentrados, entrecruzados, con distintos ritmos de evolución, que ayudarían a entender mejor la conformación y límites de una nación a través de sus regiones o periferias. Como dice Françoise Perus, se trataría, entonces, “de narrar -escribir, leer, historiografiar- desde la provincia o las ‘regiones’, vale decir desde la periferia o los márgenes, en el entendido de que ‘la ciudad letrada’ sigue siendo el centro de decisión e institucionalización de las normas culturales y literarias”⁸⁵. En un país podrían coexistir diversos cánones estéticos, lo cual conduciría a un mejor entendimiento de las figuras nacionales.

Si los concursos regionales sólo buscan “rescatar” o “promover” lo nuestro, estamos de acuerdo en que aquellos han perdido vigencia. Lo que habría que hacer es, evidentemente, organizar concursos nacionales en los que participen producciones literarias de todas las regiones pero siempre y cuando el canon de evaluación no corresponda al jerarquizado de “la ciudad letrada”. Sobre la solución de nombrar jurados mixtos que otorguen un premio nacional y otro regional no nos parece la más justa porque, en ese caso, habría discriminación hacia el segundo, que no tendría el mismo nivel de “prestigio” que el primero.

85. Françoise Perus. “En torno al regionalismo literario. Escribir, leer e historiografiar desde las regiones”. En: **Literatura. Teoría, historia, crítica**. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Depto. Literatura, No. 1, 1997, p. 34.

En todo caso, resulta gratificante el comentario de Isaías Peña sobre el libro que logra una difusión más o menos amplia entre los sectores interesados.

La Fundación para la Cultura Testimonio continúa con la organización de concursos de cuentos en los años siguientes y, atendiendo la sugerencia de Isaías Peña, promueve premios nacionales. Resultados de estos eventos son los libros “Desde las fauces de la sombra”, publicado en las Ediciones de la Fundación en 1982, y en el que Oscar Arcos Palma figura como finalista con el cuento “Secuela”. En esta ocasión el Jurado, conformado por Isaías Peña Gutiérrez, Evelio Rosero Diago y Jaime Mejía Duque, observa la notable diversificación temática y formal del género “cuento” entre nosotros. También se refiere a los aspectos negativos -descuido en el idioma, improvisación, visible influencia de autores de moda- “inevitables en todo proceso creativo bajo condiciones socioculturales análogas a las colombianas”⁸⁶. Parece tratarse de un jurado mixto, como el propuesto por Isaías Peña en el libro anterior, porque Evelio Rosero, de alguna manera, representaría a las regiones al menos en ese momento. Sólo uno de los cuentistas nariñenses que participaron en el concurso anterior clasificó como finalista pero ¿cuántos de ellos participaron esta vez? No lo podemos saber. Por otra parte, ¿a qué se refiere el Jurado cuando afirma que los aspectos negativos son inevitables en todo proceso creativo bajo condiciones socioculturales análogas a las colombianas? Altos índices de analfabetis-

86. Acta del Jurado en **Desde las fauces de la sombra y otros relatos**. Pasto: Ediciones de la Fundación para la Cultura Testimonio, 1982, p. 142.

mo, resistencia a la escritura, bajos índices de lectura, entre otros, pudieran significar las condiciones socioculturales colombianas, si es que se refieren al panorama de todo el país, o ¿acaso se están refiriendo a las condiciones de las regiones, periferias, más “atrasadas” que el centro? Queda la inquietud.

Al año siguiente aparece un nuevo libro de la Fundación Testimonio titulado “El luto del vecindario y otros relatos”, en el que se publican los cuentos finalistas del segundo concurso nacional de cuento. En esta oportunidad el fallo del Jurado resulta más polémico y se pone en el tapete la discusión sobre dos tendencias estéticas de los cuentos considerados ganadores y la decisión final sobre uno de ellos.

El Jurado Calificador, conformado por Jaime Mejía Duque, Otto Ricardo y William Ospina, otorga el primer premio al cuento “El luto del vecindario” del escritor tulueño Hernán Toro, pero contempló como alternativa cierta para el premio el cuento poemático “La casa de las palmas” de Jorge Verdugo Ponce, “teniendo en cuenta sus cualidades excepcionales, dentro del conjunto de obras presentadas”⁸⁷.

El debate surge en torno a dos tipos de relatos, uno, el ganador, considerado como “una narración que combina de manera convincente, la relación objetiva del mundo cotidiano y la exploración de la subjetividad en curso”⁸⁸, y el otro “un relato lírico representativo, sin

87. Acta del Jurado en **El luto del vecindario y otros relatos**. Pasto: Ediciones de la Fundación para la Cultura Testimonio, 1983, p. 113.

88. Loc. cit.

duda, de una de las tendencias narrativas contemporáneas de mayor recibo en América Latina y, particularmente en Colombia”. De estos el Jurado debía escoger uno, por supuesto, de manera que se premiaba únicamente una de las tendencias estéticas representadas en estos cuentos, lo cual hace proponer al Jurado que en los próximos concursos se creen por lo menos dos premios equivalentes a fin de hacer justicia a cada una de las tendencias estéticas que pudieran presentarse.

Finalmente el Jurado se decide por la primera de las tendencias representada en el cuento “El luto del vecindario” atendiendo a la riqueza de su estructura, la madurez en el manejo de los diversos elementos objetivos y subjetivos de la narración y, fundamentalmente, por la manera convincente como logra desplegar la anécdota originaria (...) a partir de una anécdota muy sencilla (aunque no habitual en la vida colombiana e, inclusive, expresamente ubicada en el ambiente europeo), el autor consigue, con verosimilitud narrativa, desarrollar aspectos universales de la condición humana”⁸⁹.

Leyendo los dos cuentos mencionados, el veredicto parece tener que ver más con el tema que con otro aspecto, puesto que el cuento ganador trabaja el espacio de la ciudad, presumiblemente París, y “La casa de las palmas” un espacio rural casi indeterminado, que puede ser cualquier espacio rural afectado por la violencia. ¿Triunfo del canon centralista al que nos habíamos referido páginas atrás? Puede ser.

89. Ibid. p. 114.

Por último, se menciona en el Acta que “si bien participan personas que parecen ignorar completamente las características más elementales del género, los autores más talentosos están encontrando en su experiencia motivos verdaderos y novedosos para el relato literario”⁹⁰.

Se espera que las experiencias de los escritores de periferia, o de provincia, puedan ser valoradas adecuadamente cuando logran buenos textos estéticos.

El último concurso nacional que promueve la Fundación Testimonio en ese momento produce un cuarto libro titulado “La mujer cometa y otros relatos”, editado en 1984. El Acta del Jurado, firmada por Jaime Mejía Duque, Otto Ricardo y Fernando Ayala Poveda, es más escueta que la del concurso anterior y simplemente dice: otorgar en forma compartida el primer premio y comparando la calidad de este concurso con el del año anterior resulta menos convincente la calidad promedio de este último. Sólo un escritor nariñense quedó entre los finalistas: Jorge Verdugo Ponce con el cuento “Cuando los oscuros días”.

Evaluando los resultados de esos concursos organizados por la Fundación para la Cultura Testimonio, si bien resulta clara la conveniencia de ellos para involucrar la obra de cuentistas nariñenses en el panorama de la narrativa colombiana y de hecho algunos figuraron como finalistas en los concursos lo cual, seguramente, es un indicio de su calidad a nivel del país, no dejan de preocupar un poco los criterios de los Jurados para evaluar ese tipo de producción literaria pues, al fin y al cabo, prima un canon central que de alguna manera ellos

90. Ibid. p. 116c.

representan. De allí la polémica que se presentó con los cuentos finalistas representantes de dos tendencias, en uno de ellos. En todo caso, la confrontación es muy saludable y, más que eso, necesaria cuando se intenta configurar literaturas, como es el caso de una cuentística en Nariño.

Algunos de los cuentos finalistas que pertenecían a autores nariñenses fueron luego comentados y vueltos a editar en otros medios, por ejemplo el caso de “La casa de las palmas” de Jorge Verdugo Ponce que se publicó en la revista Puesto de Combate, edición especial 10° aniversario, No. 28, y que posteriormente fue seleccionado para formar parte de la “Antología del Cuento Corto Colombiano” preparada por Guillermo Bustamante y Harold Kremer (Ediciones Universidad del Valle, 1994). Eso significa que los cuentos de autores nariñenses pueden llegar a formar parte de la cuentística del país, como ya antes lo había hecho Carlos Bastidas Padilla a nivel de este género y algunos novelistas que habían logrado cierto reconocimiento, como en el caso de “Chambú” de Guillermo Edmundo Chávez. Comentaremos un poco más adelante la situación de reconocimiento de esta literatura en los últimos años del siglo XX.

Mientras tanto, en el medio, Cecilia Caicedo continúa publicando apartes de trabajos sobre la novela en Nariño, como los que aparecen en la revista Reto del Diario del Sur: “Inicio de la Novela Histórica en Nariño. Tres últimas décadas del siglo XIX” y “José Rafael Sañudo. Tres últimas décadas del siglo XIX”⁹¹.

91. Julio 6 de 1986, No. 124 y julio 13, No. 125, respectivamente.

En el primero, Cecilia Caicedo se refiere a la novela “La ciudad de Rutila” de Florentino Paz, un comentario exhaustivo que concluye con esta interesante afirmación: “La novela que comentamos tiene virtudes innegables: está escrita con estilo correcto y el argumento despierta interés, sobre todo al final. Pero tiene defectos que la frustran. Su lectura deja la impresión de que su autor aspiraba a hacer una obra mucho más extensa, siendo lo editado un boceto de lo que inicialmente prospectó. Es natural que en tan poco espacio no alcance a desarrollar a cabalidad todo el proceso histórico que va de la Conquista a la Independencia”⁹². Se trata de una novela corta de 88 páginas en formato de once por dieciséis. La inquietud es: si se considera una novela no muy lograda ¿por qué se la sigue conservando en el grupo canónico de novelas de autores nariñenses? Debería evaluarse dicho canon con criterios estéticos más exigentes. Caso parecido es el de la novela “Ligia” de Donaldo Velasco de tan solo 29 páginas y que no obstante sigue figurando como novela. Predominio del canon vocacional sobre el epistémico.

En el segundo de los artículos mencionados, Cecilia Caicedo se refiere a la novela de José Rafael Sañudo “La expiación de una madre”, un comentario general sobre esta obra, y a la del general Benjamín Guerrero “Dios en el hogar” que, al igual que las antes mencionadas, son de corte muy conservador, acordes con la época histórica de finales del siglo XIX y comienzos del XX. “La novela (“Dios en el hogar”) -dice Cecilia Caicedo- no es llamativa por su estructuración técnica

92. Op. cit. p. 6.

pero como hemos dicho es un documento interesante para conocer una época y unas particulares circunstancias históricas”⁹³.

Se mencionan en el artículo, y ya para finalizar, una serie de poetas descollantes a fines del siglo pasado, se nombra la novela de Donaldo Velasco “Ligia”, escritor tumaqueño, y la presencia en Nariño del escritor ecuatoriano Juan Montalvo que, como se sabe, vivió algún tiempo en la ciudad de Ipiales.

Estos artículos que Cecilia Caicedo había venido publicando en la revista Reto son el anticipo de su obra “La novela en el departamento de Nariño” que el Instituto Caro y Cuervo publica en 1990 y que un poco más adelante la comentaremos.

Por aquellos años, 1986, se publica el libro de cuentos de Wilton Rizo Rivas, editado por el Correo de Nariño, con un prefacio de Guillermo Narváez Dulce, Presidente de la “Asociación Nariñense de Escritores”. No poseemos información sobre esa asociación, quiénes la conformaron, sus propósitos, etc. Unos años antes, se había intentado poner a funcionar el capítulo nariñense de la U.N.E. (Unión Nacional de Escritores de Colombia) presidida por Edgar Bastidas Urresty, pero tuvo una vida efímera y nunca realmente llegó a desarrollar actividades acordes con la literatura.

Volviendo al libro, Narváez Dulce intenta tipificar los relatos de Rizo “sobre la base de una caracterización estructural de un doble plano de realidad (lo real y lo fantástico) que se da en la mayoría de sus cuentos. Es

93. Op. cit. p. 3.

decir, cómo está incorporando el engranaje total de cada relato, si está aludido, presente, en relación alterna, yuxtapuesto, imbricado o fusionado; cuáles son los elementos técnicos utilizados en la narración y que ayudan a clarificar, a delimitar, la bipolaridad existente; si hay o no una relación directa o indirecta con situaciones socio-históricas, situaciones socio-sicológicas y de que manera se encuentran literaturizadas dentro de la obra”⁹⁴. Nos parece un buen programa de crítica el propuesto por Narváez Dulce aunque el espacio concedido a un prefacio no le permita desarrollar estas ideas suficientemente.

Con motivo de la celebración de la Primera Feria Internacional del Libro de Bogotá, en una de las programaciones que se conceden a los departamentos del país, se lanza la novela “Memoria de las voces perdidas”, a la que ya antes se había aludido, cuyo acto es presidido por el Dr. Juan Manuel Gómez, Director del Departamento de Lingüística de la Universidad Nacional, que afirma lo siguiente con relación a la obra mencionada:

“Hoy en día en que el discurso, la literaturidad, ha tomado las riendas de la buena narrativa, hoy en día cuando el artista centra su preocupación fundamental en el cómo expresarse -la lexis- relegando “lo que se dice”, la historia -el logos- aun segundo plano, es muy placentero ver a nuestras pujantes promesas compartir esas preocupaciones y aún más plasmarlas en sus textos.

La novela que nos reúne hoy, “Memoria de las voces perdidas”, es una de esas narrativas donde se

94. Wilton Rizo Rivas. **Lo fantástico del sur**. Pasto: El Correo de Nariño, 1986, prefacio.

manifiesta ese postulado de la literatura moderna expresado por Barthes:

...escribir no es “contar” es decir que uno cuenta, y conducir todo el referente (“lo que se dice”) a este acto de locución...”⁹⁵.

En junio de 1990, aparece en la Revista Reto del Diario del Sur un artículo que en realidad era un resumen de un trabajo investigativo de mayor envergadura, titulado “La Novela de autores nariñenses: Discurso y Religión”, perteneciente a dos egresadas del Programa de Maestría en Literatura de la Universidad de Nariño, Yolanda Guerrero Yela y Nancy Santander Alvear⁹⁶. En él se presenta un intento crítico ambicioso llevado a cabo por sus autoras tendiente a demostrar la existencia de una novelística en Nariño. Utilizando un enfoque teórico de tipo semiológico-estructuralista, se describen e intentan explicar las 23 novelas escritas en Nariño hasta ese momento, llegando a conclusiones bastante interesantes: por ejemplo, que algunas de las novelas que aparecían en el canon general debían ser descanonizadas por no cumplir ciertas características del género novela; ellas eran “La ciudad de Rutila”, “Ligia” y “Trópico de carne y hueso” de Payán Archer. Parece una propuesta razonable, fundamentada en los resultados de la descripción que se había hecho de ellas.

95. Juan Manuel Gómez. “Voces que se entrecruzan, que se niegan”. En: **Revista Reto**. Pasto: Diario del Sur, año 4, No. 205, mayo 22 de 1988.

96. Yolanda Guerrero y Nancy Santander. “La novela de autores nariñenses: discurso y religión”. En: **Revista Reto**. Pasto: Diario del Sur, año 7, No. 295, 24 de junio de 1990, p.p. 4-7.

También se concluye que si bien en las novelas consideradas aparece con frecuencia la presencia de un código religioso, sin embargo éste no resulta tan determinante como hubiera podido creerse en primera instancia, de modo que se desvirtúa aquella suposición según la cual la novela en Nariño tenía un carácter netamente religioso.

Lo anterior se concluye a partir de un estudio riguroso en el que, además, se explicita la metodología y teoría empleadas en la investigación.

Finalmente se comprueba que hay denominadores comunes en las novelas escritas por autores nariñenses, lo que demuestra la hipótesis inicial sobre la conformación de una literatura en la región.

Este sería uno de los pocos casos que encontramos de crítica interesada en proponer cánones epistémicos, críticos y de índole restrictiva.

Algunos años antes se había planteado algo parecido con una posible cuentística en Nariño⁹⁷, encontrándose una posible matriz o superestructura del cuento y las variantes a la misma en un corpus de alrededor de 200 textos, de los cuales 30 de ellos fueron analizados con cierto detenimiento y correspondían a un período de tiempo comprendido entre 1906 a 1982.

Desafortunadamente la divulgación de estos trabajos fue escasa y la consiguiente réplica esperada casi no se dio, de manera que la propuesta canonizadora del cuen-

97. Jorge Verdugo Ponce. "La cuentística en Nariño". En: **Pasto, 450 años de Historia y Cultura**. Pasto: IADAP, Universidad de Nariño, 1988, p.p. 335-358.

to y la novela en Nariño, a nivel crítico o epistémico, no tuvo mayor aceptación social ni aún en los círculos académicos supuestamente interesados en el tema.

Por aquellos años, en 1987 para ser exactos, Jaime Chamorro Terán publica su “Aproximación a la historia de la literatura nariñense” que es uno de los pocos textos que han logrado cierta popularidad en la región pero que merece ser analizado con cierto detenimiento en lo que respecta al tema de la canonización en Nariño.

Como lo mencionamos en un trabajo anterior,⁹⁸ Chamorro Terán usa unos criterios de selección demasiado laxos al inventariar novelistas, poetas, poetizas, dramaturgos, cuentistas, historiadores, periodistas, ensayistas, filólogos, críticos y autores de leyendas como integrantes de una posible Historia de la Literatura Nariñense que parece abarcarlo casi todo. Aunque es importante y necesario pasar por una primera etapa de inventario, listado de obras y autores de la región, llega la hora en que es imprescindible poner cierto orden con el fin de descubrir rasgos de semejanza o diferencia en el corpus de lo literario en Nariño, de tal manera que se conforme o proponga una Literatura específica. Si se pretende, como parece ser el caso, construir una posible Historia de la Literatura Nariñense, habría que empezar la misma por una periodización que fije un comienzo y un desarrollo hasta un momento determinado. Al inicio de su obra Chamorro Terán menciona el hecho de que nada se ha escrito acerca del origen de nuestra literatu-

98. Jorge Verdugo Ponce. **La configuración del discurso de la crítica de la literatura en Nariño en el siglo XX.** Op. cit. p. 72.

ra, que se tropieza con un gran obstáculo cuando se quiere desarrollar un trabajo de este tipo por la escasez casi absoluta de fuentes documentales y de ahí que el lector encuentre vacíos, omisiones involuntarias, desubicaciones en esta obra. Casi a manera de anexo aparece una aparte titulado “Origen y evolución de la Literatura Nariñense” (Cuándo y cómo nace la Literatura nariñense)⁹⁹, en el que se intenta fijar un origen, en sentido amplio con la llegada de los conquistadores, especialmente por el contacto con los cronistas, y en sentido estricto, dice, a comienzos del siglo XVIII, citando una serie de hechos históricos, fundaciones de colegios y universidades, creación de la primera “imprenta de palo”, divulgación de ciertas publicaciones, etc., que sin duda tuvieron que ver con el desarrollo de las actividades artísticas, literarias y académicas de la región, pero que no proporcionan una información específica al respecto.

En el prólogo del libro, Alberto Quijano Guerrero complementa estas informaciones, proporciona otras y afirma que “En el copioso y desordenado material que menciona (sic) anteriormente, queda a disposición de la historia y la literatura todos los ingredientes a manera de “realismo mágico” que se vislumbra en las distintas épocas. Ese material acredita la razón de ser de la comarca, en tiempos de controversia y caos ideológico, por orfandad de directrices. Pero hay tal acopio de características tan hondamente compenetradas con la osamenta y la fibra del limo nutricio, que se colige que en

99. Jaime Chamorro Terán. **Aproximación a la historia de la Literatura Nariñense**. Pasto: Correo de Nariño, 1987, p. 28.

ese conjunto de factores se hundan las raíces que dan autenticidad a las letras vernáculas”¹⁰⁰.

En el resto del libro Chamorro Terán dispone por capítulos los listados de escritores, intelectuales y poetas, las biografías de algunos de ellos al igual que fragmentos de sus obras, pero sin que se aprecie la propuesta de conjunto, es decir de Literatura, y sin que se precisen los criterios tanto para las selecciones realizadas como para determinar la evolución y desarrollo de estas producciones estéticas e intelectuales. En el prólogo, Quijano Guerrero lo reconoce al afirmar que “Toda aproximación, por tratarse de un esbozo o tanteo, implica la búsqueda de ignorados caminos (...) Por la inseguridad de las bases (...) no siempre se garantiza la posibilidad del hallazgo, porque es inevitable abrir un margen para otros sondeos a lo desconocido. (...) En tesis general la aproximación es vacilante”¹⁰¹.

Algunos de sus presupuestos, igualmente, resultan discutibles: “La literatura de todos los pueblos, cuyas manifestaciones son autóctonas, y no el resultado de trasplantes o injertos extranjeros, sigue siempre el desarrollo fisiológico de la vida humana”¹⁰². Sabemos, a la luz de las teorías actuales, que los contactos entre textos no solamente son inevitables sino necesarios y responden a la naturaleza misma de su funcionamiento, pues qué es la historia literaria sino “la relación mutua de los procesos de canonización y de reacentuación del signo. La

100. Alberto Quijano Guerrero. “Un intento de prólogo”. En: **Aproximación a la Historia...** Op. cit. p. 6.

101. Ibid. p. 1.

102. Ibid. p. 8.

escritura se concibe como una lectura de aceptación y rechazo del discurso anterior, y no sólo de repetición de las estructuras anteriores”¹⁰³. Además, si aceptamos que la literatura sigue el desarrollo fisiológico de la vida humana, nace, crece y muere, tendríamos que aceptar, también, la desaparición definitiva del sentido del texto, cosa por demás descartada a partir de la teoría dialógica de Mijail Bajtin: “No existe nada muerto de una manera absoluta: cada sentido tendrá su fiesta de resurrección”¹⁰⁴.

Pero en fin, volviendo al caso de novelistas y cuentistas seleccionados en la obra de Chamorro Terán observamos que en cuanto a los primeros, los novelistas, figuran los que ya hemos mencionado, o casi todos ellos, y una novela adicional: “La dama del vestido blanco” de Lino Antonio Sevillano, publicada en Bogotá en 1980 en el Taller de Artes Gráficas del Fondo Rotatorio del Ministerio de Justicia, Penitenciaria Central de Colombia “La Picota”, se trataría de una novela corta en la que se invita a la reflexión para solucionar problemas de la actualidad. Esta novela no aparece mencionada en otros trabajos y es prácticamente desconocida en el medio. Entre los novelistas representativos se encuentran los siguientes: José Rafael Sañudo (“La expiación de una madre”), Florentino Paz (“La ciudad de Rutilla”), Donaldo Velasco (“Ligia”), Alfonso Alexander (“Sima”), Juan Álvarez Garzón (“Los Clavijos”), Guillermo Edmundo Chávez (“Chambú”), Julio San-

103. Iris Zavala. *Escuchar a Bajtin*. Op. cit. p. 72.

104. Mijail Bajtin. *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, 1982.

Bastidas (“El hombre que perdió su nombre”), Julio Quiñónez (“En el corazón de la América virgen”), Célino Macario Guerrero (“Ciegos”), Alberto Montezuma Hurtado (“El paraíso del diablo”), Carlos Bastidas Padilla (“Hasta que el odio nos separe”) y Lino Antonio Sevillano (“La dama de blanco”).

Sobre el cuento, simplemente se propone un listado de 17 autores, tomado del trabajo ya citado de Jorge Verdugo Ponce sobre “La cuentística en Nariño”, sin ningún comentario adicional. Aparte se citan los autores de relatos y leyendas.

Para concluir con la reseña de este libro de Chamorro Terán, tendríamos que decir que recopila, en muy buena parte, lo ya conocido sin intención de proponer un canon crítico o epistémico como hubiera podido pensarse en primera instancia al intentar escribir una aproximación a la Historia de la Cultura o de las Letras en Nariño. De todos modos el autor promete, al final, una segunda parte, un estudio crítico y especializado que hasta el momento no se conoce. Hay que abonar a esta obra, eso sí, la intención de dar a conocer la literatura nariñense en la región y en el país.

En 1990 el Instituto Caro y Cuervo publica el libro de Cecilia Caicedo “La Novela en el Departamento de Nariño”, el trabajo más sistemático que se ha dado a conocer hasta el momento sobre el tema, junto con el ya citado de Yolanda Guerrero y Nancy Santander aunque este nunca ha sido editado en su totalidad.

Durante años Cecilia Caicedo Jurado había estado dando a conocer sus escritos sobre novelistas nariñenses, pero en esta obra es posible leer sus trabajos de un modo

más unificado y entender mejor el panorama que nos ofrece.

Aquí se pretende abordar la historia de la novela nariñense “con intención totalizante, presentando una recopilación de fuentes, más unos esbozos críticos sobre la evolución del género producida en un espacio comprendido entre la frontera con el Ecuador hasta los límites, por el norte, con el río Mayo...”¹⁰⁵.

Abarca dos líneas del hecho literario:

“La primera se basa en la ordenación cronológica, que si bien no es rigurosa, permite registrar las novelas con atención al orden y la fecha de edición; pero, como juzgamos que no es determinante la señalada ordenación, implementamos una segunda ordenación metodológica, que no se opone a la primera, sino que entra a robustecerla, y que consiste en historiar a partir de la cercanía temática de las obras, respetando en lo posible el encuentro generacional”¹⁰⁶.

Aunque estos son los principios básicos de la ordenación del material elegido, “una selección de autores y obras no está exenta de la arbitrariedad que se instala en el gusto del antologista y del historiador, en correspondencia obvia con el gusto literario de este”¹⁰⁷.

Nos encontraríamos, en este caso, con la propuesta de un canon personal, por una parte, pero también con

105. Cecilia Caicedo Jurado. **La novela en el Departamento de Nariño**. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1990, p. 15.

106. Loc. cit.

107. Ibid. P. 14.

intervención del sujeto en la instauración del canon estético a través del acto de lectura individual en su propio “teatro de la memoria” y quizá, más exactamente, con la posición de George Steiner y su “política del gusto”. Recordemos que para Bloom, el único factor externo que influiría en ese acto individual es el peso de la tradición, o esa cadena de interpretaciones de textos del pasado, de ejercicios hermenéuticos que suelen implicar, en términos bajtinianos, reacentuaciones, revaloraciones, mediante las cuales los textos evitan la posibilidad del olvido y permiten la construcción de la literatura posterior. Para Steiner, a su vez, se darían dos movimientos del espíritu en el acto y arte de la lectura: el de la interpretación (hermenéutico) y el de la valoración (crítico) inseparables entre sí, de modo que interpretar es, a la vez, juzgar, actos fundamentados en la arbitrariedad del juicio estético que instaure cánones resultado de las preferencias personales.

De todos modos, un canon de este tipo resulta casi irrefutable en la medida en que lo que prima es el “gusto estético”, aunque, claro, se puede o no estar de acuerdo con él.

Esta clase de canon se diferenciaría del propuesto en el otro trabajo que mencionamos sobre la novela de autores nariñenses, que sería más de corte crítico o epistémico y basado en el poder instaurador de la colectividad, pero no significa que no esté bien documentado y responda a un trabajo serio. Efectivamente lo está y es una propuesta que se debe tener en cuenta obligatoriamente.

Estos dos trabajos citados constituyen posibilidades que fortalecen, sin duda, la conformación de una

novelística en Nariño a pesar del gran obstáculo de la escasez de fuentes documentales.

Tal vez los criterios ordenadores resulten en esta obra un tanto confusos, ordenación cronológica y cercanía temática, pero sin duda se trata de un texto crítico de obligatoria lectura, punto de referencia confiable para los investigadores y estudiosos de la novela en Nariño. La obra comienza con el estudio de las tres últimas décadas del siglo XIX, pues la autora considera que hay necesidad de retomar la historia para entender el fenómeno literario sobre todo en lo que a la temática se refiere; efectivamente, las primeras novelas escritas en Nariño son de corte histórico: “La ciudad de Rutila” de Florentino Paz, “La expiación de una madre” de J. R. Sañudo y “Dios en el Hogar” de Benjamín Guerrero. Luego se comenta la novela de inicios del siglo XX en su vertiente filosófica y romántica, “Fue un sabio” de Manuel Benavides Campo en la primera y “Betulia y Eudoro” de César Garzón, “Ligia” de Donaldo Velasco y “Cuando el suicidio es un deber” de Julio Santamaría en la segunda. Pasa luego a los años cuarenta y la novela testimonial, especialmente con “Cameraman” de Plinio Enríquez y también “Sima” de Alfonso Alexander, “Adios inocencia” de Luis Santiusty Maya, “El hombre que perdió su nombre” de Emilio Bastidas, estas dos últimas cuya tendencia temática tiene algo que ver con Bogotá y el Nueve de Abril; cita en esta parte la novela de la selva y dos autores nariñenses, Alberto Montezuma Hurtado y “El paraíso del diablo” y Julio Quiñónez y “En el corazón de la América virgen”. Regresa de nuevo a la novela histórica con Juan Álvarez Garzón y sus dos novelas “Los Clavijos” y “Gritaba la noche” para

proseguir con las novelas de carácter religioso de los años sesenta, las del padre Célamo Macario Guerrero: “El tesoro” y “Ciegos”. Posteriormente dedica un capítulo para describir el epos narrativo en “Chambú” y concluir el panorama con las nuevas oleadas de novelistas de finales de los años setenta y década de los ochenta, Carlos Bastidas Padilla y “Hasta que el odio nos separe”, Evelio José Rosero y sus novelas “Mateo solo”, “El incendiado” y “Juliana los mira” y, finalmente, cita y comenta la novela de Jorge Verdugo Ponce “Memoria de las voces perdidas”.

En estas últimas, más que intentar la revisión del canon Cecilia Caicedo se propone consolidar el existente apoyándose en su propio conocimiento e interés sobre el tema y aceptando el peso de la tradición. En ocasiones admite que determinados textos citados poseen una baja calidad estética, pero igual forman parte del canon propuesto. Por ejemplo: “La ciudad de Rutila”, caso que ya habíamos citado anteriormente, “Dios en el hogar” novela que considera “ni llamativa por su estructuración ni logra alcanzar la categoría de arte, porque de ella no deviene una lectura estética, pero sí es un documento interesante para conocer una época...”¹⁰⁸.

En el mismo año 1990 Cecilia Caicedo publica una nueva novela: “La Ñata en su baúl”. Al respecto, Carlos Orlando Pardo comenta lo siguiente: “Su relato “La Ñata en su baúl” es una breve historia que pasa a formar parte ineludible de lo mejor en su género puesto que es

108. Cecilia Caicedo. **La novela en el departamento de Nariño**. Op. cit. p. 38.

un libro lejos de la improvisación y de los golpes de suerte a que muchos autores se someten (...) es una obra elaborada con una arquitectura acertada, de gran dosis de economía en el lenguaje, de racionalización inteligente de la anécdota y del ingenio para la creación de una atmósfera que hace respirar a lo largo de sus 47 páginas”¹⁰⁹.

Dada su extensión y la estructuración de la historia, más exactamente la podríamos clasificar como una novela corta o “*nouvelle*”, aquel género narrativo tan exitoso en América Latina.

En su artículo titulado “Sólo habrá novela urbana cuando la Ciudad Sorpresa hable”, Rafael Arellano plantea la posibilidad de que exista en el medio “una novela urbana” que sea capaz no tanto de hablar sobre la ciudad sino, más bien, que la ciudad hable en ella. “Nuestra Ciudad Sorpresa, no solamente está escrita y descrita, sino que está viviente y vivaz, lista para ser la inspiración del pensamiento y la acción de sus gentes. Hacer hablar a nuestra ciudad, como una sorpresa, es darle el corazón...”¹¹⁰.

Nos parece que esa “novela urbana” llegará en el momento justo, cuando realmente se presente la necesidad de expresar ese espacio urbano o realidad caótica, interior, inenarrable mediante los recursos técnicos dis-

109. Carlos Orlando Pardo. “‘La Ñata en su baúl’: último libro de Cecilia Caicedo”. En: **Revista Reto**. Pasto: Diario del Sur, año 7, No. 289, 26 de marzo de 1990, p. 1.

110. Rafael Arellano. “Sólo habrá novela urbana cuando la Ciudad Sorpresa hable. En: **Revista Reto**. Pasto: Diario del Sur, año 9, No. 318, 11 de agosto de 1991, p. 6.

ponibles y para lo cual habrá que inventarse nuevas formas de decir las cosas. La narrativa de Evelio Rosero Diago puede ser un buen ejemplo de ello. No se trata, por supuesto, de una moda narrativa a alcanzar sino de una verdadera necesidad de expresión artística en el medio que en los últimos años parece vislumbrarse sobre todo entre los escritores de cuentos.

En esta década de los noventa aparecen una serie de comentarios sobre autores considerados clásicos en la región, que pretenden, parece, consolidar una tradición literaria, un canon oficial en el medio por cuanto oleadas de olvido con frecuencia arrasan las figuras erigidas por años y cuyos textos difícilmente parecen ubicarse en el espacio de la memoria de las gentes. Por ejemplo, Edgar Bastidas Urresty intenta explicar la génesis y evolución de las novelas escritas por autores nariñenses, en general la narrativa producida en la región, a partir de ciertas condiciones sociales e históricas que caracterizarían este sector del país. Su condición periférica, provinciana, colonial, conventual, no era la más propicia para la escritura de novelas y, en general, ejercicios de la imaginación creadora. “A una sociedad estática y carente de movilidad social, corresponde una literatura idílica y apacible, con excepciones poco notorias”¹¹¹. De esta constante se apartaría la Costa del Pacífico nariñense por conformar otro horizonte cultural y social.

No obstante lo anterior, y ante la necesidad de explicar la actitud de Pasto en la guerra de la Independencia

111. Edgar Bastidas Urresty. “Presencia de Nariño en la Literatura Colombiana”. En: **Revista Awasca**. Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 10, febrero de 1993, p. 88.

se escriben las primeras novelas, “La expiación de una madre” y “La ciudad de Rutila”, que ya antes se han mencionado, de corte netamente histórico. Esta corriente histórica predomina, dice Bastidas Urresty, por sobre la romántica y de ahí la predilección por el ensayo histórico y literario. Nombra otras novelas históricas: “Los Clavijos”, en cierto modo “Chambú”, “El paraíso del diablo” de Montezuma Hurtado y “El hombre que perdió su nombre” de Emilio Bastidas. Considera que las cuatro últimas renuevan las técnicas narrativas, pero especialmente lo hace la novela “Cameraman” de Plinio Enríquez.

De todas maneras el desconocimiento de las letras en la región es grande y quizá sólo se salven nombres como los de José Rafael Sañudo, Guillermo Edmundo Chaves, Aurelio Arturo, Sergio Elías Ortiz, Ignacio Rodríguez Guerrero, Alberto Montezuma Hurtado, Guillermo Payán Archer, Carlos Bastidas Padilla y Evelio Rosero Diago.

Finalmente Edgar Bastidas cita los nombres de los cuentistas seleccionados en el Primer Concurso Regional de Cuento organizado por la Fundación para la Cultura Testimonio y sobre el que se hizo algún comentario atrás.

Vicente Pérez Silva exalta la figura y obra de Guillermo Edmundo Chaves, especialmente su poesía, en el artículo “Guillermo Edmundo Chaves. Camino movable y solitario”, con ocasión de su muerte acaecida

112. Vicente Pérez Silva. “G. E. Chaves. Camino movable y solitario”.
En: **Revista Reto**. Pasto: Diario del Sur, año 11, No. 400, 19 de junio de 1994, p. 1.

rinde homenaje al autor de “Chambú” al reconstruir el viaje de Ernesto Santacoloma por la región de Guáchala y Chambú¹¹³.

Edgar Bastidas Urresty comenta el libro de Alberto Montezuma Hurtado “Nariño, tierra y espíritu” y, de paso, se refiere al resto de su obra ensayística y narrativa. Destaca el injusto tratamiento discriminatorio dado en Nariño a quien figuraba como uno de los intelectuales más importantes del país y que, no obstante, era poco conocido en su tierra y estaba en mora la publicación de sus obras inéditas y de un homenaje póstumo pues, como sabemos, había fallecido en el año de 1987 en la ciudad de Bogotá¹¹⁴.

Continuando con el afán de fin de siglo por asegurar el reconocimiento de unas figuras ya de por sí clásicas en la región pero afectadas por períodos de olvido, Andrés Torres escribe algunos breves comentarios sobre autores nariñenses y considera que “los libros al igual que los hombres son múltiples, y dependiendo de la lectura que se les haga y desde donde se realice, modificará el juicio que se profiera sobre hombres o libros”¹¹⁵. Por tanto, los valores que se tienen sobre autores y obras se ven trastocados por el tiempo como parece estar ocurriendo en el momento. Curiosamente afirma que “si

113. Arturo Prado Lima. “Chambú, un grito para despertar a sordos”. En: **Revista Reto**. Pasto: Diario del Sur, año 7, No. 284, 18 de febrero de 1990, p.p. 6-8.

114. Edgar Bastidas Urresty. “Alberto Montezuma Hurtado”. En: **Revista Reto**. Pasto: Diario del Sur, año 11, No. 591, abril 10 de 1994, p.p. 4-5.

115. Andrés Torres. “Breve comentario sobre autores nariñenses”. En: **Revista Reto**. Pasto: Diario del Sur, No. 434, marzo de 1995, p. 6.

bien el escritor es importante en el fenómeno literario, también lo es el lector. Y por esta época parece que hay más escritores que lectores (por extraño que parezca). O sino que tire la primera piedra quien haya leído a Don Leopoldo López Álvarez, Alberto Quijano Guerrero, José Rafael Sañudo, Ignacio Rodríguez Guerrero o Guillermo Payán Archer”¹¹⁶.

Torres se refiere al letargo cultural que invade al medio en estos últimos tiempos, a la indiferencia de las nuevas generaciones, a una juventud decrepita, cansada, anquilosada en la sociedad de consumo con la que parece sentirse identificada y que hace feliz su existencia.

Cita a importantes figuras del panorama cultural: Célimo Macario Guerrero, Carlos Bastidas Padilla, Alberto Montezuma Hurtado, Juan Álvarez Garzón, Guillermo Edmundo Cháves, Sergio Elías Ortiz, Edgar Bastidas Urresty, José Miguel Wilches, Jorge Verdugo Ponce, Miguel Ángel Ochoa, Francisco de Atriz, Augusto Rincón y Jairo Rodríguez, entre otros.

Algunos de los nombrados son jóvenes escritores que inician su actividad poética o narrativa, otros son intelectuales vinculados a las labores académicas de la Universidad de Nariño, en fin hombres que, de algún modo, no pertenecen a esa generación nacida bajo el signo de lo efímero, la fácil y desechable (los términos son de Andrés Torres). Pero como se trata sólo de un breve comentario sobre autores nariñenses, finaliza su artículo citando un cuento de Evelio Rosero Diago en el que un conferencista habla a un grupo de 400 estudiantes y

116. Loc. cit.

cada uno de ellos va desmayándose ante la charla interminable del invitado, incluidos, al final, los profesores mismos.

Cecilia Caicedo compara la novela nariñense con otros géneros literarios, en un trabajo publicado en 1996, y en el que después de afirmar que hay necesidad de una mayor valoración de la novela para lograr la citada comparación con otros géneros, añade que los dos géneros que más sobresalen en el panorama literario de Nariño son la poesía y el ensayo. Cita un buen número de poetas y ensayistas y, al final, se refiere a la historia del género novelístico en Hispanoamérica, un género tardío, escaso en Nariño por cuanto las condiciones sociales no han sido propicias “para la elaboración y publicación de obras de mucho alcance, pues los autores han debido realizar el quehacer literario como afición y a destiempo, no pudiendo, salvo contadísimas excepciones, dedicarse a él de manera profesional”¹¹⁷.

Como lo sostenía Edgar Bastidas Urresty en uno de sus ensayos ya citados, el panorama cultural y social de la Costa Pacífica Nariñense es diferente con relación al del interior o de la zona Andina del Departamento. En realidad, casi la totalidad de los autores nombrados pertenecen a esta última y muy pocos a la primera, razón por la cual hay necesidad de referirse un poco a esta región:

Carlos Arturo Ramírez comenta lo acaecido en el

117. Cecilia Caicedo. “La novela nariñense y los otros géneros literarios”. En: **Revista Reto**. Pasto: Diario del Sur, No. 508, septiembre 1 de 1996, p. 4.

Tumaco, ocurrido el primero y dos de marzo de 1991, con el propósito de rendir homenaje a dos grandes poetas tumaqueños, Faustino Arias y Guillermo Payán Archer. Menciona algunos nombres de poetas de la región: Omar Ortiz, Moro Manzi, Álvaro Benítez, Oscar Benítez, Gustavo Escrucería e Ignacio Salazar Ortiz. Algunos narradores: Hernando Arcos, Luis Alfonso Obando, Rafael Valencia, Fernando Pinzón Pérez, entre otros. Como puede suponerse, los nombres de todos ellos son desconocidos en el interior del Departamento y muy pocos han publicado algo de su producción artística.

En el mismo sentido y con motivo de la presentación del “Diccionario de voces típicas del litoral Pacífico colombiano” de Álvaro León Benítez, Vicente Pérez Silva menciona algunas obras poéticas de la región, como el libro “Corazón” del mismo Álvaro Benítez y prologado por Faustino Arias Reinel; “Amanecer y triunfo”, con prólogo de Payán Archer, “Caminos de sol y sombra” y “Presencia de recuerdo”. “La isla de los sueños” de Manuel Benítez Duclerc. De su hermano Benjamín se cita el libro “Mía soledad”. De Hernán Humberto Manzi se comenta el libro “Poemas iniciales”. Entre los narradores se menciona a Sofonías Yacup y sus leyendas de “El Riviel” y “La sirena”, de Faustino Arias sus “Relatos de la Costa del Pacífico”, etc. Una lista larga de autores que, como en el caso anterior, permanecen la mayoría de ellos en el olvido.

En consecuencia, cuando se habla del canon de la narrativa en Nariño, casi la totalidad de los que se seleccionan en el mismo son de la zona andina, dejando a un lado los posibles narradores de la Costa Pacífica que, en algún momento, deberán proponer su propio canon al-

ternativo de la literatura en Nariño, sino se involucran en un conjunto único aunque diverso de los escritores de esta región del país.

En el último año del siglo XX aparece un trabajo que suscita interés en el medio: el libro de Edgar Bastidas Urresty “Historia y Cultura de Nariño”¹¹⁸, en él se afirma que la generación de 1880 a 1910 es posiblemente la más importante en las letras en Nariño. A ellas pertenecen autores como Plinio Enríquez, Javier Santacruz, Aníbal Micolta, Alejandro Ortiz, Manuel Benavides, Sergio Elías Ortiz, Leopoldo López Álvarez, Temístocles Pérez Delgado, Jorge Buendía, Roberto Hinstrosa, Víctor Sánchez Montenegro, Teófilo Albán Ramos, Juan Álvarez Garzón, Manuel Benítez, Efraín Córdoba Albán, Pedro María Dávalos, Carlos Martínez Madroñero, Alfonso Ibarra Revelo, Emilio Bastidas, Célino Macario Guerrero, Roberto Mora Benavides, Alberto Montezuma Hurtado, Alfonso Alexander Moncayo, Justino Mejía y Mejía, Aurelio Arturo, Guillermo Edmundo Chaves e Ignacio Rodríguez Guerrero.

Efectivamente, se trata de una generación que no tendrá en los años siguientes sucesores tan definitivos en el panorama de la Literatura en Nariño, y habrá que esperar hasta los años ochenta para hablar de una generación de jóvenes narradores que intentan posicionarse en el panorama de la Literatura Colombiana.

A finales de los noventa, el Fondo Mixto de Cultura de Nariño convocó a los interesados a participar en el Premio Sol de los Pastos en diferentes modalidades del

118. Edgar Bastidas Urresty. **Historia y cultura de Nariño**. Bogotá: Ediciones Testimonio, 1999.

saber: socio-historia, antropología, historia, tradición oral, sociología, poesía y cuento. Como resultado del Concurso se publicó la Colección Sol de los Pastos en 1997 con las obras de los ganadores en cada una de las modalidades mencionadas. En el área de cuento se editó el libro “Contrasueños” de Jorge Verdugo Ponce, y la difusión de la Colección, en general, fue buena pero, desafortunadamente, sólo se lanzó una primera serie y no hubo más convocatorias al Concurso que intentaba fomentar la investigación en diferentes campos de las ciencias y artes de la región. Tampoco fue posible conocer los criterios del Jurado Calificador para otorgar los premios, lo cual habría resultado interesante para compararlos con los de concursos anteriores y a los que ya nos hemos referido.

De todos modos, se espera que el Fondo Mixto continúe con una labor de publicación de obras de artistas e intelectuales nariñenses al igual que otras entidades como la “Fundación Morada al Sur” que en determinada época llevó a cabo una labor de publicación de obras de autores nariñenses bastante efectiva, tanto en el campo de la narrativa como de la poesía, historia, etc., y como lo hizo, también, la Imprenta del Departamento en las décadas del 40 al 60.

En uno de los números de la Revista Awasca, del Taller de Escritores de la Universidad de Nariño, Bruno Mazzoldi publica un ensayo titulado “Salamandra Alada: a propósito de Contrasueños”. En él se presenta una digresión deconstruccionista, derridiana, en torno a los cuentos del libro, por lo menos sobre algunos de ellos, y citamos algunos apartes del mismo:

“El epígrafe que Jorge Verdugo concertó para sus relatos procede de un diccionario. No uno entre otros, uno cualquiera de esos depósitos de cascarones lapidarios que, de manera más patente si se les enciema el anglosajón *graveyard*, remiten a al gravedad del cerco semántico-consuetudinario para el regocijo poesco de tanto reciclador de carrocerías verbales anteriores y posteriores a *Rayuela*, por lo menos desde esta sentencia de *Diario de Andrés Fava*: “Los diccionarios son columbarios, catacumbas”.

Con el más pacheco de los camposantos vesicales, diccionario de diccionarios y epítome de lo lugar comunicante, nada menos que con el pálido fuego del *Pequeño Larousse* se arriesga la salamandra:

“CONTRAFUEGO m. *Fuego que se prende en un bosque para cortar los adelantos de un incendio*

Pequeño Larousse

Con parecida intención preventiva nacieron estos cuentos”.

De donde se infiere de qué manera el libro vendría a ser para lenguas ingeniosas la oportunidad de no dejar ni hoja a las de la noche, ya que la estrategia homeopática de la escritura consistiría en adular llamas capaces de adelantarse a las del inconsciente”¹¹⁹.

Nos parece un buen ejemplo de ejercicio crítico conducente a la constitución de un canon epistémico o propiamente crítico.

Para finalizar esta evaluación del canon y de la cano-

119. Bruno Mazzoldi. “Salamandra Alada: a propósito de Contrasueños”. En: **Revista Awasca**. Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 12, 1998, p.p. 9-10.

mos mencionar un último trabajo que apareció a comienzos del nuevo siglo, en el año 2001; se trata del libro “Poetas y narradores nariñenses” de Javier Rodrizales, que en realidad es una antología, y la que queremos comentar a continuación:

En la primera parte de la obra titulada “Poetas y narradores nariñenses”, el autor registra no solamente trabajos fundamentales como los ya citados de Cecilia Caicedo, Jaime Chamorro Terán, sino que también recoge comentarios interesantes de revistas -Awasca, Reto, Tinta, Ceniza, Meridiano, Correo del Sur, etc.- relativos al tema, y hace en general un recorrido de la vida artística y literaria de la región en los últimos años refiriéndose a eventos, publicaciones, concursos, talleres de escritores que resultaron definitivos para entender el desarrollo de las artes a finales del siglo. No obstante, termina lamentándose porque en la actualidad no se edita una sola revista literaria, al menos con una periodicidad determinable, y porque las entidades públicas o privadas no estimulan, proyectan o incentivan el talento de Nariño. “Los pocos libros que se publican, continúan siendo editados directa o indirectamente por cuenta de su autor. Ante esta situación, algunos autores abandonaron la comarca en busca de mejores oportunidades para su quehacer artístico”¹²⁰.

Efectivamente, sabemos de casos de escritores nariñenses que, por diversas razones, llevan a cabo sus actividades artísticas en otras regiones: Carlos Bastidas Padilla,

120. Javier Rodrizales. **Poetas y narradores nariñenses**. Pasto: Xexus Edita, 2001, p. 20.

Eduardo Delgado Ortiz, Evelio Rosero Diago, sólo por citar algunos casos.

Entre los autores que destaca en este primer capítulo de la obra figuran, además de los de la generación nacida entre 1880 y 1910 a los que aludía Edgar Bastidas Urresty, y de manera especial, Guillermo Payán Archer, Alberto Quijano Guerrero, Camilo Orbes Moreno, Vicente Pérez Silva, Carlos Bastidas Padilla y Evelio José Rosero.

También se refiere a un buen número de intelectuales que llegaron de otras regiones del país a Nariño en la década de los setenta y comienzos de los ochenta, en calidad de profesores de la Universidad de Nariño, y que contribuyeron a la formación de nuevas generaciones de hombres de letras nariñenses con visión universal.

Finalmente nombra los autores, poetas y narradores, que se han seleccionado para la antología aclarando que “Como lector de los poetas y narradores de mi región, he seleccionado los siguientes nombres, cuya producción literaria se abre paso en las letras nacionales e hispano-americanas. Pero como afirma Jorge Tomás Uribe A:

“Una antología debe registrar pocos nombres. Si se cae en la tentación de alargar la lista, se corre el riesgo de ignorar ciertas figuras que presentan los mismos méritos para estar al lado de otras que sí quedaron icluídas”¹²¹.

En seguida, como narradores cita los nombres de: Edgar Bastidas Urresty, Cecilia Caicedo, Jorge Idrobo

121. Loc. cit.

Burbano, Julián Bastidas (no se recoge ningún texto de él), Gerardo Solarte, Jorge Verdugo Ponce, Osvaldo Granda, Uriel René Guevara, Jairo Chaves, John Felipe Benavides, Miguel Alfredo Oviedo, Jorge Quintana, Ricardo Sarasty, Pablo Emilio Obando, Alfredo Ortiz Montero y Albeiro Arciniegas.

Se trata de una generación nacida entre 1940 y 1970, algunos de ellos ya poseen una obra madura, otros aún se encuentran en estado de búsqueda de su propia expresión.

Entre estos narradores aparecen datos sobre obras publicadas recientemente, sin embargo, son prácticamente desconocidas. Se espera que las mismas sean evaluadas convenientemente por un público lector interesado en el quehacer literario reciente.

Se propone en este caso un canon vocacional por una parte pero, también, con alcance oficial para un futuro próximo.

Hasta aquí las reseñas de propuestas, elecciones y valoraciones de narradores que durante un siglo se han llevado a cabo en Nariño. Se ha tratado de presentar un trabajo lo más exhaustivo posible aunque es probable que algunos datos, comentarios y quizá trabajos de mayor envergadura no se hayan podido registrar dadas las dificultades para acceder a los documentos. Sin embargo creemos que con lo anotado es suficiente para evaluar el panorama de la narrativa a nivel de los actos de canonización y de las obras canonizadas en esta región del sur de Colombia.

¿Pero hasta qué punto estas canonizaciones propuestas a nivel de la región tuvieron acogida a nivel nacional

Colombiana más justa, más representativa de las diferencias de la nación?

Se han presentado casos en los que la propuesta de canonización viene desde afuera, como por ejemplo cuando las obras son publicadas en otro lugar diferente al Departamento. Este puede ser el caso de “Chambú” que, como sabemos, se edita por primera vez en Manizales y luego en Medellín en donde la Editorial Bedout logra sacar dos ediciones, cada una de 3000 ejemplares, y sólo después la Imprenta Departamental de Nariño publica una cuarta edición de 1000 libros, 16 años después de la primera. Los comentarios iniciales fueron proferidos por críticos colombianos como Rafael Maya, el Padre J.A. Núñez, Juan Lozano y Lozano, Adel López Gómez, Eduardo Carranza, Luis Eduardo Nieto Caballero, etc. y aún por críticos extranjeros como Bartolomé Soler (español).

Otras, como “En el corazón de la América virgen” de Julio Quiñones se publica inicialmente en francés y aparecen los primeros comentarios en periódicos de Francia, Bélgica, Suiza y Estados Unidos.

Algo parecido es el caso de “Cameraman” que se publica en Chile y que no se ha editado hasta ahora en Colombia y menos en Nariño.

En fin, aparecen novelas editadas en Bogotá como “Los Clavijos”, “Ceniza común”, “El hombre que perdió su nombre”, “Hasta que el odio nos separe”, entre otras; en Bucaramanga se publica “Cuando el suicidio es un deber”, etc.

Estos casos son comunes dada la escasez de entidades que fomenten y publiquen este tipo de textos en Nariño.

Pero no sólo se trata de ubicar el lugar de publicación sino que la aceptación inicial se puede dar en lugares diferentes a los de la región y sólo más tarde estas obras logran ser valoradas en el mismo Departamento. Este es el caso de Carlos Bastidas Padilla, por dar un ejemplo.

Registrando la presencia de obras de narradores nariñenses en manuales de Literatura Colombiana e Hispanoamericana, en antologías y demás, podríamos evaluar su aceptación a un nivel más amplio y contundente. Por ejemplo, en aquel texto de Literatura Colombiana que hace varios años se seguía en colegios, sobre todo religiosos, el de padre Núñez¹²², ahora en desuso, se menciona a “Chambú” y se dice que Guillermo Edmundo Cháves ha sido colocado a la altura de Tomás Carrasquilla, José Eustasio Rivera y Jorge Isaacs. Este es el único autor nariñense que para el Padre Núñez forma parte de la Literatura Colombiana y lo reconoce como tal erigiéndolo en los parámetros de un canon oficial y pedagógico.

En el libro clásico de Antonio Curcio Altamar “Evolución de la novela en Colombia”, se menciona a “Chambú” como “Otra novela de tipo costumbrista y satisfactoriamente planeada...”¹²³. Recordemos que el libro de Curcio Altamar se escribe hacia 1952 y un año después recibe el Premio Nacional de Literatura José María Vergara y Vergara por parte de la Academia Colombiana de la Lengua.

122. José A. Núñez Segura S. I. **Literatura colombiana**. Medellín, 1942, p. 394.

123. Antonio Curcio Altamar. **Evolución de la novela en Colombia**. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Biblioteca Básica Colombiana, 1975, p. 207.

En “Novela y poder en Colombia, 1844-1987” de Raymond L. Williams se cita a “Chambú” ubicándola en el capítulo sobre “La tradición del Gran Cauca: de *María* (1867) a *El bazar de los idiotas* (1974)”:

“La década de 1940 presenció la aparición de una ficción más madura, basada en el despertar de la región a las realidades socio-políticas y culturales (...) *Chambú* (1946) de Cháves, es una ambiciosa búsqueda de identidad personal, que en muchos aspectos recuerda obras novomundistas como *Doña Bárbara*, *Don Segundo Sombra*, *La Vorágine* o *Risaralda*. En *Chambú*, *La expresión “la tierra”* está referida a la zona sur del Gran Cauca.

Cháves demuestra su percepción de los elementos triétnicos orales, y también de la tradición escrita, y su fascinación con este territorio que constituye el soporte material para la configuración de una identidad. Ernesto, el protagonista, que también sirve de focalizador, observa las culturas indígenas y negras desde el exterior; y desde esta perspectiva *Chambú* no podría considerarse una obra auténticamente indigenista, que pudiera compararse con los proyectos antropológicos y sociológicos por ejemplo de José María Arguedas y otros escritores latinoamericanos de aquella época. El autor implícito, sin embargo, sí demuestra un conocimiento bastante sofisticado de la cultura indígena, hasta el punto que logra reflejar elementos culturales y de lengua Quechua y Caribe en la novela. Empero, *Chambú* ya era anacrónica a mediados del decenio de 1940, tanto por su evocación tardía de cierta problemática ya manejada en *La Vorágine*, como por su crítica nostálgica del progreso. Sin embargo, la obra es una afirmación de los valores de la cultura triétnica del Gran Cauca, y de su identidad

colectiva, como queda bien demostrado en los últimos renglones, que hablan de la importancia de la cultura mestiza en la región”¹²⁴.

Esta es, quizá, la referencia más extensa que se hace de “Chambú” en este tipo de obras, razón por la cual nos pareció importante citarla en su totalidad. Por otra parte, sería conveniente recordar que para Raymond Williams el país se divide en cuatro grandes regiones en donde ubica la producción novelística colombiana: el Altiplano Cundiboyacense que incluye además los departamentos de Tolima, Huila y los Santanderes, la región de la Costa Caribe, Antioquia la Grande que corresponde a todo el Eje Cafetero y la región del Gran Cauca: Valle, Cauca, Nariño, Putumayo y Chocó.

Cita también, brevemente, los nombres de Carlos Bastidas Padilla por su novela “Hasta que el odio nos separe” y el de Evelio Rosero Diago por “Juliana los mira”. En la cronología final nombra a José Rafael Sañudo y “La expiación de una madre”, a Florentino Paz y “La ciudad de Rutila”, a Alfonso Alexander y “Sima”, a Alberto Montezuma Hurtado por “Ceniza común”, “Piedras preciosas” y “El paraíso del diablo”, pero sin ningún comentario adicional.

Curiosamente, en el capítulo sobre “La tradición costeña” hace una breve reseña sobre “En el corazón de la América virgen” de Julio Quiñones: la considera anacrónica por su tono romántico y por el tratamiento ingenuo que le da a la cultura indígena. No parece estar ubicada en el lugar más apropiado.

124. Raymond Williams. **Novela y poder en Colombia, 1844-1987**. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991, p.p. 224-225.

Más recientemente, en el libro de Fernando Ayala Poveda “Manual de Literatura Colombiana”, los únicos autores y obras registrados muy brevemente comentados son: “Chambú” de Guillermo Edmundo Cháves, ubicado en el aparte de “Realismo social”¹²⁵, y “Hasta que el odio nos separe” de Carlos Bastidas Padilla como representante del “Realismo testimonial”¹²⁶. Al final menciona, muy de pasada, el nombre de Evelio Rosero y su novela “Papá es santo y sabio” dentro de la tendencia del “Realismo neocrítico”.

En el “Manual de Literatura Colombiana” editado por Planeta y Procultura, sin duda uno de los mejores libros publicados sobre el tema, ya no aparece el nombre ni la obra de Guillermo Edmundo Cháves, y sólo figuran los nombres de Carlos Batidas Padilla, citado por César Valencia Solanilla en el capítulo “La novela colombiana contemporánea en la modernidad literaria” como perteneciente a la generación de los que publican sus novelas en la década del 70 y comienzos del 80¹²⁷, y Evelio José Rosero nombrado por Eduardo Pachón Padilla en el aparte de “El cuento: historia y análisis”, dentro de la llamada Generación de 1985: nacidos de 1955 a 1969¹²⁸.

125. Fernando Ayala Poveda. **Manual de Literatura Colombiana**. Bogotá: Educar Edit., 5a edición actualizada, 1992, p. 291.

126. *Ibid.* p. 351.

127. César Valencia Solanilla. “La novela colombiana contemporánea en la modernidad literaria”. *En: Manual de Literatura Colombiana*. Bogotá: Planeta, Procultura tomo II, 1993, p. 467.

128. Eduardo Pachón Padilla. “El cuento: historia y análisis”. *En: Manual de Literatura Colombiana*. Planeta, Procultura, Op. cit. p. 586.

Casi para concluir, y sin pretender una rigurosa revisión, citaremos dos libros de Luz Mary Giraldo. En el primero de ellos, “La novela colombiana ante la crítica: 1975-1990” (Coordinación y compilación), se cita a Evelio Rosero Diago en el capítulo “Del mito a la postmodernidad. La novela colombiana de finales del siglo XX” de Álvaro Pineda Botero. Refiriéndose a la llamada novela colombiana podría tipificarse como tal por cuanto no muestran todos los elementos caracterizadores de la misma, pero algunas novelas contienen muchos de esos rasgos (fragmentación, acumulación de estilos, visión caótica de la existencia, etc.) como, por ejemplo, la novela corta de Evelio Rosero Diago “Señor que no conoce la luna”,

“novedosa propuesta estética que se establece en el cruce de lo urbano, lo fantástico y lo postmoderno. Utiliza la simbología del alienado y del solitario de la gran urbe contemporánea. En esta narración, el mundo está dividido en seres “vestidos” que se comportan “normalmente” y en “desnudos” que tienen los dos sexos, viven encerrados en armarios y que son torturados por los “vestidos”. Esta particularísima separación le permite al autor emprender la burla de los símbolos tradicionales y a la vez narrar paródicamente la vida del marginado social (...) Al leer, el lector sólo puede encontrar relaciones de lenguaje y relaciones entre los distintos elementos de la obra, es decir, coherencia interna; no verosimilitud externa”¹²⁹.

129. Álvaro Pineda Botero. “Del mito a la postmodernidad: la novela colombiana de finales del siglo XX”. En: **La novela colombiana ante la crítica, 1975-1990**. Cali: Universidad del Valle, Universidad Javeriana, 1990, p.111.

El otro, “Narrativa Colombiana: búsqueda de un nuevo canon, 1975-1995”, en el que Luz Mary Giraldo, en el capítulo V titulado “De la ciudad arcadia a la ciudad historia”, cita la *Histoire de la littérature hispano-américaine de 1940 á nous tours* de Claude Cymerman y Claude Fell en donde hablando de la narrativa de Oscar Collazos se lo relaciona con otros escritores del Frente Nacional que, contemporáneos de *boom*, surgieron entre los años 60 y 70: Luis Fayad, Plinio Apuleyo Mendoza, Germán Espinosa, Héctor Rojas Herazo, Pedro Gómez Valderrama, Álvaro Cepeda Samudio y Carlos Bastidas Padilla¹³⁰.

Más adelante, en el capítulo VI cita a Evelio Rosero Diago en el aparte de “Lectores y críticos” al hablar de los “imaginarios urbanos”, pero sin mayor detenimiento¹³¹.

Finalizamos esta revisión con el trabajo de Cecilia Caicedo que aparece en el tomo II de “Literatura y cultura, narrativa colombiana del siglo XX”, subtitulado “Diseminación, cambios, desplazamientos”, cuyas compiladoras son María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ángela I. Robledo.

Se trata, en realidad, de una síntesis de su obra más extensa “La novela en el departamento de Nariño”, a la que nos referimos páginas atrás, y a los autores nombrados se añade uno, el de Laura Imelda Jurado y su novela “El duende y la niña”, publicada en 1971 en Bogotá.

130. Luz Mary Giraldo. **Narrativa colombiana: búsqueda de un nuevo canon, 1975-1995**. Bogotá: Ministerio de Cultura, Becas de excelencia, volumen II, 2000, p.p. 502-523.

131. Ibid. p. 167.

Por lo demás, comenta con mayor detenimiento la obra de Evelio Rosero Diago “Señor que no conoce la luna”¹³².

Como puede observarse en las anteriores revisiones, son muy pocos los narradores nariñenses que conforman el corpus de la novelística y cuentística colombiana. La no inclusión no significa que no existan producciones narrativas interesantes y valiosas en la región, sino que las mismas no han sido evaluadas, reacentuadas si se quiere, por la crítica nacional y, por tanto, no han sido incluidas en el canon oficial de la literatura en Colombia. Por supuesto, no siempre las obras canonizadas son las más valiosas desde el punto de vista estético o artístico, sino las que más se acomodan a los parámetros de lo que debe ser la literariedad en un momento determinado de la historia de la literatura en el país.

La idea de este trabajo es plantear la conveniencia de que una literatura nacional no esté regida únicamente por un canon central, jerárquico, impositivo, sino por varios cánones que respondan a diferentes clases estéticas, las de las regiones o periferia del conjunto de la cultura. En caso contrario es posible la constitución de cánones alternativos que representen esas producciones y que, en algún momento, se confrontarán con los oficiales, enriqueciendo los parámetros de valorización de la literatura y del gusto de los lectores, sector fundamental en los procesos de canonización de la misma.

132. Cecilia Caicedo Jurado. “La novela en el departamento de Nariño en el siglo XX”. En: **Literatura y cultura, narrativa colombiana del siglo XX**. Bogotá: Ministerio de Cultura, Becas de excelencia, volumen II, 2000, p.p. 502-523.

A manera de conclusión

En este trabajo doblemente meta discursivo, puesto que su objeto de investigación han sido textos ya de por sí meta discursivos, se ha intentado dilucidar algunos elementos constitutivos de una literatura regional, la de autores nariñenses, cuyas características y especificidad de funcionamiento aún no son del todo discernibles y requieren investigaciones adicionales. De todos modos, se ha pretendido esclarecer la naturaleza del canon y de los procesos conducentes a la canonización de textos narrativos en la región durante el transcurrir del pasado siglo XX.

Por razones metodológicas se han propuesto unos períodos de evolución del canon y la canonización de textos narrativos en Nariño, arbitrarios es cierto pero útiles desde el punto de vista de la investigación, en los cuales se ha tratado de determinar los criterios de selección, los presupuestos que subyacen a los mismos, aunque no siempre haya sido posible determinarlos, y los listados de autores que expresan, en últimas, ese canon establecido.

Si comparamos el primer período fijado -el de comienzos de siglo hasta la década de los años cincuenta- con el último -el de los ochenta y hasta finalizar el milenio- nos encontramos con un importante cambio en el principio de valoración literaria consistente en que el fin moral ha sido reemplazado por el dominio sobre el lenguaje y los recursos técnicos constitutivos del tratamiento a la historia del texto narrativo, aún más que la historia en sí. Lo anterior es comprobable a través de la revisión de las actas de los jurados en los concursos organizados a través de los años y sobre los cuales, en la investigación, se ha comentado lo suficientemente, al menos por el momento.

Pero si bien en los concursos los criterios de selección suelen ser más específicos y determinables, no siempre ocurre lo mismo, sobre todo cuando se trata de comentarios, de artículos, reseñas, propuestas, etc. que aparecen en revistas y periódicos y que intentan proponer un canon selectivo, a veces de carácter más bien personal, y de tipo vocacional la mayoría de las veces, pero que casi siempre repite un canon anterior vigente y sobre el cual no se intenta una revisión de fondo en el que pudieran involucrarse procesos de descanonización. De este modo se conforman listados de autores que difieren muy poco de los anteriores y en los cuales con dificultad se adicionan nuevas figuras o, en caso contrario, se vuelven tan generosos y laxos que prácticamente acogen al mundo entero o, lo que es lo mismo, no acogen a nadie.

Lo anterior estaría mostrando las consecuencias de la poca presencia de cánones críticos o epistémicos en la

región, algo sobre lo que ya se había concluido en una investigación anterior sobre la configuración del discurso de la crítica de la literatura en Nariño. Por supuesto, este tipo de canon no suele tener la aceptación social que pudiera tener otro, como por ejemplo el canon oficial que se divulga a través de los medios de comunicación, libros de texto, etc. pero sería más esclarecedor de la situación y a largo plazo más justo en la valoración de autores y textos estéticos. Al fin y al cabo el gusto por parte de los lectores también cambia, su capacidad responsiva se vuelve más exigente en la medida en que el texto mismo así se lo proponga y, en esto, el canon crítico puede contribuir en mayor medida que otros hasta que llegue un momento en que el mismo se confunda, pudiera ser, con el vocacional, el pedagógico u otro.

Pero claro, son muchos los factores que se involucran tanto en la creación como en la difusión del texto estético narrativo. En la revisión hecha a los diferentes trabajos de los críticos de la región, en muchos de ellos se afirman las difíciles condiciones de divulgación en el medio, tanto para la publicación como para la comercialización y apoyo a este tipo de trabajos, además del poco interés por parte de un público lector, a veces interesado en otras posibilidades que le ofrece la sociedad de consumo. En consecuencia, difícilmente pudiera esperarse un público o un sector amplio de la sociedad interesado en constituir un canon exigente y éste quedaría casi para uso exclusivo de un círculo de académicos o interesados sin mayor fuerza instauradora de cánones críticos a nivel de la comunidad.

No obstante lo anterior, y sobre todo en los últimos años, hay que reconocer el esfuerzo de algunos para que la narrativa de autores nariñenses logre una valoración nacional o internacional, dadas las características de las propuestas estéticas del medio, de modo que los afanes localistas, regionalistas a ultranza, queden definitivamente superados y se participe de los cánones universales, eso sí, sin desconocer raíces o especificidades que tendrían que ser debidamente evaluadas en la confrontación de polisistemas que reflejen heterogeneidades culturales y estéticas de modo que no prevalezca un sistema único, centralista y jerárquico como el que suele definir las literaturas nacionales.

Una característica particular en la región es que, debido quizá a la poca lectura de los textos narrativos de autores nariñenses, cuando se proponen listados pertenecientes a determinada instauración de un canon, más que textos en sí lo que pareciera proponerse en este canon son figuras, a veces casi mitificadas, y cuya obra se ignora. Entre otras cosas, la imposibilidad de conseguir la mayoría de los textos de autores canonizados contribuye a afianzar esta particularidad y a venerar al hombre y no a su obra estética la cual, por supuesto, no será debidamente replicada.

Quizá por lo anterior, mientras a nivel nacional se tiende a descanonizar a algunas de las figuras, a nivel del medio se tiende a perpetuarlas pero sin que en ello prime un criterio estético definido lo cual es propio de los llamados cánones vocacionales que a veces riñen con los críticos o epistémicos pero que, en últimas, poseen más fuerza canonizadora.

Finalmente habría que decir que inevitablemente el hecho literario se ve afectado por las condiciones de la historia y en general de la cultura y, por tanto, aún en los casos más conservadores, los parámetros de evaluación de las producciones estéticas se modifican y, por consiguiente, los cánones se transforman acordes con los cambios sociales del contexto, de modo que son susceptibles de continuas valoraciones y por eso no puede hablarse en estos casos de estudios terminados de una vez y para siempre. De hecho, la historia de la literatura es concebible como la relación mutua de los procesos de canonización y reacentuación del signo y la escritura es lectura de aceptación o rechazo de los discursos anteriores.

BIBLIOGRAFÍA TEÓRICA

ALEXANDRESCU, S. “La crítica literaria: metadiscurso y teoría de la explicación”. En: Revista Awasca. Traducción de Gonzalo Jiménez Mahecha, Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, 1987-89, pp. 95-138.

ARONNE AMESTOY, Lida. América en la encrucijada del Mito y la Razón. Buenos Aires: F.G. Cambeiro, 1976.

AYALA POVEDA, Fernando. Manual de Literatura Colombiana. Bogotá: Educar Editores, 5ª edición actualizada, 1992.

BAJTIN, Mijail. (Pavel Medvedev) El método formal en los estudios literarios. Madrid: Alianza Universidad, 1994.

_____. Teoría y Estética de la Novela. Madrid: Taurus, 1989.

_____. Estética de la Creación Verbal. México: Siglo XXI, 1982.

_____. Hacia una Filosofía del Acto Ético. Barcelona: Anthropos, 1997.

BLOOM, Harold. El canon occidental. Barcelona: Anagrama, 1995.

CÁCERES, Manuel (Editor). En la esfera semiótica lotmaniana. Valencia: Ediciones Episteme S.L., 1997.

CAMPO, Xorge del. “La novela actual en América latina”. En: Revista Plural. México: Exelsior, Agosto de 1976, No. 59, pp. 62-69.

CARO, Miguel Antonio. Obras completas. Bogotá: Imprenta Nacional, II volúmenes, 1920.

CURCIO ALTAMAR, Antonio. Evolución de la novela en Colombia. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Biblioteca Básica Colombiana, No. 8, 1975.

C.E.L.A. Hacia una Crítica Literaria Latinoamericana. Buenos Aires: F.G. Cambeiro, 1976.

FERNÁNDEZ MORENO, César (Coordinador). América latina en su Literatura. México: Siglo XXI, 1977.

FOWLER, Alastair. "Género y canon literario". En: Teoría de los géneros literarios. Madrid: Arco Libros, 1988.

GIRALDO, Luz Mery (Coordinación y compilación). La novela colombiana ante la crítica, 1975-1990. Cali: Editorial Facultad de Humanidades, Universidad del Valle y Centro Editorial Javeriano CEJA, 1994.

_____. Narrativa colombiana: búsqueda de un nuevo canon, 1975-1995. Bogotá: Universidad Javeriana, CEJA, 2000.

GUILLORY, John. Cultural Capital. The Problem of Literary Canon Formation. Chicago: The University of Chicago Press, 1993.

GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. Horas de Estudio. Bogotá: Colcultura, 1976.

JARAMILLO, Ana Mercedes, OSORIO, Betty y ROBLEDO, Ángela. Literatura y Cultura. Bogotá: Ministerio de Cultura, Becas de Excelencia, III volúmenes, 2000.

JIMÉNEZ, David. Historia de la crítica literaria en Colombia. Bogotá: Centro Editorial Universidad Nacional de Colombia, 1992.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. Las Corrientes Literarias en la América Hispánica. México: F.C.E., 1994.

JAUSS, H.R. La historia de la literatura como provocación. Barcelona: Península, 2000.

LOTMAN, Iuri y Escuela Semiótica de Tartu. Semiótica de la cultura. Madrid: Cátedra, 1991.

LOTMAN, Iuri. La Semiosfera I-II-III. Madrid: Cátedra-Universidad de Valencia, 1996, 1998 y 2000.

MARTÍN BARBERO, Jesús y otros (Editores). Cultura y región. Bogotá: Universidad nacional, Ministerio de Cultura, 2000.

MARTÍNEZ, José Luis. Unidad y Diversidad de la Literatura Latinoamericana. México: Joaquín Mortiz, 1979.

PACHECO, Carlos. La comarca oral. Caracas: Colección zona Tórrida, Edic. La Casa de Bello, 1992.

PAZ, Octavio. Puertas al campo. Barcelona: Seix Barral, 1972.

PERUS, Françoise. “En torno al regionalismo literario. Escribir, leer e historiografiar desde las regiones”. En: Literatura. Teoría, historia, crítica. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Literatura, No. 1, año 1997, pp. 33-42.

POZUELO IVANCOS, José María. Teoría del Lenguaje Literario. Madrid: Cátedra, 1994.

RAMA, Ángel. La novela latinoamericana (1920-1980). Bogotá: Procultura, Colcultura, 1982.

REYES, Graciela (Editor). Teorías Literarias en la Actualidad. Madrid: Edic. El Arquero, 1989.

RINCÓN, Carlos. El cambio en la noción de literatura. Bogotá: Colcultura, 1978.

ROMERA CASTILLO y otros. Bajtin y la literatura. Madrid: Visor Libros, 1995.

SEGRE, Cesare. Principios de análisis del texto literario. Barcelona: Edit. Crítica, 1985.

_____. Semiótica, historia y cultura. Barcelona: Ariel, 1981.

SOSNOWSKI, Saul (Selección, prólogo y notas). Lectura crítica de la literatura americana. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 4 tomos, 1977.

STEINER, George. Pasión intacta. Bogotá: Norma, 1996.

SULLA, Enric (Compilación de textos y bibliografía). El canon literario. Madrid: Arco/Libros, serie Lecturas, 1998.

TODOROV, Tzvetan. Los géneros del discurso. Caracas: Monte Ávila, 1991.

_____. Crítica de la crítica. Barcelona: Paidós, 1991.

_____. Las Morales de la Historia. Barcelona: Paidós, 1993.

V.V.A.A. El problema de la identidad latinoamericana. México: UNAM, 1985.

V.V.A.A. Manual de Literatura colombiana. Bogotá: Planeta-Procultura, II volúmenes, 1993.

VERDUGO PONCE, Jorge. La configuración del discurso de la crítica de la literatura en Nariño en el siglo XX. Pasto: Universidad de Nariño-CEILAT, 2001.

WILLIAMS, Raymond. Novela y poder en Colombia, 1844-1987. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991.

ZAVALA, Iris. Escuchar a Bajtin. España: Montesinos, 1986.

BIBLIOGRAFÍA DE TEXTOS CRÍTICOS

ÁLVAREZ GARZÓN, Juan. “Dos nariñenses galardonados en España”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 53, noviembre de 1972, pp. 37-40.

_____. “Tierra de cóndores”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 77, nov. 1974, pp. 261.

ANÓNIMO. “La realidad de la literatura nariñense”. En: Criterios, Pasto: INEM, año II, No. 2, abr. 1980, pp. 47-50.

ARELLANO, Rafael. “Sólo habrá novela urbana cuando la ciudad sorpresa hable”. En: Revista Reto, Pasto: Diario del Sur, año 9, No. 318, 11 de agosto de 1991, pp. 5-7.

BASTIDAS BASTIDAS, Luis. “Orfandad de la crítica literaria”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie 8, feb. 1952, p. 32.

_____. “Crítica literaria”. En: Actualidad, Pasto: año 1, No. 25, septiembre de 1955, p. 25.

BASTIDAS URRESTY, Edgar. “Cameraman: relatos de un presidiario”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 88, noviembre de 1975, pp. 283-287.

_____. “El Chambú, una expresión americana”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 85, julio de 1975, pp. 86-90.

_____. “La Sorbona de París adopta novela del nariñense Emilio Bastidas”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 115, mayo-junio de 1979, pp. 23-24.

_____. “Presencia de Nariño en la Literatura colombiana”. En: Revista Awasca, Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 10, feb. 1993, pp. 87-91.

_____. “Alberto Montezuma Hurtado”. En: Reto, Pasto: Diario del Sur, año 11, No. 591, abril 10 de 1994, pp. 4-5.

_____. Historia y Cultura de Nariño. Bogotá: Ediciones Testimonio, 1999.

BENAVIDES RIVERA, Neftaly. “Julio Orbes o el Águila de Pasto”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 76, octubre de 1974, pp. 179-200.

BUENDÍA, Jorge. “Sergio Elías Ortiz”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 107, ene.-feb. 1978, pp. 21-27.

CAICEDO JURADO, Cecilia. “La Novela en Nariño, Juan Álvarez Garzón”. En: Revista Meridiano, Pasto: Universidad de Nariño, Facultad de Educación, No. 20, mayo de 1975, pp. 73-86.

_____. “La Novela en Nariño, Plinio Enríquez y su novela ‘Cameraman’”. En: Revista Meridiano, Universidad de Nariño, abril 1979, Nos. 21-22, pp. 3-19.

_____. “Inicio de la novela histórica en Nariño. Tres últimas décadas del siglo XIX”. En: Reto, Pasto: Diario del Sur, julio 6 de 1986, pp. 4-6.

_____. “Inicio de la novela histórica en Nariño. Tres últimas décadas del siglo XIX”. En: Revista Reto, Pasto: Diario del Sur, año 3, julio 13 de 1986, pp. 2-4.

_____. La novela en el departamento de Nariño, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1990.

_____. “La novela nariñense y los otros géneros literarios”. En: Revista Reto, Pasto: Diario del Sur, No. 508, septiembre 1 de 1996, pp. 3-4.

CORAL VELASCO, Alfredo. “Sergio Elías Ortiz (El escritor)”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 107, enero-febrero de 1978, pp. 25.

CORTÉS MORENO, Gerardo; MONTENEGRO PÉREZ, Luis y JARAMILLO, Arturo. Acta del Jurado del Concurso Regional de Cuento de la Fundación Testimonio, 1980. En: Vida, pasión

y muerte de un verdugo y otros relatos, Pasto: Ediciones Testimonio, 1981, pp. 96-98.

CHAMORRO TERÁN, Jaime. Aproximación a la historia de la literatura nariñense, Pasto: Impresión Correo de Nariño, 1987.

DELGADO PÉREZ, Temístocles. “Fisonomía y contornos de Leopoldo López Álvarez”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 28, pp. 75-86.

DIAZ GRANADOS, José Luis. “La violencia Universal de Edgar Bastidas Urresty”. En: Revista Reto, Pasto: Diario del Sur, año 11, No. 592, abril 17 de 1994, p. 8.

DOMÍNGUEZ MUÑOZ, M.A. “El valor del conocimiento y la feria del Libro”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie VI, febrero de 1947, No. 98, pp. 4-5.

ENRÍQUEZ, Plinio. “7 capítulos de geografía cultural nariñense”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie V, No. 63, agosto de 1937, pp. 22-26.

_____. “Espina dorsal del arte contemporáneo”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie VI, No. 66, agosto de 1938, p. 2.

ERAZO, Alberto. “Alberto Quijano Guerrero”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 117, nov-dic de 1975, pp. 54-57.

GUERRERO, Yolanda y SANTANDER, Nancy. “La novela de autores nariñenses: discurso y religión”. En: Reto, Pasto: Diario del Sur, año 7, No. 295, 24 de junio de 1990, pp. 4-7.

GUEVARA REVELO, Uriel. “Sobre la ausencia de ensayistas en Nariño”. En: Revista Reto, Pasto: Diario del Sur, año 8, No. 316, 4 de agosto de 1991, p. 3.

L.B.B. (?) “Historia de la literatura en Nariño”, Pasto: Ilustración Nariñense.

L.C.A. (?) “Estética del Nuevo Mundo”. En: Actualidad, Pasto:

MEJÍA DUQUE, Jaime, RICARDO, Otto y OSPINA, William. Acta del Jurado del Concurso Nacional de Cuento de la Fundación Testimonio, 1982. En: El luto del vecindario y otros relatos, Pasto: Ediciones Testimonio, 1983, pp. 113-116.

MEJÍA DUQUE, Jaime, RICARDO, Otto y AYALA POVEDA, Fernando. Acta del Jurado del Concurso Nacional de Cuento de la Fundación Testimonio, 1983. En: La mujer cometa y otros relatos, Pasto: Edic. Testimonio, 1984, pp. 95-96.

NARVÁEZ DULCE, Guillermo. Prefacio al libro de Wilton Rizo Rivas, Lo fantástico del Sur, 1986.

ORTIZ, Sergio Elías. “Pacífico Coral (Seudónimo Julio Vela)”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 75, pp. 45-50.

ORTIZ LÓPEZ, Alejandro S.O. “Concurso Literario”. En: Revista Ilustración Nariñense, Pasto: serie I, No. 7, julio de 1925, pp. 7-10.

PARDO, Carlos Orlando. “La Ñata en su baúl: último libro de Cecilia Caicedo”. En: Revista Reto, Pasto: Diario del Sur, año 7, No. 289, marzo de 1990, pp. 1-5.

PAZOS, Arturo. “La Novela en Nariño”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 109, pp. 59-65.

PEÑA GUTIERREZ, Isaías; ROSERO, Evelio y MEJÍA DUQUE, Jaime. Acta del Jurado del Concurso Nacional de Cuento de la Fundación Testimonio, 1981. En: Desde las fauces de la sombra y otros relatos, Pasto: Ediciones Testimonio, 1982, pp. 141-142.

PÉREZ DELGADO, Temístocles. “La compleja y atormentada vida de ALFONSO ALEXANDER”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie VI, noviembre de 1946, pp. 18-24.

PÉREZ SILVA, Vicente. “Elogio a Gonzalo Bravo Pérez”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 24, junio de 1970, pp. 13-17.

_____. “Breve semblanza de Alberto Montezuma”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 29, noviembre de 1970, pp. 19-23.

_____. “Guillermo Edmundo Cháves, camino movable y solitario”. En: Revista Reto, Pasto: Diario del Sur, Año 11, No. 400, 19 de junio de 1994, p.2.

_____. “Dinastía de poetas y escritores tumaqueños”. En: Revista Reto, Pasto: Diario del Sur, Año 12, No. 418, octubre 30 de 1994, p. 3.

PRADO LIMA, Arturo. “Chambú, un grito para despertar a sordos”. En: Revista Reto, Pasto: Diario del Sur, Año 7, No. 284, 18 de febrero de 1990, pp. 6-8.

QUIJANO GUERRERO, Alberto. “Hacia una nueva concepción estética”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: No. 87, abr. 1944.

_____. “Balance cultural de Nariño, 1944-1945”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie VI, No. 93, enero de 1946, pp. 8-9.

_____. “Elogio mínimo de un hombre máximo”. En: Revista Reto, Pasto: Diario del Sur, Año 11, No. 595, mayo 8 de 1994, p.2.

QUIJANO GUERRERO, Alberto, BENAVIDES, Franco Hébal y RODRÍGUEZ, Aura René. Acta del Jurado Concurso Nacional de Cuento Corto, Universidad de Nariño, en Revista Meridiano, Pasto: Universidad de Nariño, No. 2, junio de 1968, pp. 63-67.

RAMÍREZ, Carlos Arturo. “Primer Encuentro de Escritores del Pacífico Sur en Tumaco”. En: Revista Reto, Pasto: Diario del Sur, año 7, No. 307, 24 de marzo de 1991, pp. 1-6.

RODRÍGUEZ GUERRERO, Ignacio. “Homenaje al Doctor José Rafael Sañudo”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie

_____. “Un notable escritor y educador nariñense: Ildefonso Díaz del Castillo”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 37, julio de 1971, pp. 5-7.

_____. “José Rafael Sañudo”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 44, febrero de 1972, pp. 2-4.

_____. “El Dr Rafael Erazo Navarrete”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 51, septiembre de 1972, pp. 7-9.

_____. “José Rafael Sañudo”. En: Cultura Nariñense, Pasto: Tipografía Javier, No. 52, octubre de 1972, pp. 5-12.

RODRIZALES, Javier. Poetas y narradores nariñenses, Pasto: Xexus Edita, 2001.

ROSERO DIAGO, Evelio. “La Creación Literaria”. En: Revista Reto, Pasto: Diario del Sur, No. 435, abril de 1995, pp. 2-7.

SÁNCHEZ FAJARDO, Silvio. “Un sol hecho de letras”. En: Revista Reto, Pasto: Diario del Sur, No. 545, junio de 1997, p. 4.

SÁNCHEZ MONTENEGRO, Víctor. “Nuestros intelectuales frente al pueblo”. En: Amerindia, Pasto: No. 3, marzo de 1952, pp. 1-5.

SANTANDER, Víctor Hugo. “Alberto Quijano Guerrero: el poeta épico el escritor político”. En: Revista Reto, Pasto: Diario del Sur, No. 523, diciembre 22 de 1991.

TORRES, Andrés. “Breve comentario sobre autores nariñenses”. En: Revista Reto, Pasto: Diario del Sur, No. 434, marzo de 1995, pp. 6-8.

VERDUGO PONCE, Jorge. “La cuentística en Nariño”. En: Pasto, 450 años de historia y cultura. Pasto: IADAP, Universidad de Nariño, 1988, pp. 335-358.

ANEXO

BIBLIOGRAFÍA DE CUENTOS DE AUTORES NARIÑENSES

PRIMERA MITAD DE SIGLO

Primera Década

HURTADO, Nicolás. “Vejece”. En: Odeón, Pasto: N° 1, enero de 1907, pp. 3-9.

Década de los veinte

ALBÁN RAMOS, Teófilo. “Reflejo de la hermosura”. En: Ritos, Pasto: año 1, No. 6, mayo de 1922, pp. 15-24.

_____. “Corazones de oro”. En: Renovación, Pasto: año 1, No. 6, julio de 1928, pp. 9-12.

ÁLVAREZ GARZÓN, Juan. “Los enemigos”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie II, No. 20, abril de 1927, pp. 20-21.

ABATE, Constantino. “De lo que le sucedió a Don Quijote”. En: Don Quijote, Pasto: año I, serie I, No. 1, mayo de 1923, pp. 17-19.

CAYON (Humberto Puyana). “Sortilegio”. En: Ritos, Pasto: año 2, No. 11-12, marzo de 1923, pp. 10-12.

CHAVES, Guillermo Edmundo. “Arte y Vida”. En: Colombia, Pasto: serie I, No. 7, mayo de 1926, pp. 158-163.

DE LA CRUZ, León. “Rivalidad”, Concurso del Cuento Literario, 1925.

DEL VALLE, Salvador. “Tradiciones”, Concurso del Cuento Literario, 1925.

DELGADO, Manuel Antonio. “Primer amor”. En: Ritos, Pasto, año 1, No. 7, junio de 1922, pp. 6-7.

_____. “Injusticias de la muerte”. En: Don Quijote, Pasto: año 1, No. 3, junio de 1923, pp. 48-51.

_____. “Perpetua juventud”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie 1, No. 10, dic. 1925, pp. 17-19.

_____. “Dos de Noviembre”. En: Perla del Pacífico, Tumaco: Época III, No. XII, septiembre de 1929, pp. 198-200.

_____. “Hechicería”. En: Ritos, Pasto: año 1, No. 8, julio de 1922, pp. 5-8.

HERRERA, Luciano. “La raspadura de la artesa”. En: Ritos, Pasto: serie II, No. 15, agosto de 1923, pp. 352-355.

LÓPEZ, Foción. “La danza de la buyadera”. En: Colombia, Pasto: serie II, No. 14, diciembre de 1926, pp. 3-15.

LUZ STELLA. “Otoño”. En: Renovación, Pasto: Tomo I, No. 3, julio de 1927, pp. 14-16.

LUZ VIOLETA. “Lo que se va”. En: Perla del Pacífico” Tumaco: Época II, No. VIII, febrero de 1928, pp. 118-119.

MARTUE C, Manuel. “Canción de besos”. En: Renovación, Pasto: Tomo I, No. 1, mayo de 1927, pp. 19-22.

MÁRQUEZ, Alfredo. “Pronóstico fatal”. En: Perla del Pacífico, Tumaco: Época III, No. XIII, sep. 1929, pp. 198-200.

MONCAYO ORTIZ, José María (Mariano). “El vehículo milagroso”, “Al pie de un árbol”, “Dos amigas”. En: Croniquillas y Cuentos, Pasto: Imprenta Ramírez, 1921.

MONTEZUMA HURTADO, Alberto. “La novia del ciego”. En: Ritos, Pasto: serie II, año 2, No. 13, jun. 1923, pp. 19-20.

_____. “Esteban”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie III, año 4, No. 32, febrero de 1929, pp. 10-11.

ORTIZ, Sergio Elías. “El dolor de Fierabrás”. En: Ritos, Pasto: año 1, No. 1, diciembre de 1921, pp. 15-18.

_____. “Juancho”. En: Ritos, Pasto: año 1, No. 2, enero de 1922, pp. 16-24.

_____. “En el paraíso del diablo”. En: Ritos, Pasto: año 1, No. 3, febrero de 1922, pp. 15-20.

_____. “Lo implacable”. En: Ritos, Pasto: año 1, No. 4, marzo de 1922, pp. 23-30.

_____. “El plan de Ñora Joaquina”. En: Ritos, Pasto: año 1, No. 4, marzo de 1922, pp. 23-30.

_____. “Treinta años después”. En: Don Quijote, Pasto: No. 5, julio de 1923, pp. 94-95.

_____. “Nuestra señora de la muerte”. En: Don Quijote, Pasto: No. 1, mayo de 1923, pp. 14-16.

_____. “Locura de amor”. En: Don Quijote, Pasto: No. 2, mayo de 1923, pp. 29-33.

_____. “Una inyección de morfina”. En: Don Quijote, Pasto: No. 8, agosto de 1923, pp. 165-167.

_____. “En el Paraíso Imperialista”. En: Don Quijote, Pasto: No. 7, agosto de 1923, pp. 143-144.

_____. “En el día de difuntos”. En: Don Quijote, Pasto: No. 9, diciembre de 1923, pp. 14-16.

_____. “El bandonao”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie I, No. 8, octubre de 1925, pp. 12-15.

_____. “Lo que sabía el señorito”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie I, No. 2-3-4, diciembre-febrero de 1925.

_____. “Con los ajos del alma”. En: Colombia, Pasto: en Colombia, Pasto: serie I, No. 3-4, febrero de 1926, pp. 75-78.

PÉREZ DELGADO, T. “Fray Nicasio”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie II, No. 17, nov. 1926, pp. 7-10.

_____. “El duende de Cenovia”. En: Perla del Pacífico, Tumaco: Época II, No. VIII, ene. 1928, pp. 93-94.

PUYANA, Humberto. “Un premio”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie I, No. 6, mayo de 1925, p. 28.

SÁNCHEZ MONTENEGRO. “Farsa de Otoño” (cuento dramático) en Ilustración Nariñense, Pasto: serie II, No. 20, abril de 1927, pp. 21-22.

S.V.H. (?) “El Triunfo del Amor”. En: Ritos, Pasto: serie II, año 2, No. 14, julio de 1923, pp. 12-15.

VALERO DE TORNOS, J. (?). “La doble vista”. En: Don Quijote, Pasto: No. 4, junio de 1923, pp. 71-73.

VON BILLO (?). “El hombre de goma”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie II, No. 12, junio de 1926, pp. 18-19.

VON LARES (p. Alejandro Ortiz L). “Las voces de las cosas”. En: Don Quijote, Pasto: No. 2, mayo de 1923, pp. 33-36.

_____. “Lo que me enseñaron una gota de agua y las hormigas”. En: Don Quijote, Pasto: No. 3, junio de 1923, pp. 51-53.

_____. “El señor cura de mentirijillas”. En: Don Quijote, Pasto: No. 4, junio de 1923, pp. 73-74.

_____. “Almas campesinas”. En: Don Quijote, Pasto: No. 5, julio de 1923, pp. 27-28.

_____. “La pieza favorita de Cecilia”. En: Don Quijote, Pasto: No. 6, julio de 1923, pp. 119-122.

_____. “En la cámara de vino”. En: Don Quijote, Pasto: No. 8, agosto de 1923, pp. 167-169.

_____. “Lucita curioso”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie I, No. 2, diciembre de 1924, pp. 11-12.

_____. “Y me dijo el anciano”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie I, No. 5, marzo de 1925, pp. 7-8.

_____. “La plegaria de Marinito”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie I, No. 6, mayo de 1925, pp. 26-28.

Década de los treinta

FAJARDO, Luis S. “Tradiciones”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie IV, No. 61, octubre de 1936.

MESÍAS SANTANDER, Pedro. “Luz y Sombra”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie IV, No. 45, abril de 1932, pp. 14-16.

ORTIZ, Sergio Elías. “Al margen de la vida” (Libro de cuentos). Bogotá: Editorial Santafé, 1930.

_____. “El dolor de la guerra”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie V, No. 56, diciembre de 1934.

PRADOS Y LÓPEZ, José. “La locura del padre Cruz”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie V, No. 59, enero de 1936.

RODRÍGUEZ GUERRERO, Ignacio (Antonio de Zayas). “Ilusión tardía”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie IV, No. 37, abril de 1930, pp. 26-28.

_____. (Juan de Silva). “Todo fue un sueño”. En: El Radio, Suplemento quincenal, Pasto: año 1, No. 2, junio de 1935, pp. 2-4.

_____. “Capítulo que se le olvidó a Benengeli”. En: El Derecho, Pasto: 19-11-38, año XI, No. 1732, pp. 4-6.

Década de los cuarenta

BARREIRO, Ricardo. “El negro Eduvigis”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie IV, No. 73, septiembre de 1940, p. 20.

MONTEZUMA HURTADO, Alberto. Ha muerto el partido liberal y otros cuentos, La Paz (Bolivia): Imprenta Artística, 1942. Contiene los siguientes relatos:

“Ha muerto el partido liberal”, “Un artista en la Hra.”, “Historia de un hombre que tuvo alma de perro”, “Un drama en la Secretaría de Hacienda”, “La plata o la vida”, “Lo infame”, “Ser bobo”, “Perro Augusto Miraflores”, “Los Clarines del Libertador”, “Historia romántica del Hermano Silencioso”, “La justicia del viento”, “Muñecos de cristal”, “Defensa ante el jurado”, “Las fórmulas de Fray Julián”, “Héroe sin estatua”, “Un mal amigo”, “La indomable”, “La oración inútil”.

SAÑUDO, José Rafael. “Soledad”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie VII, No. 83, agosto de 1943. (La fecha de su escritura es de 1907).

SILVA, Florián. “Aquella lejana noche de verano”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie VII, No. 88, diciembre de 1944, pp. 12-20.

TORRES BELTRÁN, Alfonso. “Cena de Noche Buena”. En: Anales de la Universidad de Nariño, Pasto: volumen V, No. 40,

UNIVERSITARIO (?). “Una sombra”. En: Anales de la Universidad de Nariño, Pasto: volumen II, No. 9-10, octubre-noviembre 1940, pp. 131-138.

ZITRO, Pedro (?). “Al sur de Lieja”. En: Anhelos, Pasto: Imprenta del Departamento, año 2, No. 2, diciembre de 1943, pp. 35-38.

DÉCADA DEL CINCUENTA Y SESENTA

Años cincuenta

ÁLVAREZ GARZÓN, Juan. “Mamerto Bardales”. En: Anales de la Universidad de Nariño, Pasto: 4ª Época, volumen IV, No. 32-33, enero-mayo de 1950, pp. 78-90.

CÓRDOBA ALBÁN, Efraín. “La muerte de Cleopatra”. En: Ideas, Pasto: año 1, No. 2, junio de 1950, pp. 15-17.

CORTÉS LÓPEZ, Alejandro. “El pero enemigo de la razón”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: No. 20, abril de 1955, pp. 18-55.

CORTÉS MORENO, Gerardo. “Existencial”. En: Actualidad, Pasto: año 2, No. 21, mayo de 1955, pp. 14-16.

_____. “La sangre sobre el código”. En: Actualidad, Pasto: No. 20, abril de 1955, pp. 18-55.

_____. “El empleado”. En: Actualidad, Pasto: año 1, No. 22, junio de 1955, pp. 25-26.

_____. “Nube de loca”. En: Actualidad, Pasto: año 1, No. 23, julio de 1955, pp. 17-21.

_____. “El Cristo de los Milagros”. En: Actualidad, Pasto: año 1, No. 24, agosto de 1955, pp. 12-24.

_____. “El defendido”. En: Actualidad, Pasto: año 1, No. 26, octubre de 1955, pp. 12-14.

_____. “Fabiola”. En: Actualidad, Pasto: año 1, No. 28, diciembre de 1955, pp. 13-15.

DÁVALOS, Pedro M. “El Bachiller”. En: Actualidad, Pasto: año 1, No. 18, febrero de 1955, pp. 9-10, 16-18.

Doctor X Profano. “Estigma”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie VIII, No. 102, enero de 1950, pp. 37-39.

GUERRA, Pacífico (Alberto Quijano Guerrero). “El amo”. En: Amerindia, Pasto: No. 9, noviembre de 1952, pp. 12-13.

GUERRERO ORBEGOZO, Cecilia. “La sonrisa del carrero”. En: Anales de la Universidad de Nariño, Pasto: volumen 4, No. 34-35, enero-abril de 1951, pp. 73-79.

HIDALGO MEZA, Heriberto. El Encano, apuntes históricos y geográficos, cuentos y leyendas, Pasto: Cervantes, 1957.

ORTIZ LÓPEZ, Alejandro. “Lolita y los pájaros” Cuento para niños en Ilustración Nariñense, Pasto: serie VIII, No. 104, abril de 1951, pp. 27-28.

_____. “La empleada”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie VIII, No. 110, agosto de 1952, pp. 5-9.

_____. “La loca de casa”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie IX, No. 112, marzo de 1953, pp. 87-91.

_____. “La pieza favorita de Cecilia”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie IX, No. 120, julio de 1955, pp. 7-10.

OSPINA NAVARRO, Sofía. “La beata”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie VIII, No. 106, sep. 1951, p. 13.

QUIJANO GUERRERO, Alberto. “El patrón”. En: Actualidad, Pasto: No. 27, noviembre de 1955, pp. 5-10. (Aparece también con el título “El amo” y está firmado por Pacífico Guerra).

RIVERA MARTÍNEZ, Rodrigo. “La tristeza de Tomas”. En: Ilustración Nariñense, Pasto: serie IV, No. 120, julio de 1955, pp. 12-13.

Años sesenta

MEDINA MADROÑERO, Edmundo. “El tísico Mauricio”, “El Camino”, “Hilas”, “La Fiesta”. En: Un Temperamento (El cuentista). Compilación por Luis Eduardo Acosta Hoyos, Pasto: Edit. Surcolombiana, 1965.

QUIJANO GUERRERO, Alberto. “Las cuentas del amo”. En: Nariño Turístico, Pasto: serie I, No. 4, abril de 1960, pp. 6-9.

RODRÍGUEZ, Nohora de. “La trampa”. En: Meridiano, Pasto: Facultad de Educación, Universidad de Nariño, año 2, No. 4, agosto de 1969, pp. 70-71.

SANTACRUZ, Gilberto. “La luz recuperada”. En: Cultura Nariñense, Pasto: volumen 2, No. 17, noviembre de 1969, pp. 18-21.

ZAMBRANO SALAS, Jaime. “El Inquilino”. En: Meridiano, Pasto: Facultad de Educación, Universidad de Nariño, año 1, No. 2, mayo de 1968, pp. 48-52.

Década de los setenta

BASTIDAS PADILLA, Carlos. Las raíces de la ira, Bogotá: Colcultura, 1975, 137 p. (Premio Casa de las Américas, 1975). Contiene los siguientes cuentos:

“Estado de sitio”, “Un hombre muerto a golpes”, “El miedo”, “La mina”, “Ley de fuga”, “En la noche una sombra”, “Un domingo de elecciones”, “La tentación del mar”, “En el puerto no ha pasado nada”, “El sueño”, “El desertor”, “azul y rojo”, “La mascarada”, “Lo que es de Dios”, “El condenado”, “Perros rabiosos”.

CAICEDO TREJOS, Doris. “Se ha perdido un verbo”. En: Meridiano, Pasto: Facultad de Educación, Universidad de Nariño, año 5°, No. 15-16, febrero de 1973, pp. 174-177.

CÓRDOBA, José María. “Los caimanes”. En: Sur, Pasto: Casa de la Cultura, No. 2, octubre de 1970, pp. 58-65.

MONTENEGRO PÉREZ, Luis. “Cuento”. En: Meridiano, Pasto: Facultad de Educación, Universidad de Nariño, año 5°, No. 13-14, abril de 1972, pp. 145-147. “Cuento”, año 5°, No. 12, diciembre de 1971, pp. 148-149.

_____ “El goce del muñeco”. En: Meridiano, Pasto: Facultad de Educación, Universidad de Nariño, año 10°, No. 21-22, marzo de 1979, pp.165-170.

MORALES AGUILAR, Álvaro. “La encantadora historia del pueblo de los sonámbulos”. En: Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, año 1, No. 17, febrero de 1977, pp. 65-79.

MUÑOZ C, José H. “Cuando se ahoga un tercero”. En: Meridiano, Pasto: Facultad de Educación, Universidad de Nariño, año 6, No. 17, octubre de 1973, pp. 112-114.

OBANDO SOTELO, Lupercio. “La casa de Andrés”. En: Meridiano, Pasto: Facultad de Educación, Universidad de Nariño, año 6°, No. 18-19, abril de 1974, pp. 167-173.

ORDOÑES SALCEDO, Fabio. “El chucure asesino”. En: Meridiano, Pasto: Facultad de Educación, Universidad de Nariño, año 10, No. 21-22, marzo de 1979, pp. 171-178.

ROMERO CH, Miguel Ángel. “La cuarta posición bajo la lluvia que produjo un aborto”. En: Meridiano, Pasto: Facultad de Educación, Universidad de Nariño, año 5°, No. 15-16, febrero de 1973, pp. 168-171.

SANTACRUZ SANTANDER, Jaime. “Waricha”. En: Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, año 2, oct. 1979, pp. 47-56.

SEVILLANO, Luis Antonio. Colmena equis y otros cuentos. Bogotá: Edit. Prensa Católica, sin fecha, (presumimos que data de esta época).

VELASCO D, Eduardo. “El niño y la guerra”. En: Meridiano, Pasto: Facultad de Educación, Universidad de Nariño, año VI, No. 19, abril de 1974, pp. 161-163.

AÑOS OCHENTA Y FINALES DE SIGLO

BASTIDAS PADILLA, Carlos. El intrépido Simón. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1983.

BELTRÁN, Carlos. “El hombre que soñaba”, Pasto: Edición Libro Austral, 1985.

BENAVIDES, Horacio. “Su pequeño hijo”. En: Desde las fauces de la sombra y otros relatos, Pasto: Ediciones Testimonio, 1982, pp. 59-66.

BOLAÑOS, Alberto. “Sin título”. En: Ceniza, Pasto: No. 4, marzo-mayo de 1986, p.3.

GÓMEZ MARTÍNEZ, Héctor. “La cuesta”. En: Ceniza, Pasto: año 1, No. 3, noviembre de 1985-enero de 1986, p. 14.

_____. “Desaparecido”. En: Ceniza, Pasto: 2° aniversario, marzo-mayo de 1987.

GRANDA PAZ, Osvaldo. “Potosí” y “El Telembí”. En: Vida, pasión y muerte de un verdugo y otros relatos (Cuentos finalistas del Concurso Regional de Cuento “Testimonio”), Pasto: Ediciones Testimonio, 1980.

JIMÉNEZ MAHECHA, Hemínsul. “Sin título”. En: Ceniza, marzo-mayo de 1986, p. 3.

_____. “Uno por uno”. En: Ceniza, Pasto: 2° aniversario, marzo-mayo de 1987.

RIZO RIVAS, Wilton. Lo fantástico del Sur, cuentos y narraciones, Pasto: El Correo de Nariño, 1986. Contiene los siguientes relatos:

“La amante perfecta”, “Best Seller”, “Un venteño en el siglo 23”, “Desintegración cerebral”, “El hombre que ahogó la célula en su nombre”, “Magneta”, “La chica que pensó cruzar el espacio en un ovni”, “Regresó el colibrí a ofrecer la libertad generacional”, “Danza infernal en el suburbio”, “La tierra”, “El Espacio”.

ROSETO, Evelio José. Papá es santo y sabio. Premio Internacional de Novela Breve, Valencia, España, 1982.

_____. “Sin dentista en nuestro pueblo”. En: Ceniza, Pasto: año 1, No. 1, abril-junio de 1985, p.4.

_____. “Bajo la lluvia”. En: Ceniza, Pasto: No. 4, marzo-mayo de 1986, p. 9.

_____. “Declaraciones de tres ancianas”. En: Ceniza, Pasto: año 2, No. 6, octubre-diciembre de 1986.

_____. Mateo Solo. Fondo Editorial Entre Letras, Edit. del Llano, 1984.

_____. Juliana los mira. Barcelona: Anagrama, 1985.

_____. El incendiado. Bogotá: Edit. Planeta, 1988.

SARASTY, Ricardo. “Luna”. En: Ceniza, Pasto: 1° aniversario,

VERDUGO PONCE, Jorge. “La Casa de las Palmas”. En: El luto del vecindario y otros relatos, Medellín: Ediciones Testimonio, 1983, pp. 18-24.

_____. “No llora el perdido”. En: Revista Páginas, Pasto: No. 3, enero de 1984.

_____. “Señales desde Lejos”. En: Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 7, 1984, pp. 33-35.

_____. “El hombre que espera”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 7, 1984, pp. 28-30.

_____. “Cuando los oscuros días”. En: La mujer cometa y otros relatos, Pasto: Ediciones Testimonio, 1984.

_____. “La respuesta”. En: Ceniza, Pasto: año 1, No. 1, abril-junio de 1985, p. 12.

Década de los noventa

ALMEIDA TORRES, Patricio. “Condición humana”. En: revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 11, 1997, pp. 48-49.

AYARA DE QUINÓNEZ, Piedad. Cuentos del Pacífico y Costas de mi Tierra, Tumaco: Editora Nariño, 1996. Contiene cinco cuentos:

“Venganza Amarga”, “Reconciliación”, “El color de la felicidad”, “Ella lo esperaba con angustia pegada al pecho”, “Milagro negro”.

BALCÁZAR, María Helena. “Odisea del pequeño nonato”. En: revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 11, 1997, pp. 56-61.

BASTIDAS MELO, Bibiana. “Mirada a través de dos cuencas vacías”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 14, 2002, pp. 83-84.

BATIDAS URRESTY, Edgar. “Avatares” (11 cuentos). Medellín: Ediciones Testimonio, 1992.

BENAVIDES, Horacio. “Carnaval”. En: El luto del vecindario y otros relatos, Medellín: Ediciones Testimonio, 1993, pp. 83-88.

BENAVIDES, John. “Visiones”, “Diatriba a un color” y “Sucedió un día”. En: Revista Canto y Greda, Pasto: Taller de Escritores Tinta, Academia de Adultos, Extensión Universidad Mariana, No. 9, 2000, pp. 34-35.

BOLAÑOS M, Arturo. “Alba”. En: Cuadernos de Poesía Exedra, Pasto: CEPUN, 1990.

_____. “Más vale tarde”, “Sin arca” y “El novio que amaba”. En: revista Canto y Greda, Pasto: Taller de Escritores Tinta, Academia de Adultos, Extensión Universidad Mariana, No. 9, 2000, pp. 36-37.

BURBANO, Liliana. “Historia alucinatoria guiada por el más fuerte ácido, para poder abrir las puertas de la percepción”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 13, 2000, p. 114.

CAICEDO, Neskens Howark. “El despertar” y “La última imagen en la memoria de un fantasma”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 14, 2002, pp. 131-137.

CÁRDENAS, Martín. “Saludos a la noche”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 14, 2002, pp. 129-130.

CEBALLOS ROSERO, Franco. “Nostalgia”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 14, 2002, pp. 107-111.

CUARÁN COLLAZOS, Jairo. “La fuga”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 12, 1998, pp. 98-99.

CHACÓN, Iván. “Ojos castaños”. En: Encuentro con la palabra, Pasto: Universidad de Nariño, Concurso 95 años, 1999, pp. 46-48.

DELGADO ORTIZ, Eduardo. Como tinta de sangre en el paladar. Minotauro Editores, 1999.

DELGADO, Oswaldo. “Sin título”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 12, 1998, pp. 107-108.

_____. “Micro-réquiem”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 13, 2000, pp. 112, 113.

ESTUPIÑÁN, Adriana. “Canción de cuna para un moribundo”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 12, 1998.

GÓMEZ MARTINEZ, Héctor. Del dicho al trecho. Pasto: 1995.

_____. “Un agujero hacia el silencio”, “Desaparecido”, “Historia de una bicicleta”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 14, 2002, pp. 121- 125.

HERNÁNDEZ, Romel. “Un paseo de desilusión”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 14, 2002, pp. 139-140.

INSUASTY SALAS, Giovanni. “La ascensión de Francisco”, “La huída”, “Sin título”. En: Revista Awasca, No. 14, 2002, pp. 113-120.

JIMÉNEZ, Hemínsul. “Uno por uno”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 12, 1998, pp. 94-96.

LUCERO SALCEDO, William y DÍAZ, Juan Carlos. “Escritos Cortos”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 13, 2000, pp. 115-116.

MEZA, Lady. “Eso fue porque el diablo quiso”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 14, 2002, pp. 127-128.

MOLINA RODRÍGUEZ, Diana. “Parónimo del ángel de la culpa”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 14, 2002, pp. 101-106.

NARANJO, Edgar. “El arrepentimiento”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 11, 1997, pp. 45-47.

OJEDA JAULÍN, Sofía. “Sin título”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 13, 2000, pp. 93-95.

ORDOÑES, Cily. “Camino”, “Sombra”, “Huellas”, “Traición”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 13, 2000, pp. 110-111.

_____. “Destino” y “Recuerdos”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 14, 2002, p. 85.

ORTIZ GÓMEZ, Nicandro. “Vuelo de eternidad”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 13, 2002, pp. 96-105.

_____. “Fantasma uno” y “Fantasma dos”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 14, 2002, pp. 151-154.

ORTIZ MONTERO, Eduardo. Vuelo en el sueño de los muertos. Pasto: Universidad de Nariño, 2002.

_____. “Fuga gitana”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 13, 2000, pp. 117-119.

_____. “Malena” y “El puente”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 14, 2002, pp. 145-149.

OVIEDO R, Miguel. “Epístola a Esmeralda” y “Barro de hombres”. En: Revista Canto y Greda, Pasto: Taller de Escritores Tinta, Academia de Adultos, Extensión Universidad Mariana, No. 8, 1999, pp. 28-29.

_____. “Mirada interior”. En: Revista Canto y Greda, Pasto: Taller de Escritores Tinta, Academia de Adultos, Extensión Universidad Mariana, No. 9, 2000, p. 33.

PEÑA, Chucho. “La agonía del canto blanco” y “Las tierras del carnaval”. En: Revista Canto y Greda, Pasto: Taller de Escritores Tinta, Academia de Adultos, Extensión Universidad Mariana, No. 8, 1999, pp. 30-31.

_____. “Recuerdos”. En: Revista Canto y Greda, Pasto: Taller de Escritores Tinta, Academia de Adultos, Extensión Universidad Mariana, No. 9. 2000, pp. 31-32.

QUETAMA RAMÍREZ, Viviana. “Arremetida contra el papel”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 14, 2002, pp. 143.

RINCÓN, Augusto. “Líquido del destino”. En: Cuadernos de Poesía Exedra, Pasto: CEPUN, 1990.

RODRÍGUEZ, Janeth. “Regreso”. En: Encuentro con la Palabra, Pasto: Universidad de Nariño, Concurso 95 años, 1999, pp. 66-71.

ROJAS, Luis Ignacio. “El horóscopo”. En: Revista Canto y Greda, Pasto: Taller de Escritores Tinta, Academia de Adultos, Extensión Universidad Mariana, No. 8, 1999, pp. 32-33.

ROSERO DIAGO, Evelio. Señor que no conoce la luna. Bogotá: Planeta 1992.

_____. El aprendiz de mago y otros cuentos de miedo. Bogotá: Edit. Panamericana, 1992

_____. Las esquinas más largas. Bogotá: Edit. Panamericana, 1998.

SÁNCHEZ, Ángela. “Sin título”. En: Encuentro con la palabra, Pasto: Universidad de Nariño, Concurso 95 años, 1999, pp. 51-53.

TORRES, Andrés Octavio. “Texto y Contexto”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 11, 1997, pp. 53-55.

USCÁTEGUI, Wladimir. “Insight (Última escena)”. En: Encuentro con la Palabra, Pasto: Universidad de Nariño, Concurso 95 años, 1999, pp. 56-58.

VALLEJO, Virginia. “Cascada”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 13, 2000, p. 106.

_____. “Voces”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 14, 2002, pp. 141-142.

VERDUGO PONCE, Jorge. Relatos nariñenses: Cuentos Góticos, Pasto: Empresa Licorera de Nariño, 1996. Contiene dos cuentos. “La noche gótica” y “El diario”.

_____. Contrasueños, Colección Sol de los Pastos, Pasto: Fondo Mixto de Cultura de Nariño, 1997.

_____. “Clarooscuro”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 13, 2000, pp. 79-82.

VILLACREZ, Javier. “Quietud”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 13, 2000, pp. 107-109.

VIVEROS GRANJA, David Jacobo. “Cavaré mi propia tumba”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 11, 1997, pp. 50-52.

_____. “Juego cotidiano, entre dos o más personas”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 12, 1998, pp. 100-108.

_____. “Fuera del marco” Encuentro con la Palabra, Pasto: Universidad de Nariño, Concurso 95 años, 1999, pp. 74-82.

_____. “Viaje”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 13, 2000, pp. 83-91.

_____. “Las neblinas del sueño y la noche”. En: Revista Awasca, Pasto: Universidad de Nariño, Taller de Escritores Awasca, No. 14, 2002, pp. 87-99.

Este libro se terminó de imprimir en el mes
de octubre de 2004, en los talleres de Graficolor
Calle 18 No. 29-67, Parque Infantil
Teléfono 7311833 - Telefax: 7310652
San Juan de Pasto, Colombia

